

*Tinta
roja*

Mercedes Pinto Maldonado

TINTA ROJA

Mercedes Pinto Maldonado

Título original: Sangre negra
Autor: Mercedes Pinto Maldonado
I Edición

© de Mercedes Pinto Maldonado

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la reproducción de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

SOBRE LA AUTORA

Mercedes Pinto Maldonado nació en Granada, aunque actualmente reside en Málaga, España. Estudió Medicina, pero lo dejó para dedicarse a la literatura. Escribe desde que aprendió, pero hace quince años que se dedica a tiempo completo a la literatura, a leer y novelar.

Tiene diez libros publicados:

Con Ediciones B:

El talento de Nano, novela juvenil

La última vuelta del scaife, novela histórica

Maldita, novela contemporánea

Pretérito Imperfecto, novela romántica

Con Ediciones Cilck de Planeta de libros:

El fotógrafo de paisajes, novela de suspense

Con Amazon Publishing:

Cartas a una extraña (finalista del Concurso Indie 2015), novela negra y romántica

Mensajes desde el lago, novela negra y romántica

Autoeditadas en Amazon KDP

Hijos de Atenea, novela histórica

La caja mágica, cuento para niños

Tinta roja, novela negra

El 25 de Julio publicará de nuevo con Amazon Publishing la novela negra *Una de las tres*

Aunque es una escritora híbrida, reconoce que la mayoría de sus lectores conocieron sus obras gracias a la publicación independiente,

que le dio la oportunidad de que dos de sus novelas fueran *best sellers* en varios países y estuvieran más de un año en el Top 100 de Amazon.

Se considera una escritora humanista para la que cualquier género puede ser el escenario de sus historias.

Su página web es www.mercedespinto.com

La personalidad del llamado psicópata es otro ejemplo de la pérdida permanente de las necesidades de amor. Una forma de comprender esta disfunción de la personalidad

es que las personas que carecieron de amor en los primeros meses de su vida, sencillamente han perdido ese deseo para siempre, así como la capacidad de dar y recibir afecto .

Abraham Maslow (1908-1970), psicólogo estadounidense conocido como uno de los fundadores y principales exponentes de la Psicología Humanista.

INDICE

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[CAPÍTULO XXIII](#)

[CAPÍTULO XXIV](#)

[CAPÍTULO XXV](#)

[CAPÍTULO XXVI](#)

[CAPÍTULO XXVII](#)

CAPÍTULO I

Lo había tenido todo, tierras, mansiones en playas y montañas, coches de lujo, amistades importantes... todo. Siempre puso mucho esfuerzo en *ser alguien* y su tesón y un golpe de suerte hicieron posible que alcanzara el segundo de sus sueños; el otro, el que abrigaba desde niño, no pudo ser. Pero un día, después de cinco años de despilfarro y desenfreno, lo abandonó la fortuna. De sopetón, un frío tres de enero se encontró en la calle, con treinta y ocho

años, unos zapatos de Gucci, un reloj Cartier, un abrigo de Armani y dieciocho mil euros en metálico que había podido rescatar de su caja fuerte antes del desahucio.

Salió de casa unos minutos antes de que llegara la policía para precintarla. Caminó lentamente hacia el que hasta hacía tan solo unas semanas había sido su imperio. Miró hacia el cielo, justo al lugar donde se encontraba su lujoso despacho, coronando el que fue su edificio de oficinas, uno de los más altos de la ciudad. Después bajó la vista

y a un lado de la zona ajardinada que rodeaba el rascacielos encontró un banco; el banco que tantas veces había dado orden de que lo quitaran porque a la caída de la tarde lo sitiaban los indigentes y sus mugrientas pertenencias. Daban muy mala imagen a su castillo de cristal, por la mañana siempre encontraba restos de sus paupérrimas cenas acompañadas con el vino de oferta del supermercado y a poco que alguien se acercara le asaltaba el olor a orines. Durante toda su vida despreció sus patéticas vidas, su falta de

iniciativa, ese dejarse llevar sin luchar por una ilusión... le parecían la basura de la sociedad. Caminó unos pasos y se sentó, ahora ese era el único lugar que podía ocupar sin que lo echaran, total, todo aquello ya no dependía de su arrogante dueño. A un lado un cartón de vino volcado goteaba el jugo, que resbaló por la madera hasta llegar a su caro abrigo. No le importó; de hecho, se lo hubiese quitado de no ser porque aquella debía ser la mañana más fría que había conocido. ¿O estaba confundiendo el frío con la desolación? La derrota, el

desarraigo, la soledad y la humillación era su única compañía.

Poco a poco comenzaron a llegar los empleados de las oficinas, cargados con pancartas y vociferando estribillos de protesta. «Don Julio, cabrón, devuélvenos la ilusión», «Por culpa de un inepto hemos perdido nuestro puesto».

Agachó un poco la cabeza para no ser visto tras el seto y esperó casi una hora a que se disolviera la pequeña manifestación. Mientras sonaba la nueva banda sonora de su vida, comprendió

que no había vuelta atrás. Posiblemente conservara la capacidad de remontar, de volver a levantar un imperio de la nada, pero ya no le seducía tan fatuo poder, en realidad su privilegiada situación no le hizo feliz ni un solo día. Recordó aquellos días de juventud, escribiendo frente a la chimenea, que su abuelo mantenía encendida día y noche durante los diez meses que duraba el invierno en Villafría, y le invadió una fuerte sensación de nostalgia, sintió que de recuperar algo debía ser justamente eso: su pasión por la escritura, pero sin más

intención que la de disfrutar.

A su derecha atisbó aquel sombrío callejón, un estrecho pasadizo a la gran avenida comercial que siempre ignoró, dos ajados carteles llamaron su atención: uno sobresaliendo de la primera planta de una antiquísima edificación que decía «Papelería y librería Carmen» y otro justo encima que anunciaba «Pensión Carmen». Recordó que hacía unas semanas pasó por esa callejuela y se quedó mirando el pequeño escaparate de la librería, oscuro, lleno de polvo y con un puñado

de libros y libretas mal ordenados. Le pareció el inframundo de las letras, una fotografía sepia y ajada tomada siglos antes. Fue en ese lugar y ese día cuando le pareció que alguien le habló desde el portal que lindaba con la papelería: «Pronto te quedarás sin nada, entonces regresarás para continuar escribiendo tu historia». Se quedó paralizado, pensó que aquella voz de anciana no era más que fruto de su desesperación, había sido el peor de sus días. Cuando quiso asomarse al portal se cerró de repente.

Tal vez su verdadero golpe de suerte había sido perderlo todo, o casi todo, aún tenía un buen fajo de billetes que, bien administrados, le darían para muchos meses; para su nuevo proyecto solo necesitaba papel, bolígrafo, una mesa, silencio y soledad. En ese callejón parecía tenerlo todo: material, comida y cama.

—¿Qué se le ofrece, caballero? —le preguntó la señora Carmen, una mujer de unos setenta años muy aseada y agradable.

Julio reconoció de inmediato su voz,

aunque ahora el tono era mucho más afable. Sintió un repentino escalofrío, como un palpito, la sensación de que en ese instante empezaba a escribir la segunda parte de su vida.

—Buenos días. Quería una libreta y un bolígrafo.

La mujer se adentró en la trastienda y regresó con una libreta encuadernada en piel y una caja que contenía el bolígrafo más caro del establecimiento. Al ver el elegante aspecto del cliente pensó que buscaba algo a su altura.

—Esto es lo mejor que tengo...

—Gracias, pero quiero algo más barato y práctico.

Ella, aparentemente extrañada, le ofreció varios artículos y él se decidió por una gruesa y vulgar libreta y un bolígrafo negro muy básico, todo por cinco euros. Después le preguntó:

—¿Sabe con quién debo hablar para alquilar una habitación en la pensión de este mismo edificio?

—Conmigo —contestó la mujer cada vez más sorprendida—, pero tengo que confesarle que las cuatro habitaciones disponibles son muy pequeñas y

sencillas...

—No importa. ¿Tiene alguna que disponga de una cama, una mesa, un aseo y silencio para escribir?

—Sin problema, sobre todo silencio, por esta callejuela no pasan ni las moscas.

La señora Carmen lo guio a su habitación cruzando la trastienda, que consistía en un pasadizo forrado de libros que desembocaba en una estrecha escalera de madera. Él respiró profundamente para empaparse de tanta

sabiduría.

—Veo que le apasionan los libros.

—Ya lo creo, la literatura es mi vida.

No sé si me gusta más escribir o leer.

—¿Es usted escritora?

—Sí, toda la vida, aunque nunca llegué a publicar, en realidad soy correctora literaria.

—Me encantaría leer alguno de sus manuscritos.

Doña Carmen retrocedió dos pasos y fue directa a la estantería de su derecha para coger un libro.

—Aquí tiene, caballero. No lo he firmado, pero... de alguna manera soy su autora. Le recomiendo que se tome su tiempo, no es un plato ligero.

—Oh, muchas gracias. Y, por favor, llámeme Zacarías.

—No tiene que esconderse de mí, don Julio.

—¿Cómo sabe quién soy?

—Todo lo que veo desde hace años cuando me asomo al balcón es su gran edificio, lo menos que podría hacer es interesarme por su dueño, aunque... ¿debería decir ex-dueño? Perdome,

también veo de vez en cuando las noticias.

—Entiendo... Llámeme Julio, ahora el «don» no me queda muy bien.

CAPÍTULO II

La pensión tenía seis habitaciones. De las cuatro que había libres en ese momento, doña Carmen condujo a su posible inquilino a la que le pareció más luminosa y silenciosa. Era como su dueña, entrañable, sencilla, limpia y con un toque alegre, como primaveral, a pesar de estar en pleno invierno y que tanto el inmueble como lo que contenía tuviesen al menos un siglo. Era la zona abuhardillada del edificio, de manera que el techo, forrado de vigas de

madera, se inclinaba desde la entrada hasta desembocar en una ventana de palillería flanqueada por unos blanquísimos visillos de encaje. La luz que absorbía bañaba una mesa de madera y un pequeño sillón. A la derecha había una estufa de leña acompañada de un canasto repleto de troncos y a la izquierda una cama que debía medir al menos la tercera parte de la que había dejado en su lujoso piso. Una mesita de noche y un ropero que le pareció diminuto completaban todo el contenido de la estancia.

—¿Y el baño? —preguntó Julio después de buscar alguna puerta que anunciara la zona de aseo.

—Está en el pasillo, tendrá que compartirlo conmigo, mi cuarto está bajo la otra ala del tejado, como ve, la pensión es muy modesta: tres habitaciones en el lado izquierdo del tejado, otras dos y el baño en el lado derecho y otro dormitorio más al fondo. Si lo piensa, por cuatrocientos euros al mes con café y tostadas por las mañanas, lo del baño es un pequeño inconveniente.

—No sé... me deja descolocado, el baño es para mí un espacio importante...

—Para mí también lo es y ya ve, no me importa compartirlo con un desconocido. Eso sí, nos pondremos un horario, ¿le parece? Venga, se lo enseño y tal vez cambie de opinión.

Zacarías dejó sobre la mesa el libro, el bolígrafo y la libreta y la siguió. Sí, cambió de parecer, el baño era luminoso y amplio, y lucía una pulcritud difícil de conseguir tratándose de un lugar tan antiguo. La gran bañera de patas junto a

la ventana terminó de convencerlo.

—Eso de ponernos un horario ¿cómo sería?

—Sencillo, el baño es mío de seis a siete de la mañana y de ocho a nueve de la noche, el resto del tiempo para usted, durante el día solo uso el pequeño aseo de la librería. ¿Cómo lo ve? Le aseguro que cumpliré esta norma a rajatabla.

—Me ha convencido. Si le digo la verdad... bueno, teniendo en cuenta mi complicada situación, no esperaba sentirme tan bien en un día como hoy. Necesito que me haga un favor.

—Si no es delito, eso está hecho —le contestó la hospedera con una sonrisa cómplice, obviamente estaba muy informada de la situación legal de su huésped.

—Pues no sabría decirle —el comentario de la señora hizo reflexionar a Zacarías—. Me gustaría guardar en secreto quién soy y dónde vivo.

—No hay problema, soy una experta en ocultar identidades —dijo, guiñando levemente un ojo—. Cuando quiera puede instalarse. Si le parece, puede guardar su coche en el pequeño patio

trasero.

—No tengo coche, ni siquiera traigo una maleta.

—¿Ni un pijama? Creo que puedo arreglar eso.

—Debería salir a comprar lo básico para mi aseo personal y algo de ropa, pero...

—No se preocupe, hágame una lista y yo me encargaré —lo interrumpió, supo que en esos momentos su inquilino prefería no salir a la calle por miedo a ser reconocido.

—Muchas gracias, no sabe cuánto se lo agradezco.

—Bah... no hay nada que agradecer. Por cierto, es casi la hora del almuerzo, si le apetecen unas lentejas y unos huevos fritos con ajos...

—Me vendría genial comer algo.

Y así fue cómo de un día para otro don Julio, el exitoso empresario burgalés, se convirtió en Julio el escritor, un pobre proyecto de escritor buscado y odiado en gran parte del país.

CAPÍTULO III

En unas horas estaba sentado ante la vieja mesa y la ventana de su nueva habitación abuhardillada. Las lentejas de doña Carmen lo reconfortaron, no tenían nada que envidiar a cualquier menú de los caros restaurantes que frecuentaba. A su derecha la estufa de leña emitía un sonido tan agradable como su calor. Vestía un pijama de franela y un batín de lana que debieron ser al menos del abuelo de la mesonera, eso sí, muy confortables y acordes con

el lugar y la situación.

Frente al papel en blanco el bloqueo se antepuso a la primera letra. Pensó en lo fácil que le resultaba escribir en aquellos años, cuando las palabras se agolpaban en su mente buscando una salida, solo tenía que dar rienda suelta a su bolígrafo. Siendo tan joven, tenía tantas historias por contar... Llegó a escribir una novela negra que envió a varios agentes literarios y editoriales. Qué iluso y osado era en aquel tiempo, cuando creía que todos los sueños estaban a un solo paso. Fue su abuelo

Gorgonio quien, mirándolo a los ojos con determinación, intentando eliminar todo hilo de afecto entre abuelo y nieto para hacer creíbles sus palabras, le dijo: «Es muy buena, de lo mejor que he leído, Julito. Tienes solo veinticuatro años, no quiero ni imaginar lo que podrás escribir en tu madurez. Envíala a las agencias y editoriales que publiquen novela negra, estoy seguro de que se interesarán sin dudarlo». Recibió tres respuestas idénticas: «Estimado señor Julio Lozano: Lamentamos comunicarle que en estos momentos nuestra agencia

no admite más manuscritos.... y tal y tal». Las otras ocho ni se molestaron en contestar. Pensó que, aunque intentaba ser imparcial, su abuelo no podía evitar sobrevalorarlo.

Se decidió por fin a poner la fecha, por algo habría que empezar; pero el bolígrafo se negaba, cuanto más insistía más arañaba el papel. Sobre el pantalón de franela se calzó unos gastados vaqueros que le había proporcionado la hospedera junto a un par de jerséis de lana, el pijama que llevaba puesto y

unas zapatillas y se dispuso a ir a la librería para descambiar la mercancía defectuosa. Intentó bajar con el mayor sigilo para no importunar a los posibles inquilinos, pero la escalera de madera respondía a cada uno de sus pasos sin piedad. Era para él un sonido maravilloso, música llegada de su infancia, de cuando bajaba o subía al pequeño dormitorio que sus abuelos tenían siempre preparado para las vacaciones de su único nieto varón. Salvado el último peldaño se adentró en el pasadizo que hacía de biblioteca y

trastienda y que desembocaba en la centenaria librería. Antes de asomar a la tienda, advirtió a su izquierda una pequeñísima habitación. La puerta estaba abierta y pudo ver a doña Carmen sentada frente a un portátil de última generación, tecleando, muy concentrada. A un lado una vieja pipa se mostraba encendida sobre su soporte. Le pareció una imagen surrealista: una señora mayor, un moderno ordenador y una pipa que parecía adquirida en la Londres de Sherlock Holmes. Dudó de si interrumpir el inspirador momento de la

escritora era lo más acertado. Al momento ella volvió su rostro.

—Siento incomodarla en pleno proceso creativo, doña Carmen, pero es que este bolígrafo se niega a escribir...

—Oh, no se preocupe, estoy acostumbrada a trabajar así, imagínese lo que supone escribir mientras atiendo mi pequeño negocio. Le parecerá absurdo, pero en muchas ocasiones los clientes me inspiran. Desde luego usted es uno de ellos.

—Usted también es una interesante fuente de inspiración, no lo dude.

—Puedo imaginarme su sorpresa, una mujer de mi edad, regentando esta vieja librería y dedicando sus muchas horas libres a corregir novela negra... Bueno, algunas he escrito, aunque están escondidas en un cajón.

—No tenía ni idea... ¿escribe y corrige novela negra? No sabía que los correctores podían elegir en qué género trabajar...

—Al principio hacía todo tipo de trabajos, luego pude permitirme escoger. Ya veo que todavía no le ha echado el ojo al libro que le presté. Espere un

momento, enseguida le traigo otro bolígrafo.

Mientras la librera iba a por el artículo Julio se quedó mirando la pantalla del portátil que acababa de ponerse en negro. No pudo resistirse: movió un poco el ratón y apareció la última página en la que trabajaba la señora, una única y última frase: «De repente escuchó el crujir de la vieja madera, era el nuevo inquilino. Allí estaba, paseando por el escenario de su historia, la estrategia había funcionado».

CAPÍTULO IV

Le resultó imposible pegar letra en papel aquella primera tarde en la pensión de doña Carmen, la única frase que había podido leer en el portátil de la hospedera le pareció que hacía referencia a su persona. ¿Era él el inquilino? ¿Cuál era la estrategia que había funcionado? Estuvo dándole vueltas y vueltas a las veintiséis palabras hasta que concluyó que la situación tan complicada que vivía en esos momentos había terminado por

afectarle y se estaba volviendo algo paranoico. Qué de desvaríos se le ocurrieron intentando encontrar una explicación. Él estaba allí por una serie de adversidades y casualidades que nada tenían que ver con la dueña del negocio, era imposible que estuviera corrigiendo un libro en el que apareciera él, no se habían visto jamás anteriormente. Eso sí, sobre su vida la gentil posadera debía saber mucho más que él de la suya, seguramente le habría seguido la pista día a día en las noticias, máxime teniendo en cuenta que sus

oficinas eran todo el paisaje que se veía desde la pensión, además de la pared derruida del edificio de enfrente y el muro que cortaba al otro lado la oscura calle sin salida donde estaba el hostal.

Al fin se rindió y pensó que era el momento de leer hasta la hora de la cena. El desayuno estaba incluido en el hospedaje, pero el almuerzo y la cena costaban cinco euros respectivamente, eso sí, previo aviso el día anterior a la señora; aunque por ser el primer día también estaba invitado a la mesa esa

noche.

Por primera vez se fijó en el título, la portada y el nombre del autor del libro que le había prestado doña Carmen. Título: *Tinta roja*. Autor: Marcus Lake. «¿Marcus Lake?», preguntó Julio al vacío. ¿Qué relación podía tener doña Carmen con una novela de Marcus Lake? Sin duda, la hostelera se había confundido, la trastienda estaba atiborrada de libros y probablemente escogió el equivocado. Una lástima, estaba ilusionado con conocer algo de la prosa de la peculiar escritora y

correctora y era demasiado tarde para bajar a la librería y comentarle el error, de hecho, eran más de las ocho, su hora de ocupar el baño.

La portada era muy sugerente: en la zona superior izquierda un chico joven de espaldas se encaminaba a lo que parecía un siniestro laberinto, y ocupando el resto, dos tercios del espacio, una mujer pelirroja, de unos cincuenta y tantos años y con cierto halo de misterio, tecleaba su máquina de escribir. Se sintió atraído y abrió el libro. En la primera página una sola frase: *Nadie*

que no haya vivido una historia puede proclamarse su dueño, ni siquiera quien la escribió. Inmediatamente debajo dos iniciales: C. S.

CAPÍTULO V

Esa primera noche en la pensión de doña Carmen no durmió. Tenía motivos de sobra para que Morfeo se negase a visitarlo, acababa de perderlo todo: su novia, sus amigos, casas, coches, empleo... Su gestor y hombre de confianza, el que le había llevado la administración desde que creara la empresa de telefonía móvil, hacía un lustro, resultó un estafador, un traidor. Cuando lo contrató dejó de preocuparse por los números, confiaba plenamente en

él, los beneficios de su negocio parecían multiplicarse año tras año, sus cuentas bancarias crecían y tenía todos los caprichos que un hombre pueda desear; solo se ocupaba de atender en su despacho a los clientes más importantes, viajar a congresos relevantes y asistir a algunas reuniones de empresa. De repente comenzaron las llamadas y notificaciones de la Agencia Tributaria. Al principio Andrés, su fiel amigo y gestor, lo convencía de que todo era un error al que no debía prestar mayor atención. «¿Qué empresa que se precie

no ha pasado por una inspección? Todo está dentro de lo normal, Julio», le decía una y otra vez. Pero lo cierto es que entre su novia Noelia y él habían arruinado la empresa. Ella no se conformaba con ser la novia *de*, quería casarse en bienes gananciales, y Julio se negaba, no terminaba de confiar, de manera que la ambiciosa chica cogió un peligroso atajo y se alió con Andrés para quedarse con todo lo que les permitiera la sucia argucia.

Cuando el dueño y fundador de la empresa quiso reaccionar ya era

demasiado tarde, los dos se habían fugado con los treinta y cinco millones de euros que ese año debían haber ido destinados a la Agencia Tributaria, los empleados y los proveedores. Luchó lo que pudo para conservar algunos bienes, pero no hubo forma, haber estado ignorante de lo que pasaba durante meses fue el motivo de que los embargos le cogieran de sorpresa y se sucedieran en cascada. Uno de sus abogados le aconsejó sabiamente: «No te resistas, todo está perdido, solo conseguirás perder lo único que te

queda: la salud. Eres un hombre emprendedor e inteligente, estoy seguro de que levantarás otro imperio». Pero él ya no quería imperios, ahora buscaba algo que desde que se convirtió en un empresario de éxito no dejó ni un solo día de echar de menos: hacer lo que realmente le hacía feliz, escribir. En el fondo, aquel estruendoso fracaso lo sentía como una oportunidad.

En un principio no conciliaba el sueño a causa de los recientes acontecimientos, pero el verdadero motivo por el que

amaneció sin haber dormido ni un minuto fue la imperiosa necesidad que le provocaba cada página del libro de pasar a la siguiente. A medida que avanzaba en la lectura de *Tinta roja* su perplejidad aumentaba. Era la historia de un joven autor y su primera novela. El muchacho envía su manuscrito a varias agencias y editoriales y, pasado un tiempo sin obtener ninguna respuesta positiva, renuncia a su vocación literaria para embarcarse en el mundo empresarial. Pero lo cierto es que cayó en manos de una agente perversa que

leyó el manuscrito de más de quinientas páginas en un solo día, maravillada, perpleja, convencida de que en los cuarenta años que llevaba leyendo todo tipo de historias, de autores nóveles y consagrados, no había leído nada comparable. Era una novela original, desgarradora, trepidante, bien escrita, con unos personajes fascinantes y una trama impactante. El éxito estaba asegurado.

De inmediato, la veterana agente pensó en su hija, en lo mucho que había luchado para que una de sus novelas le

concediera al fin el éxito soñado. Daniela lo había dado todo por la literatura, estudió Filología Hispánica para formarse e inmediatamente después se dedicó a escribir a tiempo completo. A pesar de que su pasión por las letras no le había aportado nada más que miserias, seguía en su empeño. Después de leer la última página de *Tinta roja*, a la maquiavélica agente se le ocurrió un oscuro plan: le propuso a su hija que a partir de ese momento enviara sus manuscritos firmados con seudónimo para no ser reconocida por las

editoriales, y Daniela, aunque se resistió unos días, cedió. Después envió con dicho seudónimo *Tinta roja*, que en unos meses fue traducido al inglés por una gran editorial americana con la que tenía cierto contacto la agente y correctora, y a partir de ahí la vida de la escritora frustrada y la de su madre cambiaron de rumbo.

La supuesta novela era toda una confesión por parte de doña Carmen. En ella se relataba un hecho real como si fuera pura ficción, y Julio era el protagonista. A Julio le fue fácil deducir

que aquel manuscrito que envió a agencias y editoriales, en el que su abuelo tenía tanta fe, cayó en las manos de la mesonera, que entonces trabajaba como agente literaria, además de escribir en su tiempo libre. Detrás de Marcus Lake estaba la identidad de su hija. *Tinta roja* no era más que la segunda parte de la novela que él escribió cuando todavía creía en la posibilidad de dedicarse a la literatura. Una segunda parte escrita por Daniela y supervisada por doña Carmen.

El mundialmente conocido escritor,

Marcus Lake —seudónimo que adoptó Daniela para lanzar una novela que había escrito Julio—, alcanzó la fama con su primera obra *Sangre negra*. Después le siguieron otras que no hicieron más que decepcionar a sus millones de seguidores en todo el mundo. Años más tarde se decidió a publicar la segunda entrega de su brillante *ópera prima*, prometiendo a la editorial estadounidense una tercera parte para cerrar la trilogía. Con *Tinta roja*, la esperada segunda entrega, había conseguido reflotar la fama perdida;

después de los estrepitosos fracasos que siguieron a *Sangre negra*, por fin la crítica se mostraba benévola con Lake, aunque no consiguió alcanzar el nivel de halagos de aquella primera vez. Era manifiesto que contar la realidad se le había dado mucho mejor que fabular, no obstante, el lector ignoraba este hecho.

Julio estaba atónito, no solo le habían robado su manuscrito, es que doña Carmen, desde la vieja y cutre librería que regentaba, había manipulado su vida y a la gente que había formado parte de

ella desde que iniciara su carrera de empresario. Si todo lo escrito en *Tinta roja* era reflejo de la realidad, hacía años que era una marioneta en manos de la extraña mujer con la que compartía el baño. Sus logros, la ambición de su novia, la traición de su hombre de confianza y su ruina, todo había sido maquinado desde el sofisticado ordenador donde escribía la astuta correctora. Pero... ¿por qué? Y, sobre todo, ¿qué sería lo siguiente?, ¿cómo había conseguido llevarlo hasta su pensión? ¿Necesitaba acaso tenerlo

cerca para que entre la hija y ella pudieran escribir la tercera parte de la trilogía?

Absorto en sus pensamientos, con la última página de la historia aún abierta entre sus manos, de repente se dio cuenta de que estaba tiritando; la estufa hacía rato que había engullido la luz de la última brasa y en el canasto no quedaba leña. Eran las siete menos cinco de la mañana, en unos minutos doña Carmen saldría del baño y bajaría a la cocina para preparar el desayuno de los huéspedes. Se puso el viejo jersey

de lana prestado y, así, en pijama y zapatillas se dispuso a bajar las escaleras, con suerte podría hacerle algunas preguntas a la mesonera antes de que despertara el resto de inquilinos. Pegó la oreja a su puerta y al momento escuchó sus pasos sobre los añejos peldaños. Segundos después la siguió.

CAPÍTULO VI

—Buenos días. Por su aspecto, se diría que no ha dormido usted muy bien —dijo doña Carmen al encontrarse con las pronunciadas ojeras y el cabello alborotado de su huésped.

—Ni bien ni mal, simplemente no he dormido —contestó Julio acercando a la mesonera el libro que tenía en las manos.

—¿Ha estado toda la noche leyendo? Menudo honor, me siento halagada, parece que acerté. ¿Desayunamos?

—Me vendrá bien un café.

Julio, arrastrando unas zapatillas de paño de al menos tres números más que su pie, la siguió hasta la amplia y rústica cocina que hacía también de comedor para los huéspedes. Curiosamente, aunque tenía casi la seguridad de que doña Carmen había intervenido directamente en las aventuras y desventuras que había vivido desde que escribió *Sangre negra*, lo cierto es que no abrigaba ningún sentimiento de desprecio u odio hacia ella, lo que sentía era casi admiración y una

apremiante necesidad de conocer a la verdadera hospedera y saciar su curiosidad.

—Siéntate mientras avivo el fuego, unas rebanadas de pan tostado a la leña también nos vendrán bien para acompañar el café. ¿Te importa que te tutee?

—En absoluto —contestó el huésped, al tiempo que se sentaba en la mesa señalada por la señora, la más cercana a la chimenea de las cinco que ocupaban la magnífica cocina y que lucían vacías. Pensó que tal vez el resto de huéspedes

aún dormía.

—¿Qué tal esa lectura? —preguntó la doña mientras echaba leña al hogar, vuelta de espaldas a Julio.

—Muy, pero que muy interesante. Sabe, siempre soñé con ser escritor, pero lo de ser el protagonista de una de las novelas de Marcus Lake... ha sido toda una sorpresa —contestó con evidente sarcasmo—. Creo que me debe una explicación, ¿no le parece?

—Todo está sobradamente explicado en *Tina roja*, nada es fabulado en esa historia. ¿Qué más quieres saber?

—¿Cómo he llegado hasta aquí y por qué razón? No tiene sentido hacerme partícipe de su sucia trama, ahora sé la verdad y su secreto y el de su hija corren un grave peligro. ¿No pensará que voy a quedarme de brazos cruzados?

—Estás helado. Acércate a la chimenea y caliéntate mientras preparo el café, enseguida satisfaceré tu curiosidad.

Mientras doña Carmen trajinaba en la cocina, Julio se quedó embelesado mirando el fuego. No se había dado cuenta hasta ese momento de lo cansado que estaba. El calor llegó a sus arterias

y el sopor asomó a sus ojos.

—Ya está —dijo la señora al tiempo que ponía una bandeja en la mesa.

La hospedera, desde su asiento, a dos cuartas del fuego, colocó media docena de rebanadas de pan en la parrilla, después sirvió dos cafés con leche en los respectivos tazones y miró fijamente a su acompañante para hablarle:

—Estás en lo cierto, el azar no te ha traído hasta aquí, todo forma parte de un plan que hasta el momento está resultando perfecto. ¿Mantequilla o aceite en las tostadas?

—Aceite —contestó Julio, por decir algo, en ese momento le importaba muy poco lo que pusiese en sus tostadas.

—Desde el principio me lo pusiste muy fácil —comenzó doña Carmen la conversación que tanto esperaba su huésped—, eres de esas raras personas que, a pesar de su aguda inteligencia, no advierten la maldad ajena. Eres tan confiado...

Zacarías la escuchaba con la mirada atada a las llamas, debatiéndose entre el acusado cansancio y la asombrosa situación que, por momentos, no estaba

seguro de si era real o fruto de su agotamiento mental. El calor del fuego le resultaba tan sumamente agradable que pareciera actuar en su organismo como una soporífera droga. De vez en cuando sorbía pequeños buches del café, como extasiado.

—Serás un hombre feliz, me decía siempre mi abuelo, las almas confiadas sufren menos en este mundo plagado de trampas... Qué cosas... —objetó él, inmóvil frente al hogar—. Llevaba razón, ni siquiera ahora, despojado de todo, hasta de mi propio talento, me

siento un hombre desgraciado. Es más, saber que aquel manuscrito fue finalmente una novela tan reconocida me complace hasta el punto de ensombrecer todo lo ocurrido en las últimas semanas. Que el mundo no sepa quién es en realidad Marcus Lake me parece un detalle tan secundario comparado con la satisfacción de haber llegado con mis letras a millones de personas...

—Se vendieron casi cien millones de ejemplares, más que de *El código Da Vinci*, una de las novelas más vendidas de la historia. Nunca entendí cómo en

estos años no llegaste a saber que en realidad *Sangre negra* era tu manuscrito *El escritor asesino*. Por cierto, el título era bastante malo, lo único que tuve que cambiar de tu historia, bueno, y alguna coma.

—Perdí el gusto por la lectura después de saber que mi manuscrito había sido rechazado por todas las editoriales a las que escribí. Cambié radicalmente el rumbo de mi vida, y tampoco me sobraba el tiempo. Esa historia comencé a escribirla a los dieciocho años, fueron seis años escribiendo y reescribiendo,

puliendo frases, textos... repasando una y otra vez cada detalle, no quería decepcionar a mi abuelo. Pensé que había perdido parte de mi juventud por una obsesión y me embarqué en otra más mundana y posible. Claro que supe del fenómeno editorial que supuso en su momento *Sangre negra*, quién no ha oído hablar de Marcus Lake...

Julio pensó que debería entrar en cólera, estaba frente a una estafadora que probablemente era la culpable de que en ese momento su vida fuese una ruina. Pero no tenía fuerzas y, por otro lado, le

gustaba la inusitada situación y el suspense que lo rodeaba, e intuía que lo que estaba por llegar era mucho más interesante que todo lo que había vivido anteriormente. De hecho, si en ese momento le hubiesen dado la oportunidad de recuperar su exitosa y lujosa vida de empresario, habría elegido quedarse en aquella extraña pensión. El misterio que rodeaba a doña Carmen, sus libros, el insólito pasado que los unía, los planes que tenía para él... todo aquello lo fascinaba y quería vivirlo hasta el final.

—Eres una persona extraordinariamente talentosa, además de muy apuesto, todo hay que decirlo, habrías triunfado en cualquier cosa que te propusieras, y lo has demostrado. Cualquier logro es el resultado de la habilidad y la pasión, dos dones sobresalientes en ti.

La forma en que la mesonera hablaba desconcertaba a Julio, había en su mirada y tono de voz una mezcla de admiración por él y perversidad que le hacía sentirse valorado por un lado y confuso e inseguro por otro. No acertaba a descifrar los auténticos sentimientos

que provocaba en ella, y mucho menos qué sentido tenía su presencia en la pensión. Ciertamente, la suspicacia era su asignatura pendiente.

—Leí tu manuscrito por mero azar. Era viernes y en la agencia donde trabajaba me habían encargado un informe de lectura sobre el último libro de una reconocida escritora, que tenía que entregar el lunes a primera hora. Me confundí, así de sencillo, cogí el tuyo por equivocación. Lo recibí esa misma mañana y no tuve la precaución de ponerlo en su lugar, junto al resto de

manuscritos llegados en los últimos tres meses y que serían devueltos o destruidos en unas semanas. Así se trabajaba en la agencia: si no te sonaba el nombre del autor o no venía recomendado especialmente con una nota, la mayoría de las veces ni siquiera leíamos las diez primeras líneas. Esa noche, ya en casa, comencé a leer, dando por hecho que pertenecía a la afamada autora. Fue sin lugar a dudas el mejor informe que he escrito y, créeme, han sido muchos. A medida que leía mi sorpresa iba en aumento. Una historia

sobresaliente en todos los sentidos, no albergué ninguna duda, esa novela sería un éxito sin precedentes. Cuando terminé de escribir el informe y me dispuse a rellenar los datos de la supuesta escritora fue cuando me di cuenta de que en realidad pertenecía a un autor desconocido. Y así comenzó todo, el resto ya lo sabes.

—No, lo importante lo ignoro. ¿Qué hago aquí?

—Te veo cansado, tal vez esta noche sea el momento de contarte mi plan, ahora tengo que atender a...

—¿Al resto de los huéspedes? Todavía no he visto en esta pensión otra cara que la suya.

—Tengo que dejarte. ¿Nos vemos a la hora de la cena?

—¿Cómo sabe que no iré a la primera comisaría a denunciarla?

—No lo harás, te lo aseguro.

CAPÍTULO VII

Pasó por el baño y cuando entró en su habitación encontró la cesta de la leña repleta y la estufa encendida. Se durmió enseguida, pero no fue un sueño tranquilo. Una persistente escena plagó su descanso de pesadillas. Un hombre de unos setenta años, sentado frente a su máquina de escribir y rodeado de incontables manuscritos, lo miraba entre las llamas. Mientras el fuego lo devoraba lentamente, el escritor lo miraba impasible, con una pregunta en

los ojos: ¿por qué? Era su profesor de literatura, el hombre que en el instituto siempre le puso un notable en sus relatos. «Eres muy bueno, Julio —le decía el maestro de las letras cada vez que el muchacho le preguntaba qué le faltaba para sacar sobresaliente—, tu redacción es sobresaliente, tu manera de utilizar el lenguaje, incluso tu imaginación me sorprende gratamente cada vez que leo uno de tus textos; pero te falta la osadía necesaria para crear escenas con fuerza, que desgarran al lector, haciéndolo vivir una experiencia

tal que el orden de su rutina se desmorone. Eso solo lo hacen los grandes, Julio. Hay que nacer». Llegó a odiar a don Justo, en aquellos años para él era un dios al que por muchas ofrendas y sacrificios que le brindara nunca quedaría satisfecho. El profesor de literatura también escribía, pero nunca publicó, lo hacía por mero placer, o eso le contó al alumno un día que fue a su casa con la excusa de hacerle una consulta; aunque en realidad solo quería acercarse a su ídolo, saber más de su vida y ganarse su favor. Ese día supo

que don Justo había dedicado la mitad de su vida a la docencia y la otra media a escribir. Vivía solo, en una pequeña casucha de una sola habitación y un baño. Los manuscritos rodeaban su escritorio y ocupaban cada rincón. La escena lo conmovió enormemente y lo inspiró para escribir *El escritor asesino*, una novela que sería la ofrenda definitiva a su dios y que tiempo después se convertiría en *Sangre negra* de Marcus Lake.

Cuando terminó el instituto, su obsesión por demostrarle a don Justo que poseía

ese don que dotaba a los relatos de excelencia, lejos de mitigarse, se acentuó cada vez más. Se convirtió en un joven extraño, sin amigos ni gusto por diversión alguna, pasaba los días entre la facultad y el apartamento que una tía le dejó en Madrid mientras hacía la carrera. Dormía cuatro o cinco horas al día, sacaba los exámenes a duras penas, la mayor parte del tiempo lo dedicaba a su obsesión: escribir esa novela que mereciera el sobresaliente de don Justo y llenara de orgullo a su querido abuelo. Puso el punto y final el invierno

siguiente a su fin de carrera. Entusiasmado, una fría tarde de diciembre se dirigió a la casa de don Justo para entregarle su manuscrito, un homenaje claro al profesor que tanto había contribuido a su pasión por la literatura. Hacía años que no lo veía y lo encontró igual, fumando frente a su máquina de escribir, a un palmo de una vieja estufa de butano, rodeado de sus incontables historias y de las mismas paredes desconchadas. El profesor, ya jubilado por aquel entonces, se alegró de ver a su alumno. Se tomaron un café

frente a las tímidas llamas y recordaron los tiempos del instituto. Entre otras cosas, le dijo que naturalmente se leería su novela y que volviera en un par de días para darle su parecer.

Fueron un miércoles y un martes de eterna espera. Cuando regresó, su maestro le tenía preparada una respuesta que ya conocía: «Es un trabajo magnífico, querido alumno, pero tengo que ser sincero, sigo echando de menos la garra del auténtico escritor. Tu escrito carece de esas escenas rompedoras que conmocionan al lector y justifican tantas

horas de lectura. Me ha faltado un desenlace a la altura del protagonista».

Fue entonces cuando comprendió que solo había un modo de conseguir el sobresaliente: reescribir el final de su *ópera prima*.

CAPÍTULO VIII

Eran más de las ocho de la noche cuando lo despertaron unos suaves golpes en la puerta de su habitación.

—Julio, soy yo, Carmen. ¿Estás bien?

—se escuchó al otro lado.

El huésped, muy aturdido, balbució:

—Sí, sí, doña Carmen, todo bien.

—Te traigo algo de comer.

—Un momento.

Ya era noche cerrada, la habitación estaba apenas iluminada por las ascuas

de la estufa. Avanzó atolondrado hasta la puerta y la abrió. La mesonera esperaba con una bandeja en las manos.

—Te traigo una sopa caliente, algo de fruta, un plato de natillas y, si quieres, un poco de conversación.

—Pase, pase, ponga la bandeja sobre la mesa. Voy al baño, vuelvo enseguida.

Pero antes miró su reloj.

—Perdón, son las ocho y cinco, es su hora de utilizar el aseo —dijo al recordar las normas de doña Carmen.

—Ve tranquilo, yo lo utilizaré más tarde.

Si te parece.

—Gracias.

A los cinco minutos estaba sentado en su escritorio, degustando la rica sopa frente a la dueña del edificio. Doña Carmen había aprovechado su ausencia para avivar el fuego. El ambiente era muy confortable.

—Está realmente buena, reanima con este endiablado tiempo. Creo que nevará.

—Ya está nevando, está siendo un invierno especialmente duro.

Zacarías se volvió y retiró un palmo los visillos de la ventana. Sí, empezaba a nevar tímidamente. Después su acompañante comenzó la conversación que tenían pendiente.

—¿Crees que no sé por qué no te rebelas después de conocer lo que pasó con tu manuscrito?

—No sé de qué me está hablando, no hay ninguna razón oculta, simplemente acepto el giro que ha dado mi vida —contestó él, simulando una seguridad que no tenía, después de morder un plátano.

—Julio... yo conocía a don Justo, o don Amando, como prefieras.

—¿Se refiere al protagonista del manuscrito que me usurpó impunemente?

—preguntó, visiblemente nervioso—.

Reconozco que don Justo inspiró mi personaje, si como según dice conoció al profesor, no me extraña que los relacionara.

El contenido de la conversación presagiaba lo que más temía el desahuciado escritor, pero la dejó continuar.

—Era muy joven cuando tuve la

oportunidad de asistir a una de las interesantes charlas que regalaba en las presentaciones que hacía a los pocos autores que apoyó durante su vida. Era un reclamo para los lectores. Cuando se anunciaba que don Justo estaría acompañando al escritor la sala se desbordaba de asistentes y el éxito de la obra estaba garantizado. Era toda una institución en el mundo editorial. A partir de ahí nació una... amistad especial entre nosotros, tomamos muchos cafés con tertulia literaria junto a su estufa. En un par de ocasiones me

habló de ti. Aunque admito que en un principio no relacioné el nombre del autor de *El escritor asesino* con el alumno del que me hablaba Justo, sí que reconocí la vida del profesor en la historia. Fue pasados unos días cuando, después de seguirte la pista en secreto, lo comprendí todo. Supe por qué ese alumno resentido finalmente superó el notable, no solo con sobresaliente, sino con matrícula de honor. Y también supe que si me apoderaba del manuscrito jamás lo reclamarías. Tú y yo no somos tan distintos, necesitamos vivir lo que

escribimos para levantar una realidad paralela ante el lector, no tenemos ese don que otorga la matrícula de honor al autor.

—No sé a dónde quiere ir a parar —la interrumpió simulando despiste—. Deliciosas las natillas, de matrícula de honor.

—Deja de ocultar la verdad, ya no tiene sentido. Los dos sabemos todo, y estamos aquí para rendir un último homenaje a don Justo y a la literatura. Nos llevaremos nuestros crímenes secretos a la tumba. La trilogía *Tinta*

roja de Marcus Lake debe concluir con el éxito que se inició y los dos lo haremos posible.

—¿Qué crímenes secretos? Creo que ha llegado la hora de marcharme, nunca debí confiar en usted.

—¡Deja de mentir! Tengo las pruebas, lo sé todo. Sé que fuiste tú el que entraste por la ventana esa noche y acercaste la estufa a sus manuscritos mientras dormía, lo sé porque tú mismo lo escribiste, contaste hasta el más mínimo detalle. Incluso cómo te quedaste mirando aquel horror y disfrutaste

viendo a don Justo gritando entre las llamas hasta que lo devoraron, ¡una escena apoteósica! Todo está escrito, si no colaboras lo sacaré a la luz.

—¿Colaborar?, ¿en qué? Sigo sin entender nada. Vine aquí para olvidarme del mundo y escribir, pero veo que fui dirigido desde el principio... Y... no recuerdo haber vivido ese apoteósico final del que me habla... Fueron días difíciles para mí, estaba como enajenado mientras corregía el desenlace, llegué a confundir la realidad con la ficción. Todavía no consigo

discernir hasta qué punto aquello ocurrió...

—Está escrito, Julio, no hay la más mínima duda, lo hiciste tú. Por eso no te marcharás ni me denunciarás, porque si sale a la luz el verdadero autor de *Sangre negra* será muy fácil demostrar cómo murió realmente don Justo. Estás aquí para ocultarte del mundo y terminar lo que empezaste hace quince años. Marcus Lake debe morir y tú tienes la misión de quitarle la vida. La tercera parte de la trilogía ya está empezada, solo tienes que escribirla, relatar cómo

llegaste aquí, el planteamiento es este presente, lo estamos viviendo, el nudo y el desenlace también llegarán solos. Lo único que tienes que hacer es observar, sentir y escribir. Nadie tiene por qué saber que somos incapaces de levantar una realidad ante el lector si no la vivimos. Para los lectores todo seguirá siendo ficción. Esta última entrega pasará a la historia como la novela negra más vendida de la historia, una novela que ocultará un secreto tan negro como su tinta.

—¿Quitarle la vida a Marcus Lake? ¿Y

dice que debo escribir la realidad? Está usted completamente loca.

—Te será fácil, ya has matado con éxito y no te tembló el pulso a la hora de escribir tu macabro asesinato. Mi hija lleva años postrada en una cama, en este momento está al final de este pasillo. Hace tiempo que una esclerosis múltiple severa le impide incluso encender el ordenador. Marcus Lake es un impostor que jamás escribió una sola palabra de *Sangre negra* y *Tinta roja*, el verdadero autor ha aparecido, tú, y debe darle muerte en *Tinta roja*. Ya ves, me he

ocupado hasta del título, se te dan fatal.

—¿Quiere que planee el asesinato de su hija!

—No, eso ya está pensado, tú solo tienes que escribir lo que se siente mientras llega el momento y ejecutar el plan. Del resto me ocupo yo.

—Esto... esto es una locura. No puedo, no tengo nada en contra de su hija. Lo de don Justo fue distinto, lo odiaba profundamente...

—Si la conocieras la odiarías tanto como yo. Es un ser despreciable que ha permitido que lleve esta mísera vida

mientras ella se hacía rica con nuestros manuscritos. Me ha chantajeado desde que firmó por primera vez como Marcus Lake. Ha gastado todo nuestro dinero en tratamientos carísimos que solo han conseguido engordar los bolsillos de laboratorios y doctores. No se resigna a aceptar su situación, está convencida de que saldrá de esta con dinero. No vive en esta pensión, me odia, reside en una gran mansión rodeada de lujos y atenciones médicas. Está aquí para ayudarte a escribir Tinta roja, lo que no sabe es que el final de la historia lo

escribirás tú, cuando ya no esté.

—¿Ayudarme a escribir esta última entrega? ¿Está dispuesta a dar la vida? Cada vez entiendo menos este desvarío.

—No está dispuesta a dar absolutamente nada, no te confundas. Se supone que tú no sabes que ella saldrá viva, que yo la ayudaré a que ese final a ti te parezca real, pero que la salvaré. Me ha hecho firmar un documento en el que cuando muera renuncio a todo su dinero en favor de la ciencia, con lo que cree asegurar su vida. Y ella ha firmado otro que certifica que me dará el diez por ciento

de las ventas de *Tinta roja*. Si se vende como espero, el diez por ciento puede ser más de un millón de euros.

—¿Y cómo se supone que voy a acabar con su vida?

—De la única manera que sabes, provocando un incendio, y de paso arderá de una vez esta cochambrosa pensión. Me vendrá bien el dinero del seguro para empezar mi nueva vida mientras se publica la novela. Nadie relacionará el incidente con Marcus Lake ni contigo, porque nadie sabe que mi hija y tú estáis aquí.

CAPÍTULO IX

La visita de doña Carmen lo perturbó, esa noche, una vez más, no conseguía conciliar el sueño. Por momentos tenía la sensación de no acertar a discernir entre la realidad y la fabulación. Se esforzaba en recordar aquella noche en la que murió don Justo y seguía sin averiguar qué parte de lo que ocurrió fue real y qué otra no era más que una escena de ficción de la novela que escribió. Se sentía aturdido, lo que le estaba pasando no tenía ni pies ni

cabeza. Todo era un completo disparate. ¿Cómo iba él a incendiar la pensión con una mujer dentro? Eso jamás.

La hija de la posadera estaba al final del pasillo, una mujer horrible y amargada por su invalidez, según su propia madre... Algo no cuadraba en aquella historia y tenía que averiguarlo antes de que perdiera la razón.

Esperó el tiempo suficiente para asegurarse de que doña Carmen estuviera ya descansando profundamente. Eran casi las dos de la madrugada, por muy poco que durmiera,

alguien que se levantaba antes que el mismo día ya debía estar en el mundo de los sueños. Después, muy sigiloso, evitando en lo posible el ruido de sus pisadas contra la madera, llegó hasta la salida y calibró el peligro de que el sonido de la puerta pudiera despertar a la señora. Poco a poco, giró la manivela y salió al pasillo, un túnel oscuro por el que apenas podía ver sus propias manos. Avanzó a ciegas, con los brazos extendidos, tanteando su alrededor. Después de quince pasos en línea recta tropezó con una puerta, la que se

suponía era de la habitación de Daniela. Intentó girar el pomo, pero parecía que estaba cerrada con llave. Lógico, ¿qué esperaba?, ¿encontrarse la habitación de una enferma de par en par mientras a unos pasos dormía un extraño? A punto de darse la vuelta para regresar a su habitación, en un último intento, un chasquido anunció que la cerradura había cedido al fin, y tras él una voz que lo invitaba a pasar.

—¿Quién eres? ¿Julio?

—Sí, soy yo... Perdone, no quería molestarla.

—No es molestia. Pasa, por favor, pasa y cierra la puerta cuanto antes.

La habitación estaba apenas iluminada por la pequeña lámpara de la mesita de noche. Daniela estaba recostada en la cama sobre media docena de almohadones. Una mujer extremadamente delgada, sus pómulos avanzaban bajo sus hundidos ojos como en un cadáver. Tenía la mirada vidriosa, febril. Sus muñecas asomaban al pijama como lápices.

—Me alegra que hayas tenido la valentía de acercarte a mi habitación

—susurró la enferma.

—¿Qué quiere decir?

—Oh, tutéame, creo que tenemos casi la misma edad. Pero acércate, siéntate a mi lado —le señaló el lado derecho de su cama—, tengo algo que contarte.

Zacarías obedeció y ocupó el filo del lecho, mirándola de frente. Así, tan cerca, sin el siniestro efecto de la luz ocre en la distancia, se la veía enferma y considerablemente escuálida, sí, pero hermosa. Una espesa melena invadía los almohadones como sedosa espuma negra. Tenía los ojos más verdes que

había visto jamás, y sus labios, aunque secos, estaban bien dibujados y conservaban un pálido rosa. No le parecía en absoluto una mujer odiosa ni peligrosa, más bien despertaba su instinto de protección.

—Te escucho, Daniela.

—No sé lo que te habrá contado mi madre, pero... está loca, Julio. Desde que tu manuscrito cayó en sus manos su vida ha girado en torno a una locura. Nos ha utilizado a los dos para conseguir lo que toda la vida ha perseguido, fama y dinero.

Se quedó dubitativo unos segundos, la mirada de esa chica le resultaba familiar, había algo en ella que ya conocía, pero no podía pensar con claridad.

—El que se está volviendo loco soy yo, ya ni siquiera discrimino entre la realidad y la fantasía, ¿cómo voy a saber cuál de las dos miente?

—¿Sufres pesadillas? ¿Te cuesta coger el sueño? ¿Te sientes cansado? ¿De repente tienes recuerdos que nunca antes habían acudido a tu mente o al menos no de ese modo?

—Sí, sí, así me siento exactamente, y muy confuso, extrañamente confuso.

—Te está medicando igual que lo ha hecho conmigo desde hace años. Estoy segura.

—Esto no puede estar pasando...

—Julio... —lo nombró Daniela mirándolo fijamente, buscando su concentración.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Julio, soy Daniela Cobos. ¿Te acuerdas?

—Daniela Cobos... —dijo Julio

intentando sacar algún pensamiento en claro de la escombrera que en ese momento era su cabeza— La única chica a la que don Justo dio matrícula de honor en toda su vida, y en su primer examen con él. Aunque por entonces tú estabas en el primer curso del instituto y yo terminando, te recuerdo, sí... eras casi una niña. Dios Santo, cómo te envidié...

—Ya ves para lo que me sirvió esa matrícula... —musitó con melancolía— Poco después volví a caer enferma y dejé de ir a clase.

—¿Cómo es posible que hayas terminado así? Tú no puedes ser la impostora que hay detrás de Marcus Lake, estoy seguro de que nunca has necesitado plagiar a nadie. Siempre tuviste una imaginación brillante. ¿Qué está pasando? ¿Qué es toda esta trampa?

—Escúchame, ella no debe saber que has venido, vamos a desenmascararla y a salir de esta farsa juntos. Pero tienes que confiar en mí.

—Pero dime qué está pasando. ¿Qué es esta pesadilla? —le preguntó Julio, cogiéndola de los hombros y levantando

la voz más de lo debido.

—Habla más bajo o nos escuchará. Nos tiene encerrados y drogados. Está obsesionada con la última entrega de la trilogía. Quiere que sea espectacular, que la protagonicemos y la escribamos nosotros.

—Pero esto es absurdo... Por qué me robó mi manuscrito, te tenía a ti, a su hija, probablemente la mayor promesa literaria del momento.

—Desde que nací me consideró la culpable de sus fracasos literarios. Fui una niña con problemas de salud,

lloraba día y noche, hospitales... Pero me recuperé, todo aquello pasó, y entonces le llegó el momento de demostrar su valía. Don Justo criticó duramente una y otra vez sus manuscritos y nunca consiguió un contrato editorial digno. Una vez el viejo profesor le habló de mí, de mi potencial como escritora... y entonces comenzó la guerra. Me odia, siempre me ha odiado porque soy lo que ella nunca podrá ser, igual que te odia a ti. Sin explicación, comencé a enfermar de nuevo y mi carrera terminó. Es ella la

que está detrás del seudónimo de Marcus Lake. Tú y yo no somos para mi madre más que los personajes de la tercera parte de esta locura.

—Entonces... el incendio en el que murió don Justo... Estoy tan aturdido...

—Estuviste presente, pero no fuiste tú, fue ella la que provocó el incendio y asesinó a don Justo. Te vigilaba, sabía que rondabas su casa, que buscabas su aprobación, y lo preparó todo para que lo vieras morir en el incendio y escribieras esa escena que necesitaba tu historia. Solo tuvo que cambiar un par

de frases para que en la novela fuese el alumno el que incendió la casa del profesor. Desde que llegaste te está drogando, igual que lo ha hecho conmigo durante años, se está metiendo en tu mente ayudada por las drogas. Desconozco de qué tipo son, pero debe guardarlas en la cocina. Tienes que encontrarlas, lo primero es escapar de nuestra cárcel mental para poder salir de aquí.

—No entiendo. ¿Por qué he de creerte? ¿No deberías estar tú sufriendo los mismos síntomas? ¿Qué te hace estar tan

lúcida?

—Llevo dos días sin comer, echando la comida que me trae al váter. Solo he bebido agua directamente del grifo. Busca esas drogas. Deben ser algún tipo de polvo, tal vez de cápsulas, o un líquido que vacía en lo que nos cocina. Debes cambiar su interior por azúcar, agua o algo parecido a esa sustancia.

—De acuerdo, lo intentaré. Rebuscaré en la cocina.

—Por favor, aprovecha y coge algo sin cocinar, debemos mantenernos despejados, es la única manera de

escapar de aquí. Shhh... Escucha. Creo que se ha levantado —dijo Daniela, bajando la voz hasta susurrar—. Se oyen sus pasos. Rápido, métete debajo de la cama, viene hacia aquí.

Julio obedeció. Con todo el sigilo que pudo, se echó al suelo y se deslizó hasta esconderse bajo la cama de la enferma. Al minuto se abrió la puerta. Doña Carmen apareció en la habitación como una imagen fantasmal. Vestía un camisón blanco que le llegaba casi hasta los tobillos y tenía el pelo revuelto. Así, sin peinar ni arreglar, ante la ambarina y

tétrica luz de la tulipa, parecía un espíritu siniestro.

—¿No piensas dormir esta noche? ¿Qué hace la luz encendida a estas horas? Tendré que subirte la medicación.

—No necesito más medicación. Me desperté con sed y bebí agua, eso es todo —le contestó Daniela, intentando provocar a su madre, consciente de que era su oportunidad para convencer a Zacarías de que doña Carmen no era la señora culta y educada que aparentaba ser y que en aquella lucha la víctima era ella.

—¿Qué sabrás tú lo que necesitas? Llevo cuidándote desde que naciste, esclava de tus males, ¿vas a darme lecciones? Duérmete de una puñetera vez —ordenó, y se dirigió a la mesita de noche para apagar la luz.

—Déjame al menos un ordenador, o una libreta y un bolígrafo. Necesito escribir...

—¿Otra vez con la misma cantinela? Ya lo hemos hablado, escribirás, pero cuando yo lo decida. No sé cómo voy a explicarte las cosas. Son casi las tres de la madrugada. ¿Es que no puedes

dejarme un poco de tranquilidad ni de día ni de noche?

—Buenas noches, mamá.

La madre no respondió, se limitó a salir de la habitación muy airada y a dar un portazo que en el espeso silencio de la noche retumbó en todo el edificio.

Julio salió de su escondite y, en la absoluta oscuridad, torpemente, encontró el interruptor de la tulipa. Miró a la muchacha con compasión y le habló.

—Haré lo que me pides, escaparemos de las garras de esta loca.

A ella le caían dos lágrimas por las mejillas que inundaron la habitación de una triste luminiscencia. Tenía unos ojos preciosos.

—Gracias.

—Lo que no entiendo es a qué te referías con que nos tiene encerrados.

—Yo no puedo moverme y tú, si salieras de esta pensión, serías detenido de inmediato. Lo tiene todo muy estudiado, tu libro es toda una confesión, solo tendría que demostrar que es tuyo, y teniendo en cuenta la mala reputación de la que gozas y tus graves problemas

fiscales... Necesitamos pruebas en su contra para poder escapar.

—Comprendo. Por cierto, ¿dónde está el resto de huéspedes?

—Lo ha preparado todo para este momento, la pensión era solo una tapadera, la compra de este edificio era parte del plan... Estoy muy cansada, necesito comer algo... Vete antes de que regrese.

—Volveré, Daniela, puedes estar segura. Descansa.

Antes de volver a apagar la luz la contempló unos segundos, cuanto más la

miraba, más bonita le parecía.

CAPÍTULO X

Se dirigió a la cocina con el mayor sigilo, pero aquellos viejos peldaños de madera se empeñaban en responder a sus pasos. Hacía mucho frío esa noche, cuanto más descendía por la escalera más bajaba la temperatura y más lo envolvían las tinieblas, como si la madera que lo rodeaba desprendiera un espeso humo negro. Crac... crac... crac... Apenas se veía, solo un soplo de luz de alguna farola, que se colaba a través de los visillos de la ventana del

rellano, evitaba que no cayera y terminara rodando. Agudizó el oído hasta dolerle, si doña Carmen se levantaba alertada por el crujido, debía esconderse en algún recoveco. Al fin llegó al túnel de libros, lo supo porque los sintió cerca, como presencias, y por su olor lleno de recuerdos de la infancia. Más adelante debían estar, a la izquierda el pequeño despacho y a la derecha la estancia que hacía de cocina y comedor. Al fondo el despacho de la papelería.

Extendió la mano derecha y sus dedos

tropezaron con la pesada puerta. Estaba entornada, al empujarla un interminable y agudo chirrido correteó por el túnel y subió la escalera. Le temblaron las rodillas como a un niño que estuviera haciendo la peor de las fechorías. Calculó que la abertura era suficiente y se coló al fin en la cocina. A pesar de que el hogar todavía parecía encendido, sintió como si se adentrarse en una nevera. Las ascuas bañaban los alrededores de una tenue luminaria roja, lo que le permitía vislumbrar las siluetas del mobiliario lo suficiente

como para no encender la luz. Ahora el piso era firme, de viejas baldosas de barro. Los cracs, los chasquidos y los chirridos cesaron, y podía estar atento a pisadas ajenas a las suyas. Al fondo atisbó la zona de trabajo y el fregadero. Sobre la encimera vislumbraba los perfiles de la cafetera, el frutero repleto de manzanas, la quesera y media docena de cuencos que debían contener algún postre casero puesto a enfriar.

Comenzó a abrir y cerrar las puertas de los muebles con la esperanza de encontrar lo que buscaba. Todas se

quejaban al abatirlas, todas gritaban ¡sal de aquí antes de que te pille! Platos, fuentes, vasos, cajas de galletas... era todo lo que encerraban. Al fin creyó estar frente a lo que buscaba. Uno de los muebles superiores, el más estrecho de todos, tenía tres baldas: la inferior con harina, azúcar, café..., la del centro con botes de confituras y todo tipo de conservas y la superior repleta de cajas de medicamentos. Apenas veía de espaldas a la chimenea, la operación iba a ser complicada. Entre las medicinas había un bote de metal sin etiqueta

alguna que destacaba del conjunto. Lo abrió y dentro vio un polvo blanquecino. Supuso que era ahí donde la posadera vertía la mezcla de medicinas que luego echaba a sus guisos. Daniela podría estar en lo cierto. Volcó su contenido en un vaso y mezcló en el interior del tarro harina y azúcar. Después se acercó a la chimenea para comprobar el color y la textura de ambas mezclas. No le había quedado mal.

Lo dejó todo en su lugar y a continuación buscó algo para llevarse una muestra del contenido del vaso.

Sobre el poyete de la ventana encontró varias cajas de cerillas, una estaba vacía. «Perfecto», se dijo. Echó un poco en dicha cajetilla y vertió el resto del contenido del vaso en el fregadero, luego dejó correr el agua. Antes de marcharse hurtó algunos alimentos: un trozo de queso, algunas manzanas, un bote de mermelada y un puñado de galletas; lo que podía transportar en los bolsillos de su viejo batín prestado.

A punto de colarse por la abertura de la puerta y marcharse, apareció ella con una lámpara en la mano:

¿Qué haces aquí?

—Siento haberla asustado, doña Carmen —dijo Zacarías, recomponiéndose como pudo después del sobresalto. Sin duda, estaba mucho más impresionado que ella—. Es que... me duele tanto la cabeza... —improvisó, y se tocó la frente—. No sé lo que me pasa, cada vez duermo peor, me siento algo débil y desorientado... Desde que estoy aquí no me encuentro bien —terminó de explicarse con este último apunte, para que ella confirmase que los medicamentos que le suministraba

estaban haciendo efecto.

La hostelera se quedó mirándolo unos instantes sobre la luz cerúlea de su lámpara, que bañaba su rostro de sombras antinaturales y le daba un aspecto espeluznante. Y sí, pensó que los síntomas podrían ser provocados por su pócima.

—¿Y qué esperabas?, ¿que un paseo por la cocina te relajara? —le preguntó con acritud, sin ese tono amable y fingido que la caracterizaba. Después de la conversación de esa misma noche parecía que no veía la necesidad de

mostrarse tan afable.

—Estaba buscando un analgésico para esta espantosa jaqueca, no quise despertarla...

—Espera un momento, creo que tengo algo que te calmará.

Mientras doña Carmen se adentraba en la cocina Julio palpaba los fondillos de su batín, excesivamente abultados a causa de su contenido, la señora no se había dado cuenta porque su lámpara solo lo había enfocado al rostro; pero ahora había encendido la luz de la cocina. Se metió las manos en los

bolsillos, como si intentara calentárselas, y la siguió. Ella se puso a hurgar en el mueble donde un momento antes el huésped había cogido el bote para cambiar su contenido. Se puso muy nervioso.

—¿Has estado tocando mis cosas?

—Perdone, buscaba algo para mi jaqueca.

No dijo nada más. Cogió el bote metálico que ahora contenía azúcar y harina, vertió una pequeña cantidad en medio vaso de agua, removi6 el contenido y se lo ofreció.

—Toma, bébete esto, te calmará.

Él se lo bebió de dos tragos, temiendo que al sacar la mano del bolsillo ella se diera cuenta de lo que escondía.

—Bien —dijo doña Carmen cogiendo el vaso de nuevo—, vamos a intentar dormir un poco.

Ya en su habitación, esperó una media hora, tiempo suficiente para que doña Carmen estuviese de nuevo dormida. Después se encaminó a la habitación del fondo del pasillo, descalzo, casi deslizándose, intentando hacer el menor

ruido posible teniendo en cuenta los añejos tablones del piso.

Daniela se había quedado dormida. Bajo el resplandor de la tenue luz de la lamparilla de noche se le veía como las princesas que se sumen en un largo y profundo sueño esperando el beso de su príncipe azul. Impresionaba su delgadez: las clavículas asomaban a su camisón blanco como finos travesaños que entronaran su cuello; bajo los ojos cerrados, unas largas y espesas pestañas se posaban en un fondo púrpura; el cabello era una resaca marina que

inundaba la almohada y sus labios se percibían deshidratados, como de papel. Se le veía débil, realmente enferma, aun así, su rostro arrojaba candidez y la dulzura de una bonita muñeca.

Levantó despacio los abanicos que colgaban de sus pestañas y, con los ojos entornados, le habló:

—Estás aquí de nuevo...

—Siento haberte despertado, venía a decirte que he cumplido mi misión, creo que encontré lo que echa en nuestros platos.

—Eso es fantástico —contestó ella, sin

poder manifestar como quisiera lo que le alegraba la noticia.

—Te he traído comida por si quieres tomar algo, todavía quedan algunas horas para el desayuno, creo que por el momento podemos degustar sus platos sin problema —le habló mostrándole lo que llevaba en los bolsillos.

—Ohhh... gracias, Julio. Me comeré el queso y algunas galletas, estoy desfallecida. El resto mételo en el altillo del armario, entre las mantas.

Mientras ella mordía el queso, Julio se dispuso a guardar el resto de los

alimentos. Entre las mantas también encontró varias libretas. Se volvió y la miró.

—Antes de quedar prácticamente impedida, escribía a escondidas de mi madre —le aclaró ella.

—Todo esto es inaudito... Daniela...

—Dime.

—Te ayudaré a salir de aquí.

—Lo sé. Pero antes, ¿me ayudarías a ir al baño? Hace días que ya apenas puedo ir sola, y me siento tan débil...

—¿Cómo lo haces para ir tú sola?

—Mi madre viene tres veces al día, y cuando tengo que ir sola... bueno, no se me da mal arrastrarme, incluso empujando la comida que me trae para echarla al váter. Pero esta noche me encuentro aún peor.

—Qué espanto... ¿Cómo puede una madre hacerle esto a una hija?

Cuando la cogió en brazos se sorprendió de lo escuálida que estaba para su estatura. Le pareció que tenía algo de fiebre. Ella se cogió a su cuello, casi sin fuerzas, y le sonrió.

—¿Sabes que tienes una sonrisa muy

bonita? —le dijo para quitar crudeza a la situación, estaba seguro de que Daniela sentía herido su orgullo de mujer—. Y hueles muy bien.

Ella le sonrió otra vez.

Cuando entró en el baño se quedó parado, no sabía dónde dejarla.

—Siéntame en esa banqueta, el resto creo que puedo hacerlo yo.

—Te espero fuera.

Zacarías escuchó el sonido de la cisterna y luego el discurrir del agua en el lavabo. A los diez minutos lo llamó.

Se había refrescado la cara y tenía el pelo cepillado, seguramente, no se peinó para volver a acostarse, sino para él.

—Me gusta tu cabello —le dijo mientras volvía a tomarla en sus brazos.

—Y a mí tus ojos. Ahora vete, echa esas cortezas de queso a la estufa y vuelve a tu habitación, nos estamos arriesgando demasiado.

—Buenas noches, Daniela. Descansa —se despidió de ella antes de cerrar la puerta.

CAPÍTULO XI

A pesar de haber dormido solo tres o cuatro horas, se despertó más despejado que los días anteriores. No tenía mucho sentido, ya que aún no había comenzado a comer los platos de la mesonera sin la pócima que les administraba. Era más por saberse necesitado, con la responsabilidad de haber prometido a Daniela arrancarla de las garras de su madre. Pensó que tal vez debería ir a la policía y denunciar la situación, sin más; pero ¿qué credibilidad tenía él en aquel

momento?, ¿y si realmente doña Carmen lo tenía todo tan bien atado y empeoraba la situación de la chica? Si había sido capaz de atentar contra la salud de su propia hija hasta tales extremos... Esa mujer haría cualquier cosa por terminar la tercera parte de la trilogía y con todo el realismo.

Eran más de las nueve. Echó unos troncos a la estufa y se dirigió al baño. A su regreso encontró una bandeja con el desayuno sobre su escritorio. Pensó en Daniela, ¿cómo estaría esa mañana? Se moría de ganas por ir a verla, pero

era demasiado arriesgado, doña Carmen no debía saber que se habían conocido, y mucho menos la complicidad que empezaba a haber entre ellos. Pensó que tarde o temprano tendría que presentársela, de qué otro modo podían escribir juntos la tercera parte de la trilogía. Mientras tanto, tendría que esperar a la noche.

Desde que escribiera su primera y única novela *El escritor asesino*, *Sangre negra* para los lectores de Marcus Lake, Julio había sido una marioneta de la cruel impostora que regentaba la

pensión. Doña Carmen le había seguido los pasos desde que leyó su manuscrito, había manipulado su vida a su antojo para asegurarse de que nunca descubriera lo que había maquinado para finalmente llevarlo hasta la pensión y obligarlo a escribir. Tenía la sensación de que en realidad detrás de cada logro o fracaso siempre había estado ella, no solo de los hechos más importantes, sino de su día a día, a lo largo de veinte años, desde que cumplió los dieciocho hasta los treinta y ocho que contaba en ese momento. Había llegado la hora de

cambiar los papeles. Necesitaba un plan para ganarle la partida de una vez a esa vieja loca. Siempre se le dio bien la estrategia, y esta vez no sería diferente.

Según la mesonera, estaba allí para escribir junto a Daniela la tercera parte de la trilogía, y para garantizar su éxito era preciso que aquella pensión fuese el auténtico escenario y sus tres inquilinos los personajes reales. Bien, pues así se haría, con la salvedad de que se escribirían dos manuscritos: uno para engañar a doña Carmen, en el que relatarían lo esperado por ella, y otro

donde contarían la verdad sobre la manipuladora, impostora y criminal dueña de aquel tétrico edificio. La famosa trilogía tendría dos terceras entregas.

Lo primero era vigilar a doña Carmen, conocer cada paso que daba en su día a día: cuándo se levantaba, a qué hora solía hacer la compra, cuánto tiempo pasaba en la cocina, qué páginas visitaba desde su moderno portátil o con quién se escribía, el momento en el que se acostaba... Era imprescindible saber de cuánto tiempo disponían Daniela y él

para escribir en la clandestinidad. Sin más demora comenzó su plan. Por momentos, aquel peligroso juego lo excitaba, hacía que se sintiese estimulado.

Desayunó, y después cogió la bandeja para llevarla a la cocina, una excusa perfecta para comenzar sus pesquisas.

Cuando atravesó el túnel de libros giró la cabeza hacia su izquierda, no, no estaba en su pequeño escritorio, el ordenador estaba encendido, pero la pantalla lucía en negro. Al fondo, en el

despacho de la librería, tampoco había rastro de ella. Debía estar en la cocina, la estancia que quedaba a su derecha. Empujó la puerta y allí estaba.

—Buenos días, doña Carmen. Muchas gracias por llevarme el desayuno a la habitación.

Se esforzó en mostrarse amable, debía aparentar que realmente se creía un asesino y que su libertad dependía de ella.

—Buenos días, Julio. Pensé que después de la mala noche que has pasado preferirías desayunar y dormir un poco

más la mañana; pero ya veo que estás mejor. ¿Conseguiste dormir un poco?

—Sí, la medicina que me dio hizo su efecto, he conseguido descansar algunas horas.

—Me alegro —dijo con una sonrisa muy estudiada mientras recogía la bandeja de las manos de Zacarías.

—Huele estupendamente. ¿Qué tenemos hoy para el almuerzo?

—Potaje de lentejas y unos boquerones fritos, espero que mi pescadero haya traído hoy. De hecho, estaba a punto de irme a la compra. Si estás mejor, ¿no

crees que ya ha llegado el momento de ponerte a escribir? Ya sabes cómo termina la segunda parte de la trilogía y has tenido tiempo de conocer el escenario donde comenzará la trama, no creo que te cueste mucho arrancar.

—Pero... no sé, en este momento no se me ocurre cómo... Estoy muy desentrenado.

—Tú ve escribiendo, ya te diré los cambios que haya que hacer.

—De acuerdo, lo intentaré. Nos vemos a la hora del almuerzo.

Julio se quedó agazapado en el rellano de la escalera, desde donde atisbaba el pasillo que hacía de biblioteca y el pequeño distribuidor en el que desembocaba y que le permitía observar la mitad inferior de las tres puertas que daban a las estancias de la planta baja.

A los diez minutos vio salir a doña Carmen, solo su falda gris y las piernas enfundadas en unas gruesas medias hasta llegar a sus zapatos de descanso. Después la señora entró en la pequeña oficina, solo unos segundos, imaginó que estaría apagando su portátil, y por

último salió a la calle a través del despacho de la librería. Se atrevió a bajar unos peldaños y la vio cerrar con llave la entrada del negocio, ya desde fuera.

Ahora sí, presuroso, sin el menor sigilo, dejando que sus viejas zapatillas descansaran a placer sobre los tablones centenarios del piso, subió el tramo de escalera que llevaba a la planta superior y se encaminó a la habitación de Daniela.

Dio tres suaves golpes con los nudillos en la puerta y seguidamente movió la

manivela. La habitación estaba aún en la penumbra. El lecho estaba vacío, pensó que estaba en el baño, pero cuando dio un paso al frente la encontró tendida en el suelo, intentando alcanzar su cama.

—¡Dios mío, Daniela! ¿Estás bien?

—Hola, Julio. Sí, estoy bien, tranquilo. Es esta cama que parece estar en el mismo cielo. Bajarse es fácil, pero subirse...

—Déjame que te ayude.

La cogió en brazos con mucho cuidado, no fueran a romperse sus delicados huesos, la dejó en la cama y la arropó

con cariño. Olía a flores de abril, ella y las sábanas que la envolvían.

—Has llegado en el momento oportuno.

—¿No ha venido tu madre esta mañana para ayudarte?

A Julio le embargó un profundo sentimiento por la chica, más allá de la compasión, casi doloroso. La escena le parecía anacrónica: era imposible que en el siglo veintiuno una mujer tan hermosa y enferma viviera encerrada en una cutre habitación de uno de los edificios más viejos y céntricos de Madrid.

—Sí, estuvo aquí antes de las siete, pero tenía que ir al baño... Dime, ¿cómo es que estás aquí a estas horas?

—Ha salido a hacer la compra.

—No tardará mucho.

—Daniela, esto es inaudito. Se escapa a mi entendimiento la situación en la que te encuentras, no es posible que vivas así, desatendida...

—No te equivoques, recibo visitas médicas periódicas. Estoy enferma desde niña, una de esas enfermedades raras además de la esclerosis múltiple. Mi historial médico es extenso y

extraño. He estado hospitalizada la mitad de mis treinta y dos años. Para los médicos mi madre es una heroína. En varias ocasiones intenté hablar con personal del hospital donde he pasado media vida, para explicarles mis sospechas... Todo ha sido inútil, ella es muy buena actriz y al final solo recibía la compasión que merece alguien que está enferma física y mentalmente.

—Pero... no tiene sentido. ¿Cómo ha podido engañar a los médicos que han pasado por tu vida? Tengo que hacer algo...

—¿Tú? En tus condiciones no serías más que un delincuente sin credibilidad que ahora le ha dado por ayudar a una pobre loca. Estoy segura de que ella lo tiene todo muy pensado. Es más, no tengo ninguna duda de que todo lo que te ha ocurrido desde que escribiste *El escritor asesino* ha sido obra suya. Sé que contrata a criminales de todo tipo por internet para conseguir sus propósitos. No te olvides que tiene mucho dinero para sobornar y pagar a quien haga falta. No, Julio, todavía no podemos denunciarla, necesitamos

pruebas contundentes. Pero lo haremos, sé que contigo conseguiré al fin escapar de sus garras.

—¿Qué ha hecho con todo el dinero que ha ganado con mi libro?

—No estoy segura, pero sí sé que desde hace años recibe periódicamente paquetes. Antes de que terminara en estas condiciones, sin poder moverme de la cama, pasaba horas mirando por esa ventana y podía observar quien iba y venía a la librería; ha conseguido impedirme incluso que pueda abrirla. No puedo decirte que contienen, pero

creo que es en eso en lo que gasta el dinero que te ha robado.

—Esto es una locura, Daniela. Tengo la sensación de estar viviendo una pesadilla absurda.

—No es una sensación, esto es una pesadilla. Deberías hablarme sentado en el poyete de la ventana, así podrás vigilar la calle a través de la persiana y advertirás su llegada.

Julio hizo un amago de subir la persiana, pero ella gritó:

—¡No, no la abras! Si la ve abierta se terminó nuestra posibilidad de salir de

aquí.

—De acuerdo —dijo sentándose en el alféizar, dispuesto a vigilar la estrecha calle, y miró a través de las rendijas de la persiana—. Todo despejado. Qué lugar más triste para estar en pleno centro de Madrid, y qué frío...

—Muy escogido, nada en ella es fruto del azar.

—Daniela, tengo un plan.

Sin apartar los ojos del estrecho callejón, comenzó a contar a Daniela su estrategia para desenmascarar a doña Carmen y salir de allí.

—Haremos lo que nos dice, escribiremos esa tercera parte de la trilogía y continuaremos esa historia que nos propone. El protagonista descubrirá lo que ocurrió con su manuscrito y la trama principal estará basada en su afán por descubrir al impostor, el tal Marcus Lake, que resulta ser el seudónimo de la *perversa* —para pronunciar este adjetivo apartó unos instantes la vista de la callejuela y miró con ternura a Daniela— hija de la mesonera, que años atrás había trabajado para una importante agencia editorial. Al final,

cuando encuentra a la defraudadora y llevado por la ira provoca un incendio en la pensión donde vive y los dos mueren.

—Sí, creo que ese es el argumento que tiene pensado para esta parte final, y me parece que en gran parte tiene planeado que todo sea fruto de la realidad. Dios mío... está esperando a que terminemos el libro para vernos morir entre llamas... Está loca, Julio, como obsesionada por ser la protagonista en la sombra del libro más vendido de la historia. Ella está convencida de que

esta tercera parte será una novela negra sin precedentes.

—Pero escribiremos dos terceras partes, la otra será nuestro secreto. Y esa sí que será la historia real desde que yo escribiera la primera palabra de *El escritor asesino*. Necesitaremos pruebas, investigar en su vida, en su portátil, en sus papeles, su buzón, las llamadas telefónicas que hace... Yo lo haré y tú escribirás la historia.

—¿Y después?

—Debemos terminarla mucho antes que la que ella espera y enviarla a esa

editorial americana que la está esperando. El comienzo de la historia será muy revelador, creo que si la lee la misma persona que conoce las anteriores no podrá resistirse a venir e investigar si todo es verdad.

—Puede que sí, podría ser nuestra salida; pero debes tener alguien de confianza en el exterior, necesitamos al menos un ordenador y un teléfono, no podemos trabajar y encontrar pruebas aquí encerrados y solo con un par de libretas y bolígrafos...

—Tengo dinero, dieciocho mil euros que

pude sacar de mi caja fuerte antes de huir de mi casa, puedo salir cuando no me vea y comprar lo que necesitamos. Incluso tengo un teléfono móvil, lo desconecté cuando llegué, las llamadas que podía recibir no me interesaban y tampoco era buena idea dejarlo encendido y que lo rastreara la policía. Cuando pienso en cómo ocurrió todo...

—No, Julio, estoy segura de que tú ya no tienes ese dinero, ni ropa para salir de aquí sin parecer un loco, ni nada. Estoy convencida de que se habrá encargado de que dependas

absolutamente de ella. Creo que la subestimás.

—Llevás razón, si fue capaz de manipular mi vida sin que siquiera yo la conociera... Pero ¿cómo lo hizo? Es algo tan increíble...

—Con dinero y un portátil, así de simple, créeme que es una mujer muy astuta. Imagino que te siguió los pasos a través de internet y chantajeó a las personas que estaban a tu alrededor, y a saber qué más.

—¿Es posible que mi novia y mi amigo y gestor de mi empresa sucumbieran a

sus chantajes?

—Sí, es posible. Lo siento mucho, Julio. Julio comprendió que el argumento de Daniela tenía toda la lógica, seguramente su dinero ya no estaría en el bolsillo del abrigo que llevaba el día que entró en la librería, contando con que siquiera el abrigo aún estuviera colgado en el armario. Se quedó pensando con la vista perdida en los adoquines de la calle, hasta que la vio llegar.

—Ya viene.

Rápidamente se levantó del alféizar y se

dirigió a Daniela.

—Tengo que irme, volveré esta noche.
Lo arreglaremos todo.

—Estoy segura. Vete o te escuchará salir
de mi cuarto.

La besó en la mejilla, aspiró su olor a
margaritas silvestres, y se marchó.

CAPÍTULO XII

Era el momento de ponerse manos a la obra. Tenía una libreta, un bolígrafo, su imaginación y toda la información de las dos entregas anteriores, *Sangre negra* y *Tinta roja*. *Muerte al impostor* cerraría la trilogía tal y como doña Carmen esperaba. La otra versión, la auténtica, debería escribirla Daniela a hurtadillas. Abrió la libreta y en la primera página escribió el título ocupando el treinta por ciento del espacio y con buena caligrafía: *Muerte al impostor*. Pensó

en los protagonistas principales: Zacarías, que era él mismo, don Simón, que protagonizaba a don Justo, Carla, la supuesta impostora, Daniela que se hacía pasar por Markus Lake, y la señora Rosa, la lectora profesional que en la ficción era el personaje que menos se parecía al real: la pérfida doña Carmen. En esta tercera entrega, Julio, desahuciado de sus bienes y sus afectos, terminaba en el escenario que lo rodeaba, la vieja pensión, y descubriría quién era Markus Lake y cómo se había lucrado ilegalmente del manuscrito que

Zacarías había enviado a las agencias y editoriales cuando tenía dieciocho años. Carla, la embustera que estaba detrás del seudónimo, era una joven resentida y amargada a causa de la larga y extraña enfermedad que arrastraba desde niña, además de un ser frustrado por su incapacidad para escribir un texto que realmente valiera la pena y que su madre, doña Rosa, hubiese podido defender ante alguna de las editoriales con las que tenía contacto desde hacía años. Este era el comienzo de la novela, el nudo y el desenlace debería

escribirlos según se fueran desarrollando los hechos en la vida real y dependiendo de cómo lo fuera guiando la mesonera.

Decidió escribir *Muerte al impostor* en primera persona, todo un atrevimiento teniendo en cuenta que era su segunda novela, pero le parecía imposible dirigirse al lector como un narrador omnisciente para contarle una historia tan real y protagonizada por él mismo.

Sin más dilación, comenzó a escribir:

Ayer dormía en una magnífica cama,

rodeado de los mayores lujos que un hombre pueda desear, enfundado en un pijama de seda de alta calidad y frente a un ventanal desde donde veía todo Madrid y uno de los edificios más altos y modernos de la ciudad: las oficinas de mi gran empresa de telefonía. Hoy me encuentro frente a una ajada mesa, una libreta y un bolígrafo, desposeído de todo, absolutamente de todo, hasta de mis afectos. Una centenaria estufa de leña apenas me calienta los riñones. Hacía tiempo que no recordaba cuánto frío hace en enero; tengo los dedos

entumecidos y los dientes a punto de castañear. Frente a mí una pequeña ventana me muestra la fachada de un edificio a punto de derrumbarse; no hay manera de escapar de esta ruinoso habitación, ni siquiera con la imaginación. Mi vida ha virado de tal manera, que no sé si en este momento estoy sufriendo una pesadilla o que la vida que dejé ayer fue un sueño...

El silencio era tal que cerraba los ojos y podía imaginarse en medio de la nada, ni siquiera se oía el chisporrotear de la

estufa, que ya hacía rato pedía alimento. Estaba seguro de que Daniela dormía profundamente, hubiese podido escuchar hasta el roce de su cuerpo sobre las sábanas de hacer algún movimiento. Los muros exteriores debían ser de piedra maciza. Imaginó su blanca y delicada piel entre el lino y le recorrió un leve y agradable escalofrío. Le gustaba esa chica, las olas de su cabello, el dormitar de su mirada, el desierto de sus pálidos labios, sus delgadas y nevadas manos... y su olor, ese olor a campo en primavera que desprendía su piel a pesar de llevar

encerrada en la oscuridad décadas... era un milagro. Ella era la primavera encerrada en un inmisericorde invierno. Recordó y sintió cómo ella le rodeó el cuello mientras la cogía en brazos, sus frescos dedos sobre su nuca, su aliento a fresas silvestres fundiéndose con el suyo, su boca tan cerca... Daniela era como una etérea flor en un campo de espinos, casi un espejismo.

Soñaba despierto con la hija de la hostelera cuando, entre el absoluto mutismo, se oyó el crujir de los viejos

peldaños de la escalera.

—Adelante —dijo Julio después de escuchar unos golpes en la puerta de su habitación.

Doña Carmen apenas asomó el rostro bajo el umbral y le habló.

—Veo que has comenzado tu trabajo. Me alegro —dijo la señora, sorprendida al ver a su huésped frente a la libreta y con el bolígrafo en la mano—. Ya sabes que me tienes para lo que sea, si necesitas ayuda o alguna información...

—Por ahora no es necesario, solo llevo un par de páginas, estoy poniendo en

antecedentes al lector, recordándole cómo ha llegado hasta aquí el protagonista, esta parte me resulta bastante fácil, como podrá imaginar —le contestó, con cierta acritud que no pasó desapercibida a su interlocutora.

—Pareces incómodo. ¿Hay algo que debas contarme?

—Perdone, debe ser que este cambio de vida tan brusco me afecta más de lo que pensaba. Lo siento.

—Piensa que todo esto será solo temporal, en cuanto pongamos punto y final a nuestra historia terminará todo

para ti. Estarás aquí justo el tiempo que tardes en concluir la novela y recibamos el adelanto de la editorial. Si todo va como espero, volverás a tener una vida parecida a la que has dejado.

Julio estuvo a punto de hacer un agrio comentario y preguntarle qué oscuro final tenía pensado para los protagonistas y, si estaba en sus planes que sobreviviera a todo aquello, qué tanto por ciento de las ganancias serían para él; pero calló, debía controlarse y mostrar ante doña Carmen su cara más amable o todo se iría al traste.

—Si le digo la verdad, en este momento me gustaría volver a mi cómodo apartamento, aquí hace tanto frío...

Dicho esto último, Julio le regaló una sonrisa a doña Carmen muy lograda, digna del mejor actor.

—No me extraña, la estufa está a punto de apagarse. Venga, vamos a comer y después te daré unos buenos troncos para que la tarde te sea más confortable mientras escribes. Conseguí boquerones frescos, pero nos los vamos a encontrar más fríos que esta nevera. Sí que está helada esta habitación.

—Bajo enseguida —concluyó Julio.

Antes de bajar para almorzar, se dio unos minutos para analizar a doña Carmen. Nadie que la conociera diría que era la perversa mujer de la que le había hablado Daniela. Tal vez tenía doble personalidad, estaba acostumbrada a llevar dos vidas: la que mostraba a sus supuestos huéspedes, a su pescadero o a los clientes de su librería, y la que asomaba cuando entraba en la habitación de su hija. De no ser por Daniela, jamás hubiese imaginado que aquella dulce señora era

en realidad un lobo con piel de cordero.

Al salir encontró a doña Carmen al final del pasillo, frente a la habitación de la enferma, intentando dejar una bandeja en el suelo para poder tener las manos libres y así abrir la puerta. En un acto reflejo, Julio se apresuró a ayudarla. Pero ella se lo impidió.

—Tranquilo, no hace falta, estoy acostumbrada. Vete a comer, tienes la mesa puesta, yo no tardaré.

—De acuerdo.

Obedeció y volvió sobre sus pasos, receloso, le hubiese gustado entrar con ella en la habitación de Daniela, simulando normalidad, para ver la reacción de las dos. Doña Carmen esperó a que se hubiese alejado lo suficiente para abrir al fin la puerta.

Efectivamente, sobre una de las mesas de la gran cocina, la más cercana a la chimenea, lucía su almuerzo: un buen plato de lentejas que olía a gloria, una fuente de boquerones fritos, un vaso, una jarra de agua, pan y dos naranjas. Tenía

hambre, así que se sentó sin dilación, sin darse la oportunidad de pensar en si entre las lentejas estaría mezclada la pócima de la mesonera, quiso creer que en el bote donde guardaba su veneno seguía habiendo solo harina y azúcar.

Al momento, llegó doña Carmen.

—¿Qué tal están las lentejas, Julio?

—Riquísimas, no las he probado tan buenas en mi vida. Es usted una gran cocinera —le contestó con sinceridad.

—Tuve la mejor maestra, mi abuela. Te acompañaré y charlamos un poco de tu nueva novela. Voy a servirme.

Doña Carmen se sirvió un plato de lentejas humeante, echó un par de troncos a la chimenea y se sentó frente a su huésped.

—¿Qué tal ese comienzo de la novela? Imagino que después de tanto tiempo sin escribir costará retomar las letras —le preguntó al tiempo que tomaba asiento, con mucha afabilidad.

—Como ya le dije, apenas llevo un par de páginas, y en este caso el comienzo no requiere ni demasiada imaginación ni el mínimo de inspiración. Resulta muy fácil hablar de lo que se conoce, como

usted bien sabe... —le contestó Julio, mostrando cierta incomodidad hacia el tema.

—La imaginación y la inspiración son necesarias hasta para escribir un manual de instrucciones, la cosa más simple es posible contarla con infinidad de combinaciones de palabras, y de tu habilidad depende escoger la fórmula más adecuada, la que comunique mejor al lector lo que quieres decirle. No creo tener que decirte la importancia del comienzo de una novela, en él el lector ya se forma un criterio y toma la primera

decisión: seguir leyendo o abandonar. Tal vez en el planteamiento de esta obra sea más importante cómo lo cuentas que lo que cuentas, has de poner pasión, enganchar en tres o cuatro páginas. Para eso se necesita estar en situación, no solo conocerla —explicaba la señora sin haber probado aún su almuerzo.

—Lo sé, pero como le digo, este principio no me supone dificultad, lo que me preocupa es el desarrollo y, por supuesto, el desenlace. No me ha explicado con mucho detalle qué espera de esta historia.

—Es simple: quiero que escribas lo que vivas, nada más. Ya me encargaré yo de hacer una buena corrección, ese ha sido mi trabajo durante años y te aseguro que no se me da mal.

—Por ahora, mis vivencias son escasas, ni siquiera conozco a uno de los principales personajes —aclaró Julio, esperando que la respuesta de doña Carmen derivara la conversación a donde él quería.

—¿Te refieres a mi hija?

—Naturalmente.

—La conocerás en su momento. Pero

dime, ¿qué quieres saber? Yo puedo darte toda la información que necesites.

—Me cuesta mucho creer que con el dinero que habrá ganado con las primeras entregas de la trilogía esté aquí, encerrada en esta vieja pensión... y enferma.

—Ya te he dicho que está aquí temporalmente, es otro capricho de la señorita, quiere controlar esta novela, leer de primera mano, formar parte del escenario contigo...

—No deja de ser extraño, tanto o más que el hecho de que yo haya terminado

aquí teniendo en cuenta la posición social y económica que tenía hace tan solo unas semanas.

—Ciertamente, nada de lo que nos rodea se ajusta a unos parámetros normales, de hecho, desde que nació Daniela no he tenido ni un minuto de normalidad en mi vida. Pero... corrígeme si me equivoco, ¿es mi imaginación o estás mostrando cierta desconfianza hacia mí?

Por fin doña Carmen metió la cuchara en su plato y comenzó a comer, dándole tiempo a Julio de elaborar una respuesta, que aparentemente no

terminaba de hilvanar.

—No puede culparme por eso, es lo menos que podía esperar de mí, cierta desconfianza. Todavía me parece mentira estar aquí y haber descubierto que nada en mi vida fue fruto de la casualidad. Confieso que al principio esta pensión me pareció el refugio perfecto y la oportunidad de encontrar recogimiento y silencio para hacer lo que de verdad deseo: escribir; pero poco a poco todo se está enturbiando, me siento un poco perdido, y tengo una extraña sensación...

Dijo esto conscientemente, le pareció más creíble para doña Carmen que se mostrara dudoso, confuso, al fin y al cabo, se suponía que estaba medicado y, por otro lado, era lógico que en aquel entorno estuviera receloso. Mostrarse complaciente con todo lo que estaba experimentando habría levantado más sospechas.

—Te entiendo, es cierto que la situación en la que te has visto inmerso de repente debe generarte mil dudas, pero creo que debes centrarte en escribir si quieres que todo acabe pronto. Y... de todas

formas... —Dejó la cuchara suspendida entre el plato y su boca y miró fijamente a Julio para continuar— ¿de verdad pensabas que podrías vivir toda la vida sin pagar por tu asesinato?

Julio obvió su pregunta, era un tema que prefería dejar a un lado en ese momento.

—Para mí no habrá acabado nada cuando escriba la última palabra, ahí fuera sigo teniendo cuentas pendientes con la justicia.

—Te equivocas, el dinero lo compra todo, incluso la libertad.

Julio pensó que la señora hablaba con

conocimiento de causa, según le contó Daniela, había conseguido sobornar a las personas en las que él más había confiado: a Andrés, su hombre de confianza y amigo, y a Noelia, su novia. Y a saber a cuántos más. Se preguntó qué precio habrían puesto al afecto que supuestamente le tenían. De súbito, su semblante, ligeramente tenso, se tornó triste. Pero se repuso, necesitaba información para llevar a cabo su plan y era imprescindible mantenerse lúcido para analizar con objetividad cada gesto y cada palabra de doña Carmen.

—¿Y si *Muerte al impostor* no resulta el éxito esperado?

—Será un éxito mundial, estoy convencida, es una novela que están esperando millones de lectores en todo el mundo. Es más, estoy segura de que reactivará exponencialmente las ventas de las entregas anteriores.

—Doña Carmen...

Se hizo un silencio, los dos aprovecharon para servirse unos boquerones. Julio necesitaba hacerle una pregunta y no sabía cómo formularla para no levantar sospechas.

—Usted ha tenido información de primera mano sobre mis últimos veinte años, desde que escribí *El escritor asesino* o *Sangre negra*, como prefiera... desde entonces ha seguido cada uno de mis pasos y los de las personas que me rodeaban. Necesito saber cómo he llegado hasta aquí y hasta qué punto ha manejado mi vida.

—Creo que sobrevaloras mi capacidad de intervención en las vidas ajenas. Solo tú eres responsable de tu pasado y de haber llegado hasta aquí. Te seguí la pista desde que tu manuscrito cayó en

mis manos, y mucho más después de que Daniela se apoderara de él con el seudónimo de Marcus Lake...

—Sigo sin entender tantas cosas... ¿Qué edad tiene Daniela?

Esta pregunta puso muy nerviosa a la mesonera, realmente no salían las cuentas, cuando la conociera se daría cuenta de que por entonces era una adolescente. Si *Sangre negra* había sido publicada a los dos años de que él lo escribiera... ¿Cuántos años tenía entonces la hija de la doña?

—Daniela siempre fue muy madura para

su edad. Entonces tenía dieciséis años —le contestó con evidente enfado.

—Aun así, ¿cómo podía ella estar detrás del seudónimo de Lake sin ser mayor de edad? Hay demasiadas cosas que no cuadran en todo esto y espero que pueda explicármelo. También usted está sobrevalorando mi capacidad de aguante, no crea que me importaría demasiado salir de esta pensión y entregarme en la primera comisaría de policía que encontrara.

Dijo esto último sin convencimiento alguno, cada vez estaba más convencido

de que Daniela era una víctima de su madre y de ninguna manera estaba dispuesto a dejarla abandonada, él era su única esperanza.

—Yo firmé en su nombre hasta que cumplió la mayoría de edad.

—Eso tiene más sentido. Pero... me cuesta creer que a esa edad ya pudiera manipularla de ese modo...

—Desde que nació dio muestras de tener una inteligencia fuera de lo común, en cuanto tuvo uso de razón aprovechó su enfermedad para conseguir todo lo que quería. Por entonces yo me sentía

responsable de sus males, me empeciné en ser madre a una edad poco aconsejable... en fin, quise compensarla dándole todo lo que deseaba y tu manuscrito era mi oportunidad de rodearla de caprichos. Cuando tuvo edad y conocimiento de cuánto dinero nos estaba proporcionando tu obra no tardó mucho en chantajearme. Sí, he sido el brazo derecho del monstruo que yo misma he alimentado. Ella planeaba y daba órdenes y yo obedecía y las ejecutaba.

—Cada vez estoy más perplejo...

Dígame, ¿cuánto de lo que me está contando debo reflejar en *Muerte al impostor*?

—Todo lo que estimes conveniente, no debes olvidar que estás escribiendo una novela, nadie creerá jamás que cuentas la realidad.

Los dos habían terminado de almorzar, Julio cogió una naranja y se la metió en el bolsillo de su batín para comérsela más tarde en su habitación, y doña Carmen comenzó a retirar los platos.

—Qué tarde —dijo la mesonera mirando el antiguo reloj que había sobre

la chimenea—, debo darme prisa, esta tarde tengo que salir.

Julio pensó que tendría oportunidad de visitar a Daniela e instintivamente se le iluminó la mirada.

—Una última pregunta antes de retirarme, dígame, ¿cuánto de lo que me ha pasado en estos últimos veinte años ha sido obra suya y de su hija?

Ella dejó los vasos que tenía en la mano sobre la encimera y se volvió para responderle, con un aplomo capaz de convencer al mayor escéptico.

—Al principio, cuando decidí quedarme

con tu manuscrito, me conformé con vigilarte de lejos, lo único que me interesaba era que no descubrieras lo que realmente había pasado con tu obra. Seguí tu espectacular carrera como empresario y confieso que con los años me relajé, todo te iba tan bien... Luego empecé a recibir presiones de la editorial de Markus Lake, fue cuando escribí de mi puño y letra la segunda entrega, justamente después de que se publicara recibí una llamada de tu novia, Noelia; creo que llevabas unos meses con ella. Algo debiste contarle de

aquel manuscrito y, como buena lectora, lo relacionó enseguida como *Sangre Negra*. Contrató un investigador privado que supo hacer muy bien su trabajo y tirando del hilo me encontró.

—No puedo creérmelo...

Julio no salía de su asombro, si las explicaciones de doña Carmen eran falsas, desde luego, se las había pensado muy bien y no, no le faltaba imaginación.

—Fue ella la que comenzó a chantajearme, sabía el éxito que había tenido tu novela y quería su parte del pastel.

—¿Qué pasó después?

—Daniela se encargó de arreglar ese pequeño contratiempo. Tengo que irme, seguiremos esta noche.

CAPÍTULO XIII

En su habitación, mientras dejaba pasar el tiempo suficiente como para que doña Carmen se hubiese marchado, no podía dejar de pensar en cuánto de cierto habría en las palabras de la hostelera. En ese momento dudaba de todo y todos: de doña Carmen, de su novia Noelia, de su amigo Andrés, de sí mismo... y, lo más doloroso, hasta de Daniela. Debía averiguar quién mentía, no podía dejarse llevar por las emociones, por mucho que le gustara la dulce y bella enferma. No

tenía ninguna prueba de lo que le habían contado la una y la otra, se encontraba atrapado entre dos mentes femeninas enfrentadas entre ellas y debía mantener la cabeza fría, averiguar la verdad por su cuenta y no confiar hasta que descubriera a la auténtica delincuente. Tal vez lo eran las dos.

Empezó a dolerle la cabeza, se sentía mal, tenía fatiga y un frío espantoso. No pudo evitar pensar en si doña Carmen habría descubierto su argucia con la pócima y nuevamente estaba administrándosela en las comidas.

Bajó con la excusa preparada, por si todavía la dueña estuviese en casa: necesitaba una infusión bien caliente y un analgésico. La encontró a punto de marcharse, ataviada con un grueso abrigo, una bufanda y un gorro de lana.

—¿Otra vez tú por aquí? —le preguntó con cierto desagrado.

—Perdone, no me encuentro bien, venía a por un...

—Sírvete tú mismo, tengo mucha prisa.

Y se marchó por la puerta de la librería,

aparentemente, sin importarle que hurgara en su cocina.

Halló lo que necesitaba sin demasiado problema, se preparó una infusión de manzanilla y se tomó un analgésico que encontró en la particular botica de la doña. Mientras lo buscaba, aprovechó para echar un vistazo al interior del bote de la supuesta pócima. Probó un poco, y sí, aquello no era más que harina y azúcar. Después se dirigió a la habitación de Daniela.

—Sabía que vendrías, la he visto salir y

no he dudado de que estabas esperando su ausencia para venir —le dijo la muchacha al verlo entrar en la habitación.

—¿Has estado mirando por la ventana?

—Sí, me encuentro mucho mejor, incluso puedo dar algunos pasos por mí misma.

Esa mañana le pareció especialmente bella, radiante. En su delicado y pálido rostro asomaba cierto color rosáceo, sus labios parecían más rojos y los ojos más vivos. Su abundante cabello alfombraba casi toda la almohada como el trigo los

campos en verano. Se estremeció de pura atracción, o amor, o pasión... No daba crédito ni sabía qué clase de sentimiento lo inundaba en ese momento, hasta tal punto, que hizo desaparecer su dolor de cabeza.

—Cierto, se te ve muy... recuperada —balbució como un adolescente al encontrar el primer amor —, no sabes cuánto me alegra. Y... ¿qué ha dicho tu madre al encontrarte así?

—Oh, no, no, ella no me ha visto de este modo, ya me he ocupado de que continúe pensando que su macabro plan

sigue adelante. Me he arreglado para ti —dicho esto, el rubor de sus mejillas se encendió.

—Estás... bellísima, Daniela.

—Gracias —dijo ella con una leve y vergonzosa sonrisa—. ¿Qué tal va todo fuera? Cuéntame, acércate, no te quedes ahí parado, siéntate aquí —le ordenó dando una palmadita en el lado izquierdo de su cama.

Julio se sentó a su lado. Mirándola de frente, a un palmo de su rostro. Respiró profundamente el olor a flores recién nacidas que desprendía y el placer que

experimentaron sus papilas olfativas lo turbó. Tardó en reaccionar unos segundos, mientras buscaba en su interior algo de sentido común para distanciarse de la seductora escena. Necesitaba templanza para valorar quién mentía: doña Carmen o Daniela. Tal vez las dos. Optó por ser sincero y tantear su reacción.

—Daniela... estoy muy confundido. Yo...

—Has hablado con ella, es evidente que habéis tenido una larga conversación y ha vuelto a conseguirlo. Ella siempre

gana...

Dicho esto, a la chica se le anegaron los ojos y Julio sintió que su corazón también se hacía agua.

—No llores, no me hagas esto. Necesito que entiendas mi situación, lo cierto es que solo conozco de las dos vuestras palabras.

—Palabras es lo único que puedo darte, no tengo pruebas, no tengo nada, Julio. Solo te pido una cosa: observa atentamente tu alrededor, reflexiona, date un tiempo antes de ponerte de parte de una de las dos. Dame una

oportunidad.

—Ella dice...

—Ohhh... ella... Sé muy bien lo que te ha dicho, lo mismo que les ha contado en innumerables ocasiones a todos los médicos, enfermeras y sicólogos que han pasado por mi vida. Es la historia de siempre, que desde pequeña fui muy manipuladora y caprichosa, que ella como madre no pudo negarme nada al verme tan enferma y que ahora está sufriendo las consecuencias... y bla, bla, bla... Todos terminan creyéndola. ¡Todos! Tú eres mí última oportunidad,

no te dejes seducir por sus años y aparente abnegada maternidad, no sucumbas tú también, no lo soportaría.

—Me pides demasiado, también yo estoy en una situación muy vulnerable...

Las lágrimas comenzaron a pasear por el rostro de Daniela con una cadencia enternecedora. Parecía realmente desolada, decepcionada en lo más hondo. Cogió un pañuelo del cajón de su mesita de noche y se secó los ojos antes de volver a hablarle.

—¿Has mirado en tu armario para comprobar si siguen allí tu dinero y tu

ropa? —le preguntó, en un intento de aportar alguna prueba a su versión.

—Lo había olvidado, lo haré más tarde. Daniela, ¿qué sabes tú de mi vida pasada? —le preguntó él, haciendo un esfuerzo sobrehumano por no abrazarla para consolarla.

Ella suspiró para reponerse y contestar. Su dulce aliento llegó hasta Julio como una tortura.

—Residíamos en un pequeño piso en Vallecas, en la más absoluta miseria. Vivíamos de lo que mi madre ganaba corrigiendo y evaluando manuscritos

para algunas editoriales. Hasta entonces nuestra vida fue... sencilla, pero tranquila. Yo llevaba unos meses bastante recuperada, parecía que todos los extraños síntomas que padecía desde que nací estaban remitiendo. Fue entonces cuando cayó en sus manos tu manuscrito. Una mañana la encontré sentada en el mismo sillón donde la dejé leyendo la noche anterior. Había estado toda la noche leyéndote. Ese día engendró una obsesión: llevar aquella historia al éxito que se merecía. Ella decía que había caído en sus manos por

casualidad y que el autor ni siquiera había tenido la precaución de poner su nombre. Pero luego supe que en realidad esa historia la estaba esperando desde hacía tiempo...

—A mí me contó algo muy distinto.

—Por lo que pude saber después, creo que don Justo ya le había hablado de tu novela y de que, de tener un mejor final, podría ser una de las mejores obras de la historia. Esto lo sé porque la escuché hablar por teléfono en varias ocasiones con nuestro profesor. Evidentemente, cuando la leyó, ella estuvo de acuerdo

con él y procuró ese mejor final.

—Aquella imagen de don Justo entre las llamas me ha perseguido todos estos años, todavía tengo pesadillas...

—Fue ella, Julio, ella incendió la casa de don Justo. Te perseguía, sabía que rondabas su vivienda y aprovechó tu resentimiento hacia él, tu necesidad de corregir el final, y que esa noche estabas allí. Mi madre montó el desenlace ante ti. Evidentemente, le salió muy bien. Incluso consiguió que te impactara tanto que no lograste discernir la fantasía de la realidad. Lo mejor de todo fue cómo

corrigió una simple frase del nuevo desenlace que escribiste.

—No sé lo que quieres decir. Ni siquiera recuerdo ya cómo resolví aquel final... Han pasado veinte años. Me veo frente a las llamas, me abrasan, estoy a dos pasos de ser devorado; pero no puedo apartar la vista de la imagen don Justo... ¡Es una escena espantosa! Mi admirado profesor, sus manuscritos, sus libros, su viejo escritorio... ¡Todo engullido por el fuego! Ese era el apoteósico desenlace de mi historia que él mismo esperaba. Tenía que ser

valiente y quedarme hasta el final, para después escribirlo. Recuerdo que el calor abrasaba mis venas... Perdí la razón, no sé qué pasó antes del incendio ni tampoco cómo horas después me encontré en mi habitación de estudiante; solo sé que no hice nada por salvarlo de las llamas, yo solo quería escribir ese estúpido final. Siempre he pensado que... enajenado, fui yo quien prendió su casa. Todo fue una verdadera locura.

—¿Tienes el manuscrito original?

—Debe estar en la vieja casa de mis abuelos.

—Consíguelo y te convencerás de lo que te estoy diciendo. Fue ella, Julio. Ahora vete, ella está al llegar.

—Volveré en cuanto tenga oportunidad.

CAPÍTULO XIV

La cabeza de Julio era un hervidero de macabros pensamientos, de dudas, de luchas contra lo que estaba sintiendo por Daniela y de recuerdos del pasado. Después de visitar a la hermosa muchacha no encontró la concentración para seguir escribiendo, solo pensaba en la hora de la cena y continuar con doña Carmen la interesante conversación que había quedado suspendida. Necesitaba estar lúcido, bien atento a cada una de sus palabras y sus gestos. La explicación

de su hija a todo lo pasado era en realidad muy convincente, tanto como la de su madre. ¿Quién era el lobo y quién el cordero? Pensó que se hacía imprescindible ir a Villafría y buscar el manuscrito original en casa de sus abuelos, lo que podría ser la prueba que le ayudaría a encontrar la verdad.

Se dirigió a su armario y sí, allí estaba la ropa que llevaba puesta el día que llegó a la pensión, su móvil, desconectado, y su dinero, además de un par de jerséis, unos vaqueros y ropa interior. Doña Carmen no le había

quitado ni un céntimo. Aunque dudaba de si aquello era parte de una estrategia para ganarse su confianza o realmente la mesonera no era tan perversa como contaba su hija. Supo que había llegado el momento de salir de allí y buscar información fuera. Al día siguiente viajaría a Villafría, pero antes debía concluir la conversación que había quedado pendiente con la señora, y ya era casi la hora de la cena.

La encontró atareada en la cocina, preparando una tortilla de patatas. Sobre

la encimera se enfriaban unos platos de arroz con leche y en la mesa ya estaban dispuestos dos servicios y una magnífica ensalada.

—Buenas noches, doña Carmen.

Ella se volvió sorprendida, no lo esperaba tan pronto.

—Buenas noches, Julio. Como ves, todavía no tengo preparada la cena.

—No importa, si no le molesta, mientras tanto me gustaría quedarme frente a la chimenea. Hace un frío espantoso —le comentó encogiéndose, como evitando tiritar.

—¿Qué tal tu dolor de cabeza?

—Mejor. Gracias.

Él tomó asiento frente al fuego y guardó silencio un buen rato mientras doña Carmen terminaba su tarea.

—Todo listo, hora de cenar.

Julio volvió el rostro y, antes de dirigirse a la mesa, comenzó a hablarle, con toda sinceridad, como lo había hecho con Daniela; él guardaba la imaginación para sus novelas, era muy mal actor.

—Doña Carmen, no paro de darle

vueltas a mi pasado, a todo lo ocurrido desde que escribí *El escritor asesino*.

—*Sangre negra*, si no te importa. Pero acércate a la mesa y disfrutemos de la cena.

Él obedeció con pereza, se estaba tan bien a dos palmos del fuego...

—¿Qué me decías?

—Que estoy muy confundido, no consigo separar la realidad de la fantasía. Intento recordar qué pasó desde que escribí esa novela... Era tan joven... Aquel incendio viene a menudo a mi mente... Yo solo quería ser escritor y hacer feliz

a mi abuelo. Necesitaba el apoyo de don Justo, pero él siempre me decía que me faltaba algo para ser ese escritor soñado. Evoco el incendio una y otra vez, lo veo horrorizado, con el rostro retorcido de dolor tras las llamas, pero no sé lo que pasó antes ni después, ni siquiera soy capaz de recordar ese momento en el que prendí fuego a la extraordinaria biblioteca del profesor y los manuscritos que lo rodeaban.

—Es normal que tu mente haya borrado ese momento, debe ser difícil seguir adelante con semejante crimen a tus

espaldas. Pero lo escribiste todo, tal y como pasó, está reflejado en la primera parte de la trilogía de Markus Lake.

—Ya... —dijo con evidente falta de convencimiento—. Siempre he sido muy obsesivo, cuando me empeño en sacar un proyecto adelante no paro hasta conseguirlo, pero hasta el punto de matar...

Doña Carmen lo escuchaba en silencio, muy atenta, como estudiando cada palabra del desahuciado escritor.

—Eso es evidente, no hay más que ver el imperio que levantaste de la nada

siendo tan joven, por no hablar del gran éxito de la novela. Sí, tu empeño en conseguir las cosas es peligroso.

—No hasta el punto de matar, no, no soy capaz de eso, aquella noche tuvo que pasar algo que se me escapa. Sabe, ya no me apetece escribir esa tercera parte de la trilogía, ni conseguir ese sueño de vivir aislado en un bonito paisaje y dedicar mis días a la literatura. De hecho, en este momento me importaría muy poco que fuese detenido. No he hecho nada malo, o al menos no conscientemente, no tengo por qué vivir

aquí escondido.

Doña Carmen seguía en silencio, comiendo pausadamente, sin contestar.

—¿No tiene nada que decirme?

—Puedes marcharte cuando quieras, me gustaría que escribieras esa novela y fueses tú quien pusieras el punto y final que millones de lectores esperan desde hace tantos años, estoy segura de que conseguirías volver a tu cómoda vida, pero no puedo retenerte. Sí te digo que no te quepa duda de que te detendrán de inmediato y que te espera una larga condena.

—¿Por qué? No fui yo quien llevó mi empresa a la ruina...

—Eso al fisco no le importa, todo está en contra tuya. No has dejado más que enemigos ahí fuera, has sido un empresario algo déspota y engreído, y demasiado duro con tus empleados. Además, Noelia no dudará un minuto en acusarte del asesinato de don Justo. Como te decía durante el almuerzo, hace dos años que recibe parte de las liquidaciones de autor, no pude negarme, amenazó con denunciarnos a los tres, incluida mi hija, que es la que está

detrás de Markus Lake desde que cumplió los dieciocho años. A ti te denunciaría por asesino y a mi hija y a mí por robarte tu trabajo y lucrarnos de él a sabiendas de que lo había escrito un criminal. Ya ves, después no se conformó con su parte de los *royalties* y se alió con tu contable para vaciar las arcas de tu empresa y dejarte en la ruina. Tras la puerta de esta pensión te aseguro que te esperan varias causas judiciales de las que no podrás escapar, tu novia es una chica muy lista y sin escrúpulos, lo tiene todo muy pensado.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Lo comprobarás si decides marcharte.

Por el contrario, si tomas la decisión de quedarte, te aconsejo que te concentres en la novela y la termines cuanto antes, los tres tenemos ganas de irnos de esta vieja pensión. ¿No vas a comer nada?

—No tengo apetito, creo que lo que necesito en este momento es estar solo y reflexionar sobre todo esto.

CAPÍTULO XV

Apenas durmió un par de horas esa noche. Pero, a pesar del desvelo y de que se moría por verla de nuevo, no fue a visitar a Daniela. Necesitaba desconectar, alejarse de la madre y la hija, reflexionar lejos de sus tóxicas influencias.

Antes del amanecer, salió de la pensión, por la misma puerta que le dio paso el día que llegó allí dispuesto a emprender una nueva vida, alejado y escondido de su pasado. Hacía un frío glacial esa

madrugada. Se atavió con casi toda la ropa de la que disponía: dos camisetas interiores, dos jerséis y su abrigo, con su móvil sin conexión y sus dieciocho mil euros en los bolsillos. En la pensión reinaba el silencio cuando se marchó.

Las calles estaban completamente vacías de vida, las farolas guiaban sus pasos. La escarcha de la acera lo hacía caminar inseguro y la gélida brisa le helaba las vías respiratorias. A pesar de la inquietante sensación de desamparo, a medida que avanzaba se sentía más despejado y convencido de hacer lo

debido. Decidió ir caminando hasta la estación de Atocha y coger desde allí el tren que lo llevaría a Villafría. Hacía muchos años que no visitaba el pueblo de sus abuelos, pero por las felicitaciones navideñas que le enviaba una tía sabía que ella y su marido seguían viviendo en la vieja casa donde pasó todas las vacaciones de su infancia y adolescencia. Dependiendo de si encontraba lo esperado entre las cosas del abuelo, regresaría a la pensión o iría directo a la primera comisaría que le saliera al paso.

El reloj de la estación marcaba las siete menos cuarto, todavía tendría que esperar más de una hora hasta coger su tren. Encontró una cafetería abierta y entró a desayunar, un café caliente le vendría genial, a pesar del algodón y la lana que lo envolvían sentía las sienes y los pies congelados. En el quiosco vecino al bar los periódicos del día lucían más frescos que sus huesos. En dos de ellos la portada mostraba su rostro. Leyó: «El famoso empresario Julio Lozano en paradero desconocido».

«La policía aumenta sus efectivos en la búsqueda de Julio Lozano». Se quitó el abrigo: así, con el viejo jersey de lana, en vaqueros y sin la gomina que usaba cada mañana y que hacía desaparecer los abundantes rizos de su pelo, sería más difícil reconocerlo; no pensaba renunciar a ese café. Con la frente baja y sin mirar al camarero, pidió una tostada y una buena dosis de cafeína.

En el tren le obsesionó la idea de ser reconocido. Una señora que había al fondo del vagón lo miró con curiosidad y finalmente hizo una llamada con su

móvil. Dio por hecho que en su lugar de destino lo esperaría la policía para detenerlo. Pero no fue así, finalmente consiguió llegar hasta la antigua casa de vacaciones de su infancia.

Eran las once y media de la mañana cuando llamó a la puerta. No tardó mucho en aparecer su tía Justina.

—Julio, ¿eres tú?

—Hola, tía. Me alegro de verte.

—¡Mariano, mira quién ha venido!

—gritó la señora para llamar al marido.

—¡Julito, muchacho, cómo tú por aquí!
—lo saludó Mariano con un efusivo abrazo.

—Venga, pasa, pasa, ahí fuera hace un frío que pela —lo invitó por fin a entrar Justina.

Ya en el interior, sintió una fuerte conmoción. Todo parecía como congelado por el tiempo: las piedras de los muros desnudos, la robusta mesa, la leñera, la chimenea, la rústica librería... hasta el sillón donde su abuelo pasó tantas horas leyendo seguía en su exacto lugar. Por un momento lo vio sumergido

en una de aquellas historias de policías que tanto le gustaban.

Frente al segundo café del día y sus tíos, comenzó una afable conversación.

—Has hecho bien en venir, aquí estarás a salvo de todo, nosotros nos ocuparemos de protegerte hasta que esto pase —le dijo Mariano, evidentemente informado de la persecución que sufría su sobrino y convencido de que había llegado hasta allí para esconderse—. A nosotros no tienes que darnos explicaciones de nada, sabemos que

siempre fuiste un buen chico.

—Ya veo que las noticias de mi huida han llegado a todos los rincones de España. Muchas gracias, tío, pero no he venido a quedarme, vengo a buscar algo que podría ayudarme a salir de este lío. Tanto si lo encuentro como si no, mi intención es marcharme esta misma tarde a Madrid en el último tren.

—Claro, claro, cuenta con nosotros si podemos ayudarte en algo —apostilló Justina, mirando a Julio como si todavía viera en él el niño que corría y alborotaba por aquella casa—. Pero,

hijo, mírate, se te ve agotado. Quédate unos días y después haces todo lo que tengas pendiente.

—No puedo, tía, tengo... es una larga historia. Si todo sale bien, prometo no dejar pasar tanto tiempo y volver para pasar unos días en esta bendita tierra.

—Conocemos la historia —dijo Mariano—, llevamos semanas pendientes de todo lo que hablan de ti en la televisión y los periódicos.

—No creas todo lo que dicen por ahí de mí.

—No te preocupes, nosotros sabemos

muy bien quién eres y estamos seguros de que no era tu intención robar todo ese dinero y dejar en la calle a tus trabajadores, eres un Lozano y tu honor y sentimientos están por encima del dinero —le dijo Justina con ternura—.

Dinos, ¿qué has venido a buscar?

—¿Dónde están las cosas del abuelo? Me refiero a todo lo que guardaba en el trastero...

—Vaya por Dios... ese trastero hubo que vaciarlo hace dos años, las termitas camparon a sus anchas un verano...

—No puede ser —interrumpió Julio a su

tío, muy decepcionado.

—Lo siento, hijo. Se salvaron pocas cosas, algunas herramientas y carpetas...

—¿Dónde están esas carpetas?

Justina se dirigió a la librería y rebuscó un rato entre los libros y papeles. Al fin regresó a la chimenea y puso en las manos de Julio lo que había pedido.

—Toma, esto es lo único que se salvó de todo el papel que había allí guardado.

Una de las carpetas contenía cartas de la

familia y recortes de periódicos. La dejó sobre la mesa y abrió la otra. Allí estaban, los dos manuscritos: el primero que escribió y que le pasó a su abuelo para que ejerciera de lector cero, y el segundo con el desenlace corregido después del incendio. Pasó las hojas como poseído, buscando ese momento en el que el viejo profesor moría entre las llamas. Sus tíos lo miraban sorprendidos por su extraña actitud ante los papeles.

—Aquí está —balbució Julio, pasando su dedo índice por parte del texto.

Leyó para sí: «No podría decir cuánto tiempo llevaba parado frente a su ventana, observando cómo el viejo profesor escribía, deteniéndose de vez en cuando para mirar la nada, como pidiendo respuestas a las musas. De súbito escuchó un chasquido y una pequeña llama iluminó por un momento el rostro de una mujer en el fondo de la estancia donde trabajaba don Amando. Él no podía verla porque ella estaba justo detrás, entre su sillón y la biblioteca que tenía a la espalda, y tampoco pudo escucharla, hacía tiempo

que estaba prácticamente sordo. Como en una ensoñación, vio a la extraña señora introducir una pequeña antorcha entre los libros y manuscritos del profesor. Se quedó clavado frente al cristal, paralizado ante el espectáculo. Cuando quiso auxiliarlo ya era demasiado tarde».

Cerró la carpeta, visiblemente emocionado por el hallazgo, y habló a sus tíos.

—Gracias, muchas gracias por haber guardado este tesoro tantos años. Gracias...

—Me alegra ver que hemos sido de ayuda —dijo Mariano sonriéndole con afabilidad—, pero no nos des las gracias, dáselas a las termitas que excluyeron de su dieta estos papeles. Te aseguro que hubo que tirar muchos libros y documentos.

La curiosidad femenina de Justina le impidió ser tan prudente como su marido y quiso saber el motivo de tanto agradecimiento.

—Pero dinos, hijo, ¿qué has encontrado que te ha hecho tan feliz?

—Como te dije antes, detrás de todas

las noticias que salen en los medios de comunicación hay una larga y extraña historia que ni yo mismo conozco, estoy atando cabos, intentando encontrar la verdad —explicó Julio a su tía. Luego se dirigió a los dos—. Os prometo que en cuanto todo esto pase volveré y os lo contaré. Me encantaría poder pasar unos días con vosotros.

—De acuerdo, esperaremos. Ojalá que no tengan que pasar otros diez años para saber de ti —dijo Mariano.

—¿Diez años? Lo siento, no volverá a pasar, os lo prometo.

—Te quedarás a comer al menos —dijo Justina, decepcionada por no haber podido satisfacer su curiosidad.

—Claro que sí. Una última cosa... yo no he estado aquí, seguís sin tener noticias desde hace diez años.

—Por supuesto, cuenta con nuestra discreción. ¿Verdad, Justi? —contestó Mariano.

—Prometido —dijo ella.

De regreso a Madrid, en el tren, Julio iba leyendo el manuscrito definitivo que envió a las editoriales. Le vino muy bien

esconder su rostro entre los papeles, todo el tiempo tenía la sensación de ser observado. Ahora, mediados casi veinte años, la historia que tenía en sus manos le parecía infinitamente mejor que en aquellos momentos. Le resultó curioso engancharse a la novela como si se tratara realmente de una obra de Markus Lake y él no hubiese dejado en ella una sola palabra.

De vez en cuando levantaba la vista y miraba por la ventanilla el discurrir del paisaje. Tenía la prueba en sus manos, doña Carmen lo había engañado

creyendo que no tendría forma de comprobar lo que ella aseguraba: que él mismo había escrito la verdad cuando rectificó el manuscrito y dejó bien claro que el joven protagonista fue quien incendió la casa de don Amando. No, no, nada de eso, lo que había escrito distaba de su versión en un detalle crucial: fue una mujer la que asesinó al profesor. ¿Era posible que en los pocos días que la mesonera lo había medicado hubiese perdido la memoria hasta el punto de necesitar comprobar por él mismo una verdad que debía saber?

¿Cómo había podido hacerlo dudar de sus propios hechos por mucho tiempo que hubiese pasado?

Ahora tenía una valiosa información, pero abrigaba la duda de si guardársela hasta mejor momento o contársela a la señora sin más. Y, lo más complicado, ¿podía confiar en Daniela? Lo que tenía en sus manos avalaba la versión de la muchacha, pero había tantas preguntas sin contestar aún... Se moría por verla de nuevo y contarle los detalles de su viaje. ¿Por qué se permitía dudar de la bella Daniela? Había viajado hasta

Villafría, arriesgando su libertad, para buscar pruebas en contra de doña Carmen y las había encontrado. ¿Qué le estaba pasando de repente que se había vuelto tan sumamente desconfiado? «Qué pregunta —se dijo—. Qué me va a pasar, pues que en unas semanas me ha traicionado hasta la mujer que me había jurado amor eterno. ¿Cómo voy a confiar en alguien que acabo de conocer y en unas circunstancias tan oscuras?». Su instinto lo incitaba a protegerla y arrancarla de las garras de su madre, pero su cabeza le gritaba que tuviese

cautela.

Cuando llegó eran más de las diez de la noche, la librería estaba cerrada. Buscó en la penumbra algún timbre para llamar y lo encontró al lado del cutre negocio, a cinco centímetros de una puerta de madera. Esa debía ser la entrada principal de la pensión, en la que no había reparado hasta ese momento. Presionó el botón y se oyó en el interior un ronco ring-ring.

Tuvo que tocar un par de veces más y esperar un buen rato a que se abriera la

puerta. Al fin apareció la doña, ataviada con una gruesa bata de casa.

—Vaya... has vuelto. Buenas noches, Julio. Me alegra verte de nuevo.

—Buenas noches, doña Carmen. Siento molestarla a estas horas, pero...

—Venga, pasa de una vez. Ufff... qué frío entra por esta puerta. ¿Te apetece un buen caldo caliente?

La amabilidad de la mesonera, o librera, o correctora, o impostora... lo que fuera, lo confundía. Hacía un momento se hubiese tirado a su cuello para hacerla confesar todas sus fechorías,

pero no, todavía no, esa carta debía guardársela por el momento. Y un caldo bien caliente es lo que necesitaba, desde luego. Estaba arrecido, extenuado, hambriento y completamente solo, doña Carmen y su pensión eran su única opción esa noche, en cualquier otro hospedaje le habrían pedido el carnet de identidad y su detención habría sido inmediata. Por otro lado, había prometido a Daniela sacarla de allí, y no pensaba abandonarla a merced de aquella amable bruja, pero bruja al fin y al cabo. Era posible que finalmente

fuese traicionado por las dos, madre e hija, pero por lo pronto no tenía nada que contradijera lo que le había contado Daniela, sin embargo, sí tenía pruebas de las peligrosas mentiras de su madre.

—Dame el abrigo y siéntate frente a la chimenea mientras te caliento la sopa.

—Necesito subir un momento a mi habitación e ir al baño. Bajo enseguida.

—Claro, claro.

Empezaba a exasperarlo su excesiva condescendencia. Necesitaba ir al baño, pero sobre todo quería quitarse el abrigo en soledad, debajo llevaba los

manuscritos. Por un momento tuvo la sensación de que la falta de curiosidad de la mesonera y su amabilidad tenían una sombra sarcástica. Era como si en el fondo supiera de antemano dónde había estado, para qué y lo que llevaba bajo el abrigo. Pero era imposible. ¿O no? Recordó lo que le había comentado Daniela, su madre controlaba mucho más de lo que parecía.

Se sintió un poco perdido en el pequeño portal, la primera y única vez que entró a esa pensión lo hizo por la librería y no se ubicaba. Al frente tenía un larguísimo

y oscuro pasillo que parecía no llevar a ningún lugar. Se quedó parado, con la mirada en el tétrico túnel, sin saber qué dirección tomar.

—A diez pasos a la derecha hay una puerta que te llevará a la escalera —le aclaró ella, intuyendo el motivo de su desorientación.

—Bajaré enseguida.

Era un pasillo demasiado largo para atravesar solo lo que conocía de la pensión. A los diez pasos, efectivamente, había una puerta a la izquierda por la que se atisbaba la

escalera que subía hasta su habitación, y otra cerrada a la derecha; pero siguió caminando, llevado por la curiosidad. Era como un interminable callejón sin salida. Después de ochenta pasos, nada, solo una vieja pared. Confundido, retrocedió, y al girarse vio a la mesonera al otro lado del pasadizo, mirándolo como una aparición espectral a media noche.

—Perdón —le dijo en tono alto para que le llegara su voz al otro lado—. ¿Cuántos pasos me dijo?

—Diez.

CAPÍTULO XVI

Lo mejor de su regreso lo estaba esperando en su habitación.

—Daniela... Tú... Me alegra verte.

Julio estaba tan sorprendido que no acertaba a encadenar las palabras con coherencia.

—No más que a mí. Te escuché llegar y quise darte una sorpresa.

La encontró muy mejorada, tenía las mejillas algo más sonrosadas que antes de marcharse y la mirada todavía más

viva. Le sorprendió que fuera más hermosa aún que hacía tan solo un par de días.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Estoy mucho mejor y el esfuerzo ha merecido la pena. Te he echado de menos...

—Daniela... yo... estoy tan confundido. Tu madre me espera en la cocina, me está calentando un caldo.

—Vete, estaré aquí cuando vuelvas.

Julio se desabrochó el abrigo, sacó los manuscritos y le habló antes de

marcharse.

—Me marché a buscar pruebas y las encontré. Estos son los dos manuscritos originales de *Sangre negra*. No sé si sería lo adecuado guardarlos en esta habitación.

—Yo cuidaré de ellos. Vete, hablamos más tarde.

Ya en la cocina, mientras tomaba el mejor caldo que había probado en su vida, doña Carmen, sentada frente a él, comenzó una interesante conversación.

—¿Has vuelto para quedarte?

—No lo sé, si le digo la verdad ya no tengo tan claro si quiero retomar mi carrera de escritor, y menos en estas extrañas circunstancias.

—¿Tienes otra opción?

—Siempre hay más opciones, puedo entregarme a la policía, como ya le dije, no crea que me importa mucho en este momento. También puedo vivir como un ilegal, igual que ahora, pero en otro lugar.

—Si te marchas te denunciaré yo misma, no solo por malversar los fondos de tu

empresa, también por asesinato. No saldrías de la cárcel al menos en veinte años.

Julio soltó la cuchara cuando estaba a punto de introducirla en su boca y miró por unos segundos a la mesonera, entre sorprendido y hastiado.

—¿Me está amenazando?

—Totalmente. Tengo un objetivo y pasaré por encima de lo que sea necesario para cumplirlo.

—Nunca pensé que diera la cara de este modo... En este momento parece usted una persona muy distinta a la que me

recibió el día que llegué.

—Me lo estás poniendo muy difícil, no me has dejado alternativa. He intentado darte toda la confianza, te dejé marchar para que hicieras esa visita a tus tíos, incluso he permitido que entraras en la habitación de mi hija, pero veo que no ha servido de nada y presiento que no tardarás mucho en traicionarme.

Él no salía de su asombro, la miraba incrédulo. De repente a su mirada asomó la locura, la personalidad de una peligrosa sicópata.

—Es usted un ser miserable...

—Sí, lo soy. Todo podría haber sido de otro modo, pero tú y tu cabezonería...

—No voy a permitir que me manipule, este juego se ha terminado. ¡Me oye! ¡Se terminó!

Dicho esto, Julo se levantó, iracundo, dispuesto a marcharse de aquella cueva inmunda regentada por la peor de las brujas. Pero ella tenía un as bajo la manga.

—No vas a marcharte —le dijo con una seguridad asombrosa y malévola.

Entonces él lo comprendió todo. Era cierto, algo más fuerte que su voluntad

se lo impedía: Daniela. Era posible que cuando la muchacha lo recibió de su viaje en su habitación ya supiera la conversación que le esperaba con el rico caldo.

—Es guapa, ¿verdad? Sería una lástima que la abandonaras en estas circunstancias. ¿No vas a hacer nada por ella? Si te marchas y te detienen ¿cómo vas a sacarla de aquí? Está tan enferma... podría pasarle cualquier desgracia.

—Es usted tan despreciable...

—Deberías comer algo más, mañana te

espera un duro día, se terminaron las contemplaciones, es hora de ponerse a escribir en serio. Por cierto, no estaría mal que tomaras apuntes de cada detalle, incluso de esta conversación, no tengo que recordarte que estás aquí para vivir todo lo que tienes que escribir.

—¿Cómo puede una madre causar tanto dolor a su hija? ¿Qué clase de persona es usted?

—Ja, ja, ja... Querido Julio, soy única en mi especie, solo tengo un amor: la literatura. Para mí todo lo demás está a su servicio, absolutamente todo.

—¡Está usted loca! No se saldrá con la suya, se lo aseguro. Creo que sí, voy a quedarme por el momento. Ya veremos quién gana esta guerra.

—Ja, ja, ja... Ay, Julio, tu abuelo tenía razón, eres tan pertinaz como inocente. Ja, ja, ja...

Julio se marchó como una furia, dejándola sentada frente a la mesa, ahogándose en su siniestra risa.

Su ira fue aumentando a medida que subía las escaleras. Entró en su habitación con decisión, casi con

violencia, como aparecen los *cowboys* de las películas del oeste en las cantinas. Daniela estaba sentada frente a su mesa, de espaldas, escribiendo en una libreta. Se volvió asustada al escuchar el golpe que dio la puerta contra la pared. La luz de la tulipa enmarcaba su figura envolviéndola en un aura prodigioso, su abundante cabello le caía sobre los hombros arropándola hasta la cintura como si fuese un manto de esponjosa seda, dejando asomar un rostro tan perfecto, que por un momento a él le pareció la estatua de una diosa,

obra de un artista griego; tenía una piel tan pálida, suave y firme, que parecía esculpida en mármol. Ella supo del poder balsámico que su belleza estaba ejerciendo en él y permaneció quieta, esperando su reacción. Julio se quedó unos segundos mirándola, maravillado; pero la ira lo sacó de su momentáneo éxtasis.

—¿Qué pretendéis entre tu madre y tú? Dime, ¿qué final tenéis preparado para la tercera parte de esta maldita trilogía?

—¿A qué vienen estas preguntas? ¿Qué ha pasado? —respondió Daniela con

más preguntas, visiblemente afectada por la actitud de Julio.

—¡Oh, Daniela!, deja de hacerte la dulce e inocente víctima de tu pérfida madre, está claro que todo lo habéis preparado entre las dos, ella utilizando su maquiavélica inteligencia y tú tu seductora belleza. Devuélveme mis manuscritos, son la única prueba que tengo para defenderme. Me marcharé mañana temprano...

Daniela lo miró unos instantes, profundamente decepcionada, mientras de sus grandes ojos comenzaba a brotar

el jugo de un hondo dolor. Después se levantó y, con cierta torpeza, se dirigió a la cama, metió la mano detrás del cabecero y sacó los manuscritos. Con la mirada baja, escondiendo su tristeza, puso en las manos de Julio el fajo de folios.

Al acercarse, él pudo percibir el aroma de su cabello y rozar sus temblorosas y blancas manos. Un hormigueo invadió su cuerpo desde las entrañas a la piel; a duras penas peleaba contra su imperiosa necesidad de apretarla contra sí y acabar de una vez por todas con la

tentación que lo torturaba desde que la conoció. Ella supo de su lucha interior y se apartó de inmediato. Fue este gesto de comprensión y cómo se elevaron sus pestañas para mirarlo lo que le robó la poca voluntad que le quedaba.

Dejó los manuscritos sobre la cama y dio un paso al frente para abrazarla. Ella sí venció la tentación. Solo unos minutos antes se hubiese entregado sin dudarle un instante; pero la desconfianza mostrada por Julio había arrasado con su deseo. Se retiró para no ser alcanzada por sus brazos.

—No, Julio... no puedo, vuelves a desconfiar de mí... y te irás mañana. No estoy de ánimos.

—Daniela... —la nombró mientras intentaba acercarse de nuevo.

Ella le mostró la palma de su mano para pedirle que parara, mirándolo con tristeza a través de la tormenta de sus ojos.

—Entiéndeme... desde que llegué vivo en un constante vaivén emocional. Yo... ya no sé qué pensar, estoy muy confundido. Os conozco de hace solo unos días, vuestra vida es tan extraña...

Han sido muchas noticias en poco tiempo, a cual más oscura e inexplicable. No sé... todo me parece una espantosa pesadilla.

—Te entiendo, créeme, pero también yo necesito tu comprensión. Espero que te vaya muy bien ahí fuera. No te olvidaré, Julio. Adiós.

Daniela salió de la habitación dejando al paso su característico olor a flores salvajes y un fuerte sentimiento de culpa en Julio.

Se tumbó en la cama y fijó la vista en el techo, preso de la impotencia,

recriminándose a sí mismo su falta de decisión. De repente no quería marcharse, en ese momento solo deseaba estar con ella eternamente y olvidarse de todo. Era un sentimiento poderoso, sin sentido alguno, por muy hermosa que fuera Daniela.

A los pocos minutos unos golpes en la puerta lo sacaron de sus pensamientos. Al abrir se encontró con doña Carmen.

—No vas a marcharte —le dijo sin saludar, ataviada con un camisón de franela y unas zapatillas de paño, algo

despeinada, como si hubiese salido de la cama—. Ponte a escribir cuanto antes y acabemos de una vez con todo esto, tus lectores te esperan ansiosos.

Él no se molestó ni en replicarle, empujó la puerta y la cerró en sus narices con desprecio. Sí, era hora de tomar una decisión y afrontarla sin volver a dudar.

Se dirigió a la mesa con la intención de escribir la historia que lo había llevado hasta allí y terminar con aquella tortura de una vez. En el blanco papel encontró un mensaje de Daniela que lo alarmó.

La libreta en la que había comenzado a escribir la tercera parte de la trilogía estaba abierta y, con primorosa letra, Daniela había dejado una carta para él.

Querido Julio:

Después de muchos meses he conseguido bajar y subir las escaleras de este macabro hostel, dispuesta a plantarle cara a mi madre, convencida de que estabas de mi lado. No he sido capaz de cruzar el umbral de la entrada de la cocina, he escuchado vuestra conversación y... no puedo

seguir con esto, no es justo para ninguno de los dos, especialmente para ti. Todo lo que ella ha maquinado desde que escribieras 'Sangre negra' me parece tan cruel y tan injusto... De todas sus perversiones, la que más me duele es que esté utilizando lo que siento hacia mí para retenerte. No puedo soportarlo, es como si me arrancaran de cuajo el aliento de vida que recuperé cuando llegaste. Hace años que no me sentía tan fuerte y capaz de ganar esta eterna guerra y ha llegado el momento de hacer algo que

ella no espera. Por una vez ocurrirá lo que no estaba en sus planes y ni siquiera imaginó: me voy a buscar la solución fuera de estas rancias paredes, y quiero hacerlo sola. Siento hacerte esto y marcharme precisamente ahora, pero de ninguna manera permitiría que por mi causa fueses detenido; si me acompañases, estoy segura de que ella movería enseguida los hilos para que te arrestaran.

No creas que no he meditado esta decisión, en realidad es una locura a medias, he tenido años para pensar en

qué pasos daría si algún día pudiera salir de aquí, dispuesta a todo, incluso a prostituirme, solo necesitaba algo de dinero para comenzar. No te preocupes, ahora sería incapaz de hacer algo así. Por cierto, espero que no te importe, te he cogido prestados dos mil euros; ha sido una suerte que llegaras justo antes de marcharme y dejaras tu abrigo. Te los devolveré. Pero antes de irme quiero hacerte un regalo, espero que no veas esta nota hasta que te lo entregue. Jamás pensé que diría esto:

Te quie...

Julio tiró la libreta contra la mesa y salió de la habitación como una exhalación. Cruzó el pasillo que llevaba a la habitación de Daniela corriendo, como ido. Abrió la puerta de su cuarto, pero lo encontró vacío. Sí, lo tenía pensado, todo parecía en orden, incluso había dejado la cama hecha. A pesar de estar fuera de sí, no pudo evitar percibir ese perfume tan limpio y salvaje que desprendía su pequeño mundo.

Bajó las escaleras saltando a pares los peldaños, produciendo estruendosos

golpes sobre la ajada madera. Miró en la cocina, en el despacho de doña Carmen, en la librería... Nada, era como si de repente la pensión estuviera habitada de extrañas presencias, ninguna real. El hostel estaba completamente vacío.

Volvió sobre sus pasos y se paró en el descansillo de la escalera, desde donde podría ser oído en los confines de la tierra.

—¡Daniela! ¡Danielaaa...! —gritó embravecido—. Daniela... por Dios, no me hagas esto ahora... —dijo bajando el

tono y sentándose en el primer peldaño.

Apenas estuvo un minuto con la cabeza gacha, entre las manos, intentando recuperar el resuello y valorar rápidamente la situación. Solo había una opción, buscarla fuera, se estremecía de imaginarla con aquel frío, vagando a esas horas de la noche por las calles vacías. Estaba dispuesto a salir, pero, aunque la puerta de la librería abría por dentro, en esa ocasión la persiana metálica le impidió el paso.

Inmediatamente, recordó la otra entrada a la pensión, por la que accedió la noche

que regresó de visitar a sus tíos. Pero no sabía dónde buscar, estaba desorientado. Paró un momento para ubicarse: sí, entró y se encontró con un largo pasillo y a diez pasos a la derecha estaba la puerta que llevaba al rellano de la escalera y que subía a las habitaciones. «¡Solo tengo que volver a la maldita escalera!», gritó, y el eco le devolvió una voz grave, ronca y rota. Ya frente a los peldaños, miró a su alrededor. Estaba demasiado oscuro, apenas entraba un velo de luz por una pequeña ventana que daba a un patio ciego. Tanteó a ciegas

las paredes, en algún lugar debía estar esa puerta que daba al largo pasillo. Buscó un pomo o algún tirador que anunciara la salida. Nada. A pesar de la gélida noche, comenzó a sudar. Paró un momento y se echó sobre la pared izquierda, forrada de una madera tan vieja como la dueña de todo aquello. Entre el silencio, escuchaba su corazón agitado y el fluir de la desesperación por sus vías respiratorias. Pero había otro sonido que no salía de sus vísceras.

CAPÍTULO XVII

Intentó tranquilizarse para poder prestar oídos a los sonidos que irrumpían en el espeso silencio de la glacial noche. A duras penas conseguía concentrarse, su pecho era como una caja de resonancia que llevara a los confines los secos y rotundos golpes del corazón. Respiró profundamente y afinó el oído. Sí, apenas si se escuchaba, pero parecía que alguien chillaba en las profundidades de la tierra. Le resultaba imposible discernir de dónde llegaban

los gritos, era como si lo envolvieran y, aunque parecía claro que era una fuerte discusión entre dos mujeres, donde quiera que estuviesen, la estancia debía estar bien insonorizada, porque las voces parecían sordas, remotas, apenas audibles; a pesar de tener la seguridad de que estaban muy cerca.

Pegó la oreja a la pared y, despacio y concentrado, fue moviéndose buscando el lugar más inmediato al de la disputa. Poco a poco se fue acercando, hasta que llegó al fondo del largo pasillo que parecía no llevar a ningún sitio. Allí no

llegaba la luz del ventanuco del rellano, la zona estaba totalmente negra. Con las manos buscó algún pomo o cerradura, mientras intentaba descifrar palabras entre los gritos ahogados que traspasaban los gruesos muros revestidos de madera. Nada, no encontraba ningún saliente o irregularidad en las paredes que le anunciaran una entrada. Desesperado se sentó en el suelo y al echar la espalda sobre la pared, cedió. Se volvió y encontró ante sí un largo y estrecho corredor que desembocaba en una

salida, por la que se colaba una luz ambarina. Ahora sí le llegaba la discusión con cierta claridad.

En un principio su impulso fue recorrer el túnel rápidamente e irrumpir en el griterío de las dos mujeres. No obstante, lo sensato era no ser visto ni escuchado y conseguir por fin la información que tanto ansiaba. Al principio dio por hecho que las dos mujeres que chillaban como locas eran madre e hija, pero a medida que avanzaba por el misterioso pasaje se dio cuenta de que ninguna de

las dos era Daniela, las dos féminas que voceaban como energ umenas eran doña Carmen y su novia, la traidora Noelia.

Agazapado tras la puerta que daba a la estancia donde doña Carmen y Noelia discutían, cada vez más iracundas, ahora s , escuchaba con toda claridad cada palabra.

Estaban en el centro de una habitación de grandes proporciones, literalmente forrada de estanterías de madera que a su vez luc an abarrotadas de libros. No había hueco para introducir un alfiler. La

luz que bañaba tanta sapiencia daba la sensación de que un bello atardecer se hubiese detenido entre miles de historias. A Julio le pareció la imagen del paraíso; pero solo visualmente, porque los gritos, improperios y soeces gestos de las mujeres resultaban la más grotesca banda sonora para un espacio tan inspirador.

—¡Oh, no, no...! —gritaba Noelia—, no creas que voy a dejar que echas a perder mis planes. Te veo torpe, Carmen, debe ser la edad, tu estrategia terminará por llevarnos a los tres a la cárcel, aunque

el idiota de Andrés se va a meter solito. ¡Qué estorbo de hombre! No voy a permitir que Daniela salga de estas paredes. Gracias a que casualmente yo entraba cuando ella estaba dispuesta a huir... Pero... ¿qué te está pasando? —preguntó a doña Carmen acercándose a unos centímetros de su rostro para intimidarla, con las manos abiertas y el gesto desencajado.

—Te repito que no la oí, me había quedado dormida, y jamás pensé que se atreviera a marcharse y menos a horas tan intempestivas. Es extraño, desde que

Julio llegó es como si estuviera recuperando la salud por momentos. No lo entiendo, sigo dándole la medicación, y a él también, incluso les aumenté la dosis...

—No, no tiene nada de extraño, está claro que te han descubierto y seguramente cambiaron el contenido del bote. Es imposible razonar con claridad y tener tantas energías con ese tratamiento. Está clarísimo, están al tanto de todo. Estos dos tortolitos tienen su propia estrategia.

Estaban de pie en el centro de la

maravillosa biblioteca, frente a frente, doña Carmen vestida con su gruesa bata de casa y en zapatillas y Noelia... como siempre, elegante y perfecta: botas de fino tacón, pantalón negro, un abrigo de no menos de mil euros y un pañuelo al cuello, todo de las mejores firmas, por supuesto. Era una mujer muy caprichosa. A Julio siempre le fascinó su aire enigmático y distinguido, que suplía con creces su vulgar físico; no era una mujer que destacara por nada que no fueran sus ropas y complementos. La mesonera mostraba una actitud sumisa ante ella,

irreconocible para Julio.

—Déjala salir del sótano, te prometo que la vigilaré...

—Ja, ja, ja... Lo siento, pero ya no confío en ti, se quedará ahí abajo y tú te encargarás de alimentarla, ya me entiendes. Cuando vuelva a ser la muchacha desvalida de hace unos días volveremos a hablar.

—Esto no es necesario, Noelia...

—No puede ser... ¿De repente se ha despertado tu instinto maternal? Ja, ja, ja... Debí prescindir de ti desde el principio. ¿Sabes lo que haré si la dejas

salir? Te encerraré en ese agujero y dejaré que te pudras en tu propia mazmorra.

—Estás más loca de lo que pensaba.

—Así que estoy loca... ¿Tú me llamas loca? Estoy pensando... no, mejor que encerrarte sería mandar un mensaje anónimo a la policía contándole dónde están todas esas obras literarias que han desaparecido misteriosamente durante años. ¿Qué prefieres?

—¡Si haces eso a ti también te detendrán, yo me ocuparé de eso!

—Ja, ja, ja... —volvió a reírse, de

forma maléfica y burlesca.

Julio tenía la sensación de estar viendo y escuchando a una completa extraña, Noelia nunca había mostrado ante él esa parte tan siniestra de su personalidad, tal vez en alguna discusión, pero desde luego no hasta esos extremos. «¡Dios Santo! —pensó—, ha encerrado a Daniela en un sótano». En ese momento le costaba pensar, aunque su instinto le decía que era el momento de abordar la situación por la fuerza, se daba cuenta de que necesitaba saber dónde la tenían encerrada.

—Tú procura controlar a tu hija y al tonto de Julio para que terminen la dichosa trilogía y podrás conservar tu tesoro. Me voy, llego muy tarde a una cita importante.

La desagradable conversación entre Carmen y Noelia había terminado. Desde la abertura de la puerta que daba a la impresionante biblioteca, Julio vio cómo su exnovia se acercaba hacia él. Rápidamente buscó dónde esconderse, era completamente inviable recorrer el largo pasillo que llevaba a la salida de

la escalera antes de ser visto. La puerta abría hacia la estancia de los libros; imposible esconderse detrás. Ayudado por la escasa luz que llegaba, examinó con premura el escaso espacio que lo rodeaba. Bajo sus pies parecía que parte de la madera del suelo se movía. Sí, sí, ¡había una trampilla atrancada con un grueso cerrojo! Lo abrió y un ocre resplandor interior lo invitó a descender por una escalera. No se dio un segundo para pensar y se introdujo en el agujero rápidamente. Desde dentro, apoyado en los peldaños, sacó un brazo para agarrar

la portezuela, pero...

—Vaya, vaya, vaya... —dijo Noelia mirando al interior del sótano y pisando con una de sus botas de marca la mano de Julio—, hoy es mi día de suerte, dos por uno.

—¡Huye, Julio! ¡Sal de aquí y busca ayuda! —gritó Daniela al pie de la escalera.

—Daniela... —dijo él con asombro y alegría.

Esto es todo lo que le dio tiempo a decir a Julio antes de que la trampilla se cerrara de un portazo. La sorpresa fue

de tal tamaño que se distrajo y concedió una valiosa ventaja a Noelia, que rápidamente, con la punta de su bota, empujó la mano de él hacia dentro para encerrarlos a los dos. Después del fuerte golpetazo, al otro lado del techo de madera, el eco recogió el sonido de una malévola risa y lo llevó a cada recoveco de aquella siniestra pensión.

—¡Dios mío, Julio! Se acabó, este es el fin —exclamó Daniela mientras comenzaba a verter lágrimas como una niña.

Julio dio dos pasos y la estrechó en sus brazos con ternura; incluso en aquel agujero, olía a campo en primavera.

—Tranquila, todo se arreglará. No llores, por favor, no lo soporto. Escúchame —le susurró al oído antes de separarse unos centímetros para obligarla a mirarlo a los ojos—, ahora más que nunca debemos estar unidos para salir de aquí. Tenemos que confiar el uno en el otro, se acabaron los recelos. Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para librarte de esta eterna pesadilla.

—Pero... ¿cómo? No hay manera de salir de aquí y estamos incomunicados, por mucho que gritemos pidiendo ayuda es imposible que nos oigan. Lo siento... yo... solo quería aprovechar las fuerzas que había recuperado para escapar y buscar ayuda... Debí contar contigo —musitó Daniela, mirándolo a través de dos cascadas de lágrimas.

—No, no digas eso —contestó volviendo a estrecharla entre sus brazos—, ha sido culpa mía, debí confiar en ti. Es tan obvio que tú eres la única víctima de este macabro plan...

No sé cómo has podido soportarlo durante tantos años.

Aunque era el momento más inoportuno, Julio sintió que la cercanía de ella lo excitaba. No era simple atracción ante tanta hermosura, experimentaba mucho más, como una suave descarga eléctrica que naciera de lo más profundo de su ser. En ese instante supo que, por primera vez, estaba locamente enamorado y que daría hasta la vida si fuera necesario para devolver la libertad a Daniela.

—Creo que te quiero, Daniela...

De repente se escucharon los herrajes de la trampa, se abrió por un momento y sobre sus cabezas cayeron un par de libretas y unos bolígrafos. Antes de que pudieran reaccionar para evitar que volviera a cerrarse, se escuchó la voz de doña Carmen:

—Se terminaron las contemplaciones, no saldréis de ahí hasta que terminéis el trabajo que tenéis pendiente.

Y se oyó de nuevo el chirriar del cerrojo.

CAPÍTULO XVIII

Todavía atados por aquel eterno abrazo, asustados por la brusca interrupción, miraron con asombro cómo rodaron por las escaleras las libretas y los bolígrafos. Después Julio paseó su mirada por el entorno: no más de diez metros cuadrados bajo un techo que casi rozaba su cabeza y que contenía un camastro, una mesa diminuta, una silla y, en un rincón, sin el más mínimo recato, un lavabo y un váter, desnudos ante el resto de la estancia y que hicieron

reaccionar a Julio:

—¡Dios mío, cuánto podremos aguantar aquí! Si ni siquiera hay una mísera ventana...

—Hay un pequeño respiradero en aquella esquina —dijo Daniela señalando la zona del techo que estaba sobre el ridículo aseo.

—Lo peor va a ser cómo vamos a alimentarnos —susurró él, recordando las palabras que Noelia le dijo a doña Carmen—. Lo sabe, tu madre ya sabe que cambiamos el contenido del bote donde guardaba la medicación. No

podemos probar la comida que nos traiga o volveremos a ser sus esclavos.

Sin separar ni un milímetro su cuerpo del suyo, la miró con cariño y le preguntó:

—¿Cómo vamos a sobrevivir a esto? ¿Cómo voy a protegerte ahora si ni yo mismo encuentro las fuerzas para afrontar este nuevo revés?

—Lo superaremos, escribiremos sin descanso hasta terminar esa tercera parte y saldremos de aquí en unos días, estoy segura. Si trabajamos duro, estoy convencida de que acabaremos antes de

morir de inanición. Tenemos agua y podemos comernos el pan y la fruta que nos traiga, basta con que no probemos la comida que cocine...

—Pensé que había venido a salvarte y resulta que estoy aquí para ser salvado por ti. Eres una mujer increíble, tan hermosa como valiente.

No pudo resistirse, la miel de los ojos de Daniela lo hechizó sin retorno. Acercó sus labios tímidamente, esperando que también ella recorriera parte del estrecho camino que separaba

sus bocas, y cerró los ojos. Al momento sintió como si una corriente tibia sacudiera cada fibra de su cuerpo. Había besado a muchas chicas, especialmente a Noelia, de mil maneras, pero jamás había experimentado tan cálida embriaguez con el simple roce de sus labios con los de otra mujer. Ella era, sin temor a equivocarse, la única mujer de la que se había enamorado. Los dos temblaban de emoción; los dos desconectaron de su entorno y sus pesares llevados por un encantamiento. Muy despacio, como levitando sobre el

suelo, se fueron acercando a la pequeña cama que había bajo el hueco de la escalera que llevaba a la trampilla.

—Daniela... yo... no quisiera aprovecharme de esta situa...

—No digas nada, por favor —dijo ella tapando levemente su boca con la punta de sus dedos—, no digas nada. Llevo tanto tiempo esperando...

—No es este el escenario que habría deseado para un momento tan especial —dijo él, sin dejar de mirarla a los ojos, mientras le desabrochaba los botones de su gruesa chaqueta de lana y

sentía la agitación de su corazón bajo sus senos. Pensó que moriría de placer antes de poder desnudarla.

—Tú eres justamente el hombre que soñé para mi primera vez, lo demás ahora no me importa.

Saber que era el primero en entrar en tan sagrado templo lo estremeció aún más; pero siguió, muy despacio, desbordado por la emoción propia de quien pisa por primera vez el paraíso. En unos instantes se adentraron en otra dimensión. Nada perturbó tan mágico y sensual encuentro, ni siquiera la cruda realidad que los

esperaba fuera de su particular edén.

—Sabes, por mi anterior trabajo, he recorrido incesantemente todo el mundo, pero jamás pensé que el viaje más emocionante lo haría sin maletas y sin moverme de un triste sótano — le dijo él al oído, muy bajito, dejando que el calor de su garganta calentara sus delicadas orejas.

Ella estaba desnuda, echada en su pecho, rodeada por sus varoniles brazos que no dejaban de pasear su espalda. Sobre los dos, el peso de un montón de

viejas mantas resguardaba de la gélida noche la calidez del interior. En la pared, una pequeña tulipa iluminaba tímidamente al recién nacido amor.

—Mmm... qué suerte tienes, yo apenas he salido de la cama. Para mí es el primer viaje, no puedo comparar.

—¿Y... qué tal lo has pasado en tu primer viaje? —le preguntó él con una simpática sonrisa, inclinándose sobre la almohada para poder mirarla a los ojos.

—Es pronto, todavía no he vuelto —le contestó ella, también sonriendo—. Y espero no regresar jamás.

Eran más de las tres de la madrugada, a su alrededor reinaba el silencio del espacio estelar, de la noche más hermosa; aunque aquel zulo estaba completamente aislado y era prácticamente imposible saber qué ocurría en el exterior; aunque fuesen las doce del día, el tiempo se había parado en el sótano de la pensión en el instante que decidieron amarse. Ellos no sabían en qué momento estaban, no obstante, calculaban que la noche estaba ya muy avanzada y que doña Carmen debía estar

durmiendo a pierna suelta. De repente, Daniela volvió a la realidad.

—Julio...

—Sí.

—No hay tiempo, lo sabes... Debemos ponernos a escribir cuanto antes, no conoceremos nuestro final hasta que no terminemos esa maldita historia.

—Lo sé. Si te digo la verdad, en este instante casi preferiría morir a desasirme de mis brazos.

—Yo también. Pero... también me gustaría vivir a tu lado muchos años

más.

—De acuerdo, pongámonos a ello
—concluyó Julio, empujándola un poco, cariñosamente, para salir de la cama.

Los dos se vistieron con pudor, como si toda la intimidad que habían vivido un momento antes hubiese quedado entre las mantas. Después él la miró un segundo, roto de vergüenza.

—Antes tengo que ir al baño...

—Tranquilo —dijo ella, mientras se ponía de espaldas al váter y se tapaba los oídos.

—Ya —dijo él al minuto.

Pero ella seguía en la misma posición. Él se acercó y separó sus manos de sus oídos.

—Ahora me toca a mí.

Él la imitó.

Había solo una silla, así que optaron por acercar la mesa a la cama para que esta hiciera de asiento para ella. Un viejo flexo iluminó sus libretas. Bajo su luz, a Julio el rostro de Daniela le pareció de una belleza irreal y nuevamente se le

erizó el vello.

—¿Cómo vamos a repartirnos el trabajo? —le preguntó a ella.

—¿Qué te parece si yo me encargo de escribir todo lo que he vivido con mi madre desde que encontró tu manuscrito y a la vez cuentas tú en qué se convirtió tu vida desde entonces hasta que llegaste aquí? Esta última entrega no solo debe ser el final de la historia, es importante que saquemos a la luz las mentiras que encierran el final de la primera parte y toda la segunda. Que esté escrita a cuatro manos por dos de los

protagonistas que *creó* —dijo esta última palabra con énfasis, casi con enfado— Marcus Lake va a ser una gran sorpresa para los lectores. ¿Te imaginas cuando descubran que el protagonista de la historia es el verdadero escritor de la misma y que está vivo? No creo que haya precedentes en la literatura de una novela así.

—Desde luego, si concluimos esta trilogía los lectores no van a dar crédito. Estaría bien ver publicada la tercera parte... —comentó con preocupación—. Por cierto, creo que ya no tenemos

dudas de en qué emplea su dinero y qué son esos paquetes que recibe constantemente, es obvio que paga muy bien a ladrones de arte para que le consigan ejemplares únicos. En esa biblioteca debe haber una fortuna.

—La verdad es que me lo imaginaba, está obsesionada con los libros... está loca, Julio —contestó con un halo de tristeza.

Antes de coger el bolígrafo, él se acercó y la besó tiernamente en los labios.

—Vamos allá.

—Sí, vamos.

CAPÍTULO XIX

No despegaron los bolígrafos de sus libretas hasta el amanecer. De vez en cuando levantaban la vista para dedicarse miradas cómplices. A los dos les costaba salir de su recién estrenada historia de amor para adentrarse en la realidad que los rodeaba y escribirla. A Julio lo turbaba hasta la dulce respiración de Daniela. La mesa era tan diminuta que a veces tenía que apartar un mechón de su cabello para que no se enredara en su bolígrafo; no sin antes

acariciarlo con la punta de sus dedos. Una mezcla de sensaciones envolvía a la pareja, como si hubiesen sido rociados de polvos mágicos. Pero los dos se obligaban a sí mismos a concentrarse, ahora tenían un futuro ilusionante que solo sería posible si superaban aquella dura prueba. Aunque también sabían que el punto y final de su novela también podría ser el de sus vidas.

De vez en cuando se interesaban por el trabajo del otro.

—¿Qué tal vas? —le preguntó ella.

—Bien, bien. ¿Y tú?

—En pleno proceso creativo —le contestaba con optimismo y dulzura—. Lo conseguiremos.

Él intuía tras su mirada un halo de preocupación; en el fondo estaba asustada, probablemente esa era su última oportunidad de alcanzar al fin la libertad.

Debía haber amanecido cuando en el silencio irrumpió el chirriar del viejo cerrojo. Los dos miraron al techo. La trampilla se abrió y de inmediato rodaron un par de toallas y una pastilla

de jabón por las escaleras. Antes de que volviera a cerrarse y que ellos pudieran reaccionar, las mustias manos de doña Carmen dejaron sobre el primer peldaño una bandeja con el desayuno.

Julio se levantó, cogió el «set» para el aseo y, después de ponerlo sobre la cama, subió las escaleras para recoger el desayuno. Daniela lo esperaba abajo para ayudarlo; no había barandillas y a él le resultaba complicado descender con las manos ocupadas.

—¡Qué bien huele a café! —exclamó él dejando la bandeja sobre las blancas

manos de ella —. Me muero por un sorbo —Daniela lo miró con desaprobación y comprensión—. Lo sé, lo sé, tendré que conformarme con olerlo.

Apartaron las libretas y pusieron la bandeja sobre la mesa. Bien, podrían comerse el pan tostado con mantequilla y las magdalenas. La muchacha vació el líquido de los tazones en el lavabo, los enjuagó y los llenó de agua.

Desayunaron como si estuvieran en la mejor terraza de París en plena

primavera.

—Me alegra haberte encontrado, bendito el día que entré en esta pensión buscando alojamiento. Jamás imaginé que aquí hallaría la mejor de las razones para seguir adelante —le decía Julio sin poder dejar de mirarla a los ojos.

—Yo ni siquiera albergaba una razón para vivir, llevaba tanto tiempo en cama... me costaba hasta respirar. Ya me había rendido —le susurró Daniela, entornando los ojos y acercando sus labios.

Él la besó apasionadamente, apenas

resistiendo la tentación de llevarla en brazos a la cama. Pero no, todo eso y más llegaría después, ahora tenían que seguir escribiendo.

Mientras Daniela retiraba la bandeja para despejar la mesa, le preguntó:

—¿Cuánto has escrito?

—Veintisiete páginas.

—Vaya... no está mal.

—¿Y tú? —quiso saber él.

—Treinta y una. Creo que en dos o tres días tendremos su dichoso manuscrito. Ella se encargará de corregirlo. Estoy

contando la única verdad que conozco y es seguro que maquillará todo lo que considere que pueda confundirse con la realidad.

—Puedo imaginármelo, ya lo hizo con mi primer manuscrito. Daniela... —la nombró y le cogió la mano.

—Sí.

—No te imaginas el esfuerzo que me está costando que esta novela negra no se convierta en la historia de amor más grande jamás contada.

—Las más grandes historias de amor terminan en tragedia —dijo ella,

dejando caer una lágrima.

Los dos sabían que había muchas posibilidades de que en cuanto entregaran el manuscrito la trampa se cerrara para siempre, aunque ninguno se atrevía a compartir esta macabra idea con otro. Doña Carmen era capaz de eso en pro de su «amada» literatura, su obsesión por ser partícipe en una de las novelas negras más leídas de la historia estaba por encima de todo. Pero Julio no lo permitiría, él tenía un plan para salir de allí.

Hasta que llegó el almuerzo siguieron a su tarea, concentrados y conscientes de cuánto se jugaban. De súbito, la trampilla volvió a abrirse, arrancando de sopetón a la pareja de sus letras. La operación fue rápida por parte de doña Carmen, tardó solo unos segundos en arrojar una bolsa y poner la bandeja en el último peldaño.

—Si no queréis moriros de asco ahí abajo, dejad los cacharros sucios aquí arriba —se oyó antes de un fuerte portazo y el chirrido del cerrojo.

Julio se quedó un rato mirando hacia

arriba, mientras Daniela lo miraba, imaginando lo que estaba pensando y visiblemente cansada.

—Solo hay que sentarse a esperarla, así de simple.

—¿Y después?

—No lo sé, pero al menos podremos salir de aquí.

—De acuerdo, pero mientras tanto, sigamos con esto, es nuestro testimonio, esta última entrega encierra la verdad de todo lo que ha pasado desde que te robó tu manuscrito. Tiene que haber alguna manera de enviarlo a la editorial con

alguna nota... Alguien tiene que creernos y liberarnos de ella al fin. Qué más da dónde estemos, Julio, si no conseguimos que nos escuchen ella te enviará a ti a la cárcel y a mí al psiquiátrico. Lo tiene todo muy bien hilado.

—No todo, tiene un punto débil: sus libros, y yo solo necesito una cerilla para que firme una confesión. Pero lo primero es terminar esta maldita novela y salir de aquí. Daniela, ¿estás bien?

—Sí, solo algo cansada. Tal vez debería echarme un rato después de comer algo.

—Vamos a ver qué hay en esa bandeja.

Mientras Julio subía los quince peldaños Daniela abrió la bolsa: ropa interior limpia para los dos y papel higiénico. Todo un detalle por parte de aquella bruja.

El almuerzo consistía en un cocido que olía a gloria, unas cebollitas en vinagre para acompañar, un buen trozo de pan, dos manzanas y un racimo de uvas. Ella recogió el escaso material de escritura y él puso la bandeja sobre la mesa.

—Tengo tanta hambre... y este cocido huele tan bien... Muero por comer algo

caliente —dijo Julio, acercando su nariz a uno de los platos como si el vapor pudiese alimentarlo.

La muchacha lo miró con desaprobación y cariño.

—Qué sí, ya lo sé —le dijo él con una forzada sonrisa—. Venga, vamos allá.

Naturalmente, se comieron las cebollas con todo el pan y después la fruta. Repartiéndolo todo como hermanos, aunque ella insistía en que él necesitaba comer más, debía superar su peso al menos en treinta kilos. Después vaciaron el rico puchero en el váter y pusieron

todos los utensilios sucios en el último peldaño.

—Tengo que descansar un poco, solo un poco —dijo Daniela—, si al menos pudiera darme un baño... ¿Cuándo crees que terminarás tu parte? No creo que aguante mucho esta situación.

—Llevo unas setenta páginas, estoy terminando el quinto capítulo. Tal vez con tres o cuatro capítulos más pueda poner el punto y final.

—Yo ando más o menos igual, seis capítulos, y creo que también podré terminar con un par de ellos más.

Después estaría bien alternar los tuyos con los míos, una especie de *flashback*.

—Buena idea. Pero no pienses ahora en nada, descansa, voy a refrescarme un poco y seguiré escribiendo, creo que podré aguantar algunas horas más mientras tú duermes. Después descansaré yo.

—De acuerdo —dijo ella dirigiéndose al camastro.

Se recostó de espaldas al rincón del baño, incluso cobijó su cabeza entre la almohada y una mano, como dándole a entender a Julio que ni lo veía ni lo oía,

supuso que necesitaba toda la intimidad que ella pudiera proporcionarle. Lo cierto es que se quedó dormida a los pocos minutos, en los que no pudo evitar escuchar el discurrir del agua por el lavabo e imaginar su desnudez mientras se aseaba.

Le resultaba imposible calcular el tiempo que llevaba escribiendo mientras Daniela dormía, pero juraría que debían haber pasado al menos cuatro horas, el suficiente como para estar muy cerca del final de su historia, ya solo le quedaba

la peor y la mejor parte de su vida: el momento en el que lo desahuciaron las autoridades y llegó a la siniestra pensión de doña Carmen y, claro está, lo que guardaba para las últimas páginas, lo mejor de todo y por lo que valía la pena tanto esfuerzo: su encuentro con Daniela y las horas pasadas en aquel cuchitril. Se dio un respiro y la contempló a placer. Se había dado la vuelta y estaba frente a la mesa, envuelta en su larga y espesa melena encarnada. Respiraba con placidez y, de vez en cuando, gemía dulcemente. Pensó que todos los años

pasados habían tenido un sentido: encontrarla a ella. Verdaderamente, no había conocido en su vida una mujer más hermosa ni que le hubiese hecho disfrutar tanto en los momentos íntimos. A pesar del agotamiento, de no ser porque por nada del mundo se atrevería a interrumpir sus sueños, en ese momento tenía que resistir la tentación de abrazarla y hacer el amor hasta desfallecer.

Al momento sonó la portezuela del techo. Los cacharros sucios

desaparecieron de inmediato y volvió a cerrarse. Después apareció la cena. Daniela se movió un poco, pero no llegó a despertarse.

Julio miró con verdadera ansiedad el contenido de la bandeja y se desmoronó: un trozo de pan y un plátano para cada uno era todo lo que podrían cenar esa noche; ni el caldo ni la tortilla de patatas podrían saborearlos, ¡y olía que alimentaba! Decidió dejar dormir a Daniela, la *suculenta* cena podía esperar, no se enfriaría, además, le inspiraba su profundo sueño y tenerla

tan cerca.

Siguió escribiendo hasta que ella despertó. Debía ser de madrugada, ya había perdido casi por completo la noción del tiempo, tenía la sensación de llevar allí metido muchos días, cuando en realidad solo habían pasado algo más de veinticuatro horas. Seguramente había batido el récord de cualquier escritor, llevaba escritas ciento treinta páginas y para el punto y final no necesitaría más de cinco. Con suerte, muy pronto saldrían de allí. Pero ahora tocaba comer algo y descansar un rato

mientras Daniela seguía su tarea.

—Hola —dijo a su amado desperezándose, consciente de que él disfrutaba mirando su despertar—. ¿Cuántas horas he dormido?

—Es difícil saberlo en este agujero, pero creo que no menos de siete horas.

—Lo siento... lo necesitaba. ¿Qué hay de cena?

—Pan con plátano. Me muero por meterme algo en el estómago, pero quería esperarte.

—Se te ve cansado —le dijo mirándolo con cariño.

—Descansaré después de comer, ya casi he terminado mi parte.

—Estupendo, espero terminar yo la mía mientras duermes. ¿Y después?

—Después déjame todo a mí, tú no te preocupes por nada, saldremos de aquí libres de todo al fin, te lo prometo.

Comieron la ridícula cena despacio, sin dejar de mirarse y besarse tiernamente a cada rato; reteniendo el impulso de arrojarse al camastro, era como si intuyesen que muy pronto todo aquello

podría acabar. Cierto que no era el lugar más adecuado para gestar un romance tan intenso, pero allí había comenzado todo para ellos, aquel sótano era el escenario del inicio y, a pesar de las circunstancias, se sentían seguros, compartiendo una intimidad inusitada y henchidos de amor. Lo que les esperara en el exterior podría ser el todo o la nada, la continuación a la eternidad o el fin de un amor sin precedentes para los dos. A Julio le pareció ver una tímida lágrima escapar de los grandes ojos de Daniela, como si sospechara un trágico

final, aunque se esforzaba por sonreírle y disfrutar de aquel momento.

—¿Qué tienes, Daniela? Deja de torturarte, ya verás que ahí fuera nos espera una intensa y larga vida juntos. Déjalo todo en mis manos, tú solo termina tu parte de este maldito manuscrito.

—Vale —dijo ella tímidamente.

—Bien —le respondió con una sonrisa.

Recogieron los restos de la cena y Julio puso la bandeja en el último peldaño. Después se acostó un rato. Daniela aprovechó para asearse, mientras él

respetaba su intimidad echado de espaldas al rincón del baño. No tardó mucho en dormirse.

Ella se puso a escribir sin demora. Se sentía descansada, con energía, a pesar de la escasa alimentación, como si las horas de sueño la hubiesen tonificado. Escribió hasta el amanecer, aunque ella no podía saberlo. Cuando Julio despertó estaba a punto de terminar.

Estaba tan concentrada que ni siquiera se dio cuenta de que hacía rato que Julio la miraba desde la cama. Sus

largas pestañas conseguían destacar entre los rizos que enmarcaban su rostro como guirnaldas. Cogía el bolígrafo con mucha gracia y destreza, las palabras aparecían en el papel tras su puño con rapidez, como bailando una música ligera, y sin embargo sus manos parecían quietas, como pintadas por un diestro maestro sobre su libreta. Durante las horas que llevaban allí la temperatura había ido subiendo y tenía el jersey ligeramente desabrochado, justo hasta el lugar donde a él le hubiese gustado entrar en ese momento para

quedarse eternamente. De repente, Daniela levantó la vista y cruzaron sus miradas.

—¿Desde cuándo estás despierto?

—Nada comparado con el que me gustaría haber estado, mirarte es un verdadero placer.

Ella se sonrojó ligeramente.

—Gracias —dijo con timidez—. Estoy terminando y ahora no sé si quiero salir de aquí.

—Fuera será mucho mejor. Voy a escribir lo que me queda y después

organizamos los capítulos.

En menos de una hora el manuscrito estaba terminado. Cuando acabaron arrancaron las hojas de sus libretas y organizaron los capítulos, consensuando cuál aquí o allí, alternándolos para darle envoltura a la verdadera vida del desgraciado autor que escribió hacía veinte años la primera página. Lo cierto es que aquella tercera entrega pintaba muy bien. Dos escritores, protagonistas de la historia que contenía aquel montón de hojas, habían conseguido escribir a cuatro manos y a dos tiempos la

esperada novela. Los dos estaban convencidos de que no iban a dejar indiferentes a los lectores, y mucho menos al renombrado editor.

Pero ahora les quedaba por hacer lo más difícil: salir de allí.

CAPÍTULO XX

Daniela se cepillaba su cobrizo y largo cabello frente al pequeño espejo que había sobre el lavabo, despacio, con la mente en otro mundo. Él la observaba de reojo. Sí, cierto que estaba bastante recuperada, ahora se movía casi con total normalidad y el color de su piel estaba retomando el rosado natural. Pero había mucha tristeza en su mirada; tenía miedo a perder lo único que había tenido desde que llegara al mundo: el amor de Julio.

—Daniela —se atrevió a nombrarla y sacarla de su ensimismamiento.

Ella detuvo el peine a mitad de camino de un larguísimo mechón. Pero siguió mirando el cristal, como si fuese la última mirada que dedicase al mundo antes de cerrar para siempre una ventana.

—Necesito que confíes en mí. ¿Lo sabes? —siguió él, sentado frente a la mesa, con el manuscrito aún caliente entre las manos.

—Confío en ti, Julio, no se trata de eso... es que...

No pudo terminar la frase, sus ojos comenzaron a gotear. Él se levantó, se acercó y, por la espalda, la rodeó con los brazos por la cintura. A través del espejo, continuó hablándole.

—Estás bellísima incluso cuando lloras —le dijo, apretándola contra su cuerpo—. ¿Sabes lo que más me gustaría en este momento?

Daniela contestó con los ojos, a los que por un momento asomó una mirada picarona. Sentía el despertar de las ganas de Julio entre sus cuerpos y se estremeció.

—Pero es la hora de poner en marcha mi plan, nuestro plan. Debe estar amaneciendo, pronto se abrirá la trampilla.

—¿Y qué vas a hacer? —dijo ella, dándose la vuelta para mirarlo a los ojos—. ¿Crees que podrás salir de aquí con el manuscrito? Estoy convencida de que mi madre ya ha pensado en todas las posibilidades...

—Creo que la sobrevaloras, aunque te parezca imposible y siempre haya vencido en vuestras batallas, es un enemigo vulnerable.

Un chasquido avisó de la llegada del desayuno. Antes de que la portezuela del techo terminara de abrirse, Julio se acercó a la escalera y habló:

—Doña Carmen, tenemos el manuscrito, ya no tiene sentido que nos retenga aquí. Déjenos salir —decía mientras subía los peldaños.

—Déjalo en el último escalón, yo decidiré si habéis terminado, tortolitos.

La voz de Noelia los dejó muy sorprendidos.

—Noelia... ¿Dónde está Doña Carmen?
¿Qué haces tú aquí?

—Ja, ja, ja... Deja de hacer preguntas estúpidas y dame el manuscrito

—contestó Noelia con sarcasmo estrechando la ranura de la trampilla. Julio apenas podía vislumbrar sus grandes y negros ojos.

—Tendrás que bajar a por él.

—¿Cómo se puede ser tan idiota? ¿De verdad crees que voy a bajar? Ja, ja, ja... por favor...

No pudo contenerse, aunque no estaba en sus planes usar la violencia para salir

de allí, la sarcástica risa de Noelia, el hambre, el tiempo de encierro y la mirada aterrada de su amada despertaron en Julio un monstruo dormido desde que nació.

Daniela permanecía al pie de la escalera, convencida de que ese día, para bien o para mal, viraría definitivamente su vida.

—Cógelo y no te separes de él por nada del mundo —dijo Julio arrojando el manuscrito a las manos de Daniela.

—¿Qué vas a hacer?

No hubo respuesta, antes de que Noelia

puddiera cerrar la trampilla y echar el cerrojo, de un fuerte empujón, Julio la abrió estampándosela en el rostro. Noelia cayó al suelo, junto a todo el contenido de la bandeja del desayuno. Él salió raudo y, por un momento, se quedó paralizado mirando la escena: su ex-novia se revolvía en el suelo, con las manos en el rostro, quejándose y maldiciéndolo. Entre sus dedos manaban pequeños ríos de sangre. Se acercó a ella para auxiliarla.

—¡Malnacido! ¡Me has abierto la cara en canal! Dios Santo... cómo duele...

—Lo siento. Déjame que te vea.

A duras penas consiguió apartar de su rostro las manos. Efectivamente, el filo de la portezuela había abierto una profunda brecha que iba desde la ceja izquierda hasta el labio superior. Supo que necesitaba con urgencia ayuda médica. En ese momento todos sus planes habían pasado a segundo plano. Julio podría tener muchos defectos, en su etapa de empresario lo habían tachado de poco empático, de vivir en su mundo de cristal sin importarle sus empleados; él siempre persiguiendo su

objetivo, obviando la parte más humana de su entorno. Pero no era cierto, en realidad era la parte más amarga de su trabajo. Su traje de marca y su caminar seguro y altivo no era más que una máscara, porque sabía que a poco que se acercara a sus trabajadores la empresa se desmoronaría; en las distancias cortas era muy vulnerable. En ese momento se sentía tan culpable que solo podía pensar en ayudar a Noelia.

Daniela asomaba medio cuerpo por la trampilla y miraba la escena conmovida.

—Ohhh... Julio... ¿Qué vamos a hacer

ahora?

—Hay que llevarla a un hospital, la herida es demasiado profunda...

—Yo... no puedo, Julio, no puedo... Ve tú. Te esperaré aquí.

De repente apareció en la escena doña Carmen.

—De aquí no sale nadie hasta que yo lo decida —dijo, apuntando a Julio con una escopeta de caza—. Entra en el sótano o te disparo.

—Pero... no podemos dejarla así, es una herida muy profunda...

—Yo me ocuparé. ¡Bajad de inmediato los dos! —gritó, refiriéndose también a su hija, que seguía asomada al agujero, como una estatua que hubiesen esculpido para representar el pavor.

—No entres, Julio, no me dejes con ella, permitirá que me desangre antes de...

—musitó entre quejidos Noelia.

Julio supo por qué dejó la frase a medias, tenía intención de hacer alusión a la última entrega de la trilogía, pero calló a tiempo deliberadamente, por alguna razón, prefirió que Doña Carmen no supiera que el manuscrito estaba

terminado.

Después, Noelia sacó fuerzas de flaqueza para dirigirse a la mesonera—. ¡Vieja bruja! Jamás debí hacerte caso. ¡Maldita la hora en que te conocí! ¡Estás loca, loca!

Doña Carmen obvió los insultos de Noelia, se limitó a mirarla con desprecio y asco, sin apartar el cañón de su objetivo, y se volvió para Julio.

—Entra o disparo. ¿Lo has entendido?

Apenas tuvo conciencia de que estaba a punto de perder la vida y, lo más

importante, de volver a dejar sola a Daniela, a merced de aquellas dos arpías. Pero estaba al límite, la ira se había apoderado de su ser de una forma irracional, como irracional era aquella situación. En un acto reflejo agarró la escopeta que sostenía doña Carmen y la giró en círculo para hacer que la soltara. No le costó mucho hacerse con ella. La mesonera, al intentar sujetarla, perdió el equilibrio y cayó justo encima de Noelia, que estaba sentada en el suelo sobre un charco de sangre, sujetándose el rostro como buenamente podía. Al

momento la escena dio un giro radical.

Julio se encontraba apuntando con el arma a doña Carmen y a Noelia, una sobre la otra. Le temblaba levemente el pulso y, a pesar del frío de febrero, su frente brillaba por la transpiración. Daniela estaba al fin fuera del agujero y se acercó despacio a la espalda de su amado.

—No lo hagas, Julio, no hagas nada de lo que nos arrepentiremos el resto de nuestras vidas.

—Tranquila, hija, no lo hará, le falta valor —habló su madre con seguridad.

—¡No me llames hija, no lo soporto!

—Señora Carmen —intervino Julio, sin dejar de apuntarla al rostro, bien sujeto a la escopeta, como un cazador experimentado—, créame que en este momento me siento capaz de cualquier cosa, no soy aquel muchacho pusilánime que conoció la noche que prendió fuego a la casa de don Justo. He cambiado, especialmente durante los días que llevo bajo su techo. Si intenta el más mínimo movimiento, dispararé.

Pero la hospedera no lo creyó, estaba completamente segura de que no

apretaría el gatillo, bien sabía que los asesinos no se hacen con el tiempo, nacen. No lo dudó, con total seguridad, aunque con la dificultad de la edad, comenzó a levantarse.

—Ja, ja, ja... No lo harás.

Carmen estaba en lo cierto, no era un asesino. Pero seguía siendo un hombre, mucho más fuerte y joven que ella. Arrojó la escopeta al suelo y se abalanzó hacia ella, rodeándola y sujetándola rápidamente con sus fuertes brazos. A Noelia todavía le quedaban energías para darle puntapiés desde el

suelo y así entorpecer el intento de reducir a la señora. Entonces Daniela recogió el arma para echar una mano y apuntó a la joven.

—Quieta, te aseguro que yo sí soy capaz de disparar —dijo a Noelia.

La exnovia de Julio debió creerla, porque al momento se quedó inmóvil. Tal vez la asustó el tono de la hija de la mesonera, porque difícilmente podría verla a través del río de sangre que cruzaba su rostro.

—Muy bien, pareja, ¿y ahora qué?
—dijo doña Carmen.

Julio la agarró por las muñecas fuertemente y las llevó a su espalda. Después le habló con un sarcasmo impropio de él.

—Ahora usted y yo vamos a dar un paseo por esta cárcel. Ya verá lo interesante que se presenta el día —dicho esto, se dirigió a su chica—. ¿Crees que podrás ocuparte de ella?

—Por supuesto. Vete tranquilo, aquí estaremos a tu vuelta.

Él tuvo el convencimiento de que la seguridad que mostraba Daniela era fingida, tampoco ella era una asesina.

Pero lo importante era que Noelia sí parecía creerla. Le excitó por un momento la estampa: las dos mujeres más importantes de su vida —aunque entre las personalidades de ambas mediara un abismo— enfrentadas. Sin lugar a dudas, la belleza de Daniela no tenía competencia, estaba espectacular, con su largo cabello despeinado y su femenina figura engarrotada, apuntando a su enemiga.

En realidad, no necesitaba llevarse a doña Carmen, solo quería recoger algo de la cocina, pero pensó que Daniela no

podría controlar sola a las dos, mucho menos a su madre, cuyas maniobras psicológicas podrían dar al traste con sus planes.

—Bien, no tardaremos. Vamos

—concluyó dirigiéndose a su rehén.

CAPÍTULO XXI

Antes de darse la vuelta, tras la señora Carmen, agarrando a sus espaldas fuertemente sus muñecas, sintió escalofríos al rozar la puerta que daba a la sagrada biblioteca. Ese era el lugar que sacaría a Daniela y a él de allí, aquel templo de sabiduría era la llave de su libertad. Por un momento se sintió incapaz de llevar a cabo su plan, sus músculos estaban tan tensos que temblaba levemente. Sabía que le estaba haciendo daño a su presa, era una mujer

mayor, de músculos ajados y huesos quebradizos, mientras recorría el pasillo que los llevaba a la cocina ella se quejaba de dolor y le costaba caminar. Pero él tenía que mostrarse firme y aparentar entereza. Por supuesto que no tenía pensado atentar contra la vida de la loca mesonera ni la de Noelia, pero ella no debía saberlo; el objetivo era asustarla hasta el pavor, amedrentarla y hacer que creyera que de un momento a otro podía morir además de perder su gran tesoro.

—Deje de quejarse, señora, y camine de

una vez.

—No puedo, me haces daño. Deja de apretarme las muñecas. Me estoy mareando...

—Si se le ocurre tirarse al suelo le juro que no permitiré que vuelva a levantarse, no voy a volver a poner en riesgo la vida de su hija ni la mía.

—La culpa de todo la tiene esa novia tuya avariciosa y calculadora. Menuda es... ¿cómo pudiste ser tan idiota?

—Calle y camine.

La puerta de la cocina estaba entornada,

tuvo que abrirla empujando a doña Carmen. Se resistió, pero finalmente la introdujo en el interior de un empujón, calculando las fuerzas, la necesitaba lúcida y entera para su plan.

Cuando lo vio acercarse al mueble donde guardaba sus medicinas, el azúcar y la harina entre otras cosas, tuvo la seguridad de que la obligaría a tomarse una buena dosis de su propia pócima. Pero nada más lejos de la intención de Julio, pasó de largo, él estaba interesado en buscar algo para encender fuego. Encontró unos fósforos en el filo de la

chimenea y a un lado una garrafa de alcohol de quemar que la doña utilizaba para encender el hogar. Pero antes paseó la vista por la estancia buscando algo para atar las manos de su presa y así poder maniobrar con libertad. Abrió y cerró con rapidez todos los cajones que le salieron al paso, hasta que encontró un rollo de cinta adhesiva que parecía bastante consistente. Doña Carmen comenzó a maldecir mientras él daba vueltas con la cinta alrededor de sus muñecas. Una vez bien atada, le selló la boca con un trozo de la misma cinta.

Después recogió lo que había ido a buscar y regresó con Daniela y Noelia, empujando a la señora para obligarla a caminar.

Encontró a su chica en la misma posición, tensa, inmóvil, agarrada al arma que apuntaba a Noelia. Cuando Julio llegó con la mesonera, ella le habló sin apartar la vista de su presa:

—Está sangrando mucho... tal vez deberíamos...

—No dejes de apuntarla, recuerda, son ellas o nosotros.

Por un momento, la muchacha miró a su madre y a su chico y se quedó perpleja.

—¿Qué vas a hacer? ¿Para qué quieres el combustible de la chimenea? Me estás asustando, Julio. Podemos llamar a la policía y explicarles todo...

—Por el amor de Dios, Daniela, sabes que conseguiría manipularla, es una experta embaucadora, recuerda tu vida con ella y no dejes de apuntarla, confía en mí.

Ella volvió la vista rápidamente a su objetivo. Al escuchar a su verdugo, Noelia hizo un esfuerzo para poder ver

bien a Julio, se retiró con las manos parte de la sangre que se había acumulado en sus ojos y horrorizada, habló:

—¿Vas a prendernos fuego? —dijo casi sin resuello. Después se dirigió a Daniela—: Apenas hace unos días que lo conoces, qué te hace pensar que te sacará de aquí. Cómo se puede ser tan estúpida, ¿no te das cuenta de que para él esta es la jugada perfecta? Nadie sabe que está aquí, solo tiene que prender fuego a la pensión con nosotras dentro y salir corriendo con el manuscrito. No

tienes ni idea de cuánto puede llegar a valer la tercera entrega de *Sangre negra*. Eres una ingenua, no hay más que ver tu vida, sometida a esta bruja desde que naciste. Si no paras esto ahora nos matará a las tres.

—Cállate, Noelia, si es que quieres conservar tu miserable vida. —le gritó él, interpretando el papel de su vida para no dar la mínima muestra de debilidad.

A Daniela comenzó a temblarle el pulso, no porque las palabras de Noelia la hubiesen hecho dudar de Julio, sino

porque pudo ver con más claridad su herida y supo que, aunque saliera viva de allí, ya nunca sería la misma. Encharcada en su propia sangre y con el rostro abierto en canal era un espectáculo dantesco en sí misma.

La señora permanecía de pie, con la boca tapada, las manos amarradas a la espalda y sus diminutos ojos abiertos hasta el infinito.

—Daniela, ¿dónde está el manuscrito?

—le preguntó Julio.

—Aquí, me dijiste que no me separara de él —respondió mirando por un

segundo los papeles que tenía a sus pies.

—Bien, bien.

CAPÍTULO XXII

Doña Carmen tuvo una leve sospecha de lo que pretendía hacer Julio e hizo un vano intento de soltar sus manos, pero solo consiguió que se le escapara un gemido de dolor. Después lo miró con ojos de loca, como queriéndolo apuñalar con la mirada.

—Lo siento, doña Carmen —respondió él a sus pupilas desencajadas—, ya ve, esta vez soy yo quien tiene la sartén por el mango. ¿De verdad pensaba que iba a conseguirlo?

—Estúpido —intervino Noelia, mirándolo a través de ríos de la espesa sangre—, siempre fuiste un lelo. ¿Crees acaso que hemos hecho un trabajo de colegialas? Aunque consiguieras salir de aquí no conocerías la libertad antes de estar un buen puñado de años a la sombra. No tienes ni idea de los cargos que hay contra ti.

—Ahora lo entiendo todo, cómo no me di cuenta antes... Claro, tú y Andrés... No puedo creerme que estuvieseis tramando todo esto a mis espaldas. Sí, soy lelo, no creo que haya muchos

hombres tan fáciles de engañar y durante tanto tiempo. Dime una cosa, ¿saliste conmigo por simple atracción o ya tenías planes para mí?

—¿De verdad me creíste ese tipo de mujer capaz de entregar su vida a un solo hombre por mucho dinero que tenga? Lo atractivo de ti era eso, tu dinero.

—Deberías verte en este momento, dudo que ahora encontraras hombre alguno que quisiera pasar un solo día contigo. De todas formas, tampoco tendrás muchas opciones en la cárcel.

Mientras Julio y Noelia mantenían aquella desagradable conversación, Daniela seguía apuntando a su objetivo. Le dolían los brazos y los hombros y empezaba a sentir que no aguantaría mucho más.

—Tal vez deberíamos buscar un médico —intervino Daniela—, esa herida no tiene buena pinta.

—Todo en su momento, no pasará nada por esperar un poco más —continuó Julio—, antes doña Carmen y yo vamos a hacer una visita a su particular biblioteca. ¿Verdad, señora?

La mesonera volvió a separar los párpados horrorizada.

—Daniela, pásame el manuscrito.

La muchacha lo miró sorprendida, pero no hizo preguntas. Soltó una de las manos de la escopeta, convencida de que se le caería, levantó el trasero lo suficiente, sacó el montón de folios y se lo entregó a Julio.

—Sé que estás agotada, pero no dejes de apuntarla, esto está llegando a su fin

—le dijo casi susurrando cuando se acercó para recoger la historia que habían escrito a medias.

Antes de coger la garrafa de combustible del suelo, Julio se palpó los bolsillos para comprobar que llevaba lo necesario. Sí, tenía un bolígrafo y una caja de cerillas. Dio un puntapié a la puerta de la biblioteca y la abrió de par en par. Un fuerte golpe retumbó en todo el edificio. Después empujó a doña Carmen hacia el interior, con agresividad, demostrando con su cólera que estaba dispuesto a todo. La obligó a sentarse en una esquina, desde donde podía contemplar el caudal en letras que

había acumulado durante años, pagando a ladrones de arte una fortuna que había ganado con sus sucios engaños y tropelías. Ella intentó ponerse en pie, pero así, atada, sus huesos y músculos casi octogenarios no la obedecieron. Aun así, seguía revolviéndose, pretendiendo acercarse a él para defenderse de la única manera que podía, dándole patadas torpes que solo conseguían agotarla.

Julio destapó la garrafa y, con absoluta decisión y furia, comenzó a moverla a sacudidas, dejando que el líquido

salpicara aquí y allá sobre cubiertas de cuero centenarias. Para dar más dramatización a la escena a veces se daba una tregua para sacar algunos libros de las estanterías y arrojarlos al suelo con ira.

—¿Qué le parece, doña? Mire qué fácil es destruir el sueño de su vida. Fíjese, palabras, palabras y más palabras a punto de silenciarse para siempre. ¡Oh, pero qué tenemos aquí! Si es una primera edición en castellano de *El quijote* —dijo arrojándoselo a la cara—. Bueno, bueno... ¿y esto?

—preguntó dirigiéndose a una de las estanterías, donde leyó lo grabado en una chapa dorada—. ¡Incunables!

—exclamó—. Vamos a ver qué hay por aquí... No puede ser... ¡La *Biblia de Gutenberg*! ¿Cuánto tuvo que pagar por este, eh, doña? Vaya, vaya lo que tenemos aquí, *Los Evangelios* de Enrique León, qué maravillosas ilustraciones, ¿no es cierto, señora? Debe tener un valor incalculable.

Iba cogiendo libros uno a uno, lo hojeaba rápidamente y se lo tiraba a doña Carmen, mientras ella se revolvía

iracunda entre páginas amarillas y palabras de otros siglos. La mayoría de aquellas obras tenían un valor inmenso, habían sido robadas de museos y bibliotecas o a coleccionistas particulares. Por momentos, Julio sentía como si estuviese profanando la tumba de su madre; pero no podía flaquear, se trataba de desestabilizar a su presa, y que no albergara la menor duda de que estaba a punto de perder todo aquello; de que su templo estaba al borde de ser devorado por las llamas; como fue devorado don Justo aquella noche

cuando ella prendió toda su obra y a él con ella.

—¿Sabe de quién me estoy acordando?

Ella comenzó a dar cabezazos contra la estantería sobre la que estaba apoyada, de pura desesperación.

—Mire este, una primera edición de *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*. Guauuu... —dejó a posta la pregunta en el aire para hacerla pensar y siguió repasando títulos a cada cual más impresionante—. ¿De dónde lo ha sacado? ¡Y este? ¡Y este, y este, y este...?

Fingiéndose una locura transitoria comenzó a tirar sin descanso libros por el piso, docenas en treinta segundos, hasta que doña Carmen quedó completamente rodeada, con las piernas casi enterradas bajo tan excelsas obras. Después sacó la caja de cerillas y se dispuso a encender un fósforo. Desde el distribuidor, Daniela y Noelia asistían perplejas a la representación.

CAPÍTULO XXIII

A través de la sangre de su rostro, en parte ahora seca, podía verse la expresión de pavor de Noelia. Parecía como si por un momento le importara mucho más el botín que estaba a punto de arder que la profunda herida que cruzaba su cara y que amenazaba con dejarla desfigurada para el resto de sus días.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó perpleja la exnovia—. ¿Tienes idea de lo que valen esos libros? No serás

capaz...

—¿Me crees tan idiota como para no saber lo que cuesta esta biblioteca? Para mí tiene mucho más valor que para ti, simplemente no tiene precio; pero por encima de estos libros está la vida de una inocente que lleva sometida a la tiranía de su madre desde que nació. ¿No estás de acuerdo?

—Me das pena, Julio. ¿Dónde está ese hombre emprendedor que creó un imperio de la nada admirado en todo el mundo empresarial?

Noelia seguía dándole conversación con

la única intención de desestabilizarlo y evitar que prendiera el fósforo. Se sentía fuerte a pesar de la herida, si conseguía que tanto él como Daniela perdieran la concentración todavía había oportunidad de ganar aquella guerra.

—Buena pregunta, que deberías contestar tú. ¿Qué hiciste con el exitoso hombre de negocios que conociste? ¡Eres patética! Además de estúpida

—No se reconocía a sí mismo, su interpretación estaba resultando de lo más efectiva—. Hay algo que las personas tan frívolas como tú nunca

advierten: que el talento reside en la misma persona, no se puede comprar ni vender, ni eliminar... Diste una patada a la gallina para quedarte con sus huevos de oro, no se puede ser más necia. Volvería a crear un imperio si quisiera, el problema es que ahora me doy cuenta de que ya no me interesa; donde hay dinero mora la podredumbre como tú. He encontrado un tesoro mucho más valioso —dicho esto miró fugazmente a Daniela.

—¿Te refieres a esa pobre diabla triste y enfermiza? Ja, ja, ja...

—Se acabó la charla, ha llegado el momento de terminar con esta locura. Entra en la biblioteca —le dijo atravesándola con la mirada.

—No serás capaz...

—¡Entra o yo mismo te pegaré un tiro! No sabes el placer que sería para mí.

La señora Carmen seguía en el mismo rincón, observando la escena como ida, en su mente solo había un pensamiento: su magnífica colección de libros estaba a punto de perecer entre las llamas. Estaba paralizada, aún si tuviera la boca

libre no habría podido articular palabra. Miró a Noelia como suplicándole, segura de que si no obedecía encendería la cerilla. La ex se puso en pie y avanzó unos pasos hasta entrar en el santuario de los libros. Julio estaba en el umbral, entre las dos estancias, al pasar por su lado todavía le quedaban fuerzas para darle un empujón con ira. Daniela seguía apuntándola.

—¡Siéntate a su lado! —gritó mirando a la mesonera.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Siéntate te he dicho!

Noelia se dejó caer al lado de doña Carmen, por un momento su rostro pareció abrirse en canal. Julio flaqueó un poco, la herida era realmente importante y necesitaba urgentemente atención médica, pero se repuso y siguió con su plan. Daniela entró en la estancia tímidamente, todavía apuntando con el arma a Noelia. Él dejó el manuscrito, el bolígrafo y la caja de cerillas en el suelo y le habló a su chica.

—Dame esa escopeta, Daniela —le dijo con dulzura, la muchacha estaba casi en shock.

Daniela se la entregó y en un movimiento rápido Julio apuntó de nuevo a Noelia.

—Quítale la cinta de las manos —le dijo a Noelia, refiriéndose a doña Carmen.

Noelia dudó unos instantes, pero accedió. Obligó a su compinche a agacharse un poco para poder manipular en su espalda y con las manos ensangrentadas comenzó a tirar de la cinta que tenía envuelta en sus muñecas. La doña temblaba, empezaba a perder el control, tenía demasiado cerca la herida

de Noelia y estaba horrorizada; realmente tenía un aspecto dantesco. Cuando hubo terminado, Julio dio la siguiente orden:

—Daniela, dale la última hoja del manuscrito y el bolígrafo.

La muchacha obedeció, imaginando la intención de Julio.

—Tranquilícese, señora, esto le va a gustar. Va a tener el privilegio de escribir las últimas palabras de nuestra famosa trilogía. De lo contrario...

Rápidamente Julio puso el arma en las manos de Daniela y volvió a coger la

caja y la cerilla.

—A ver cuántos fósforos tenemos en la caja... Ha tenido suerte, hay catorce, tiempo suficiente para escribir una declaración jurada de que todo lo que hay escrito en este manuscrito es cierto. Si cuando encienda el último no ha terminado prenderé todo lo que hay aquí. Ya veremos si me da tiempo a sacarla a usted de este templo literario.

Un chasquido sonó amenazante.

La mujer lo miró desencajada. El fósforo ardía en las manos de Julio, a unos centímetros de la estantería más

valiosa de la librería.

CAPÍTULO XXIV

A doña Carmen le temblaban las manos de una forma descontrolada, como si estuviera presa de un repentino y severo párkinson. Julio la miraba con la cerilla encendida, sintiendo cómo poco a poco el calor quemaba las yemas de sus dedos. Noelia callaba, pero tenía la respiración agitada, mientras paseaba una y otra vez sus ojos ensangrentados desde la doña hasta el escritor. Daniela estaba presa del pánico, la punta de la escopeta no conseguía mantenerse

estable, empezaba a pensar que Julio realmente había perdido la cordura. La situación en la biblioteca había llegado al límite, que todo terminara con éxito pasaba porque la mesonera consiguiera escribir su declaración jurada.

Julio sopló la llama y encendió otro fósforo.

—Tranquilícese, *señora* —recalcó esta última palabra con sarcasmo—, si es que quiere salvar todo esto —siguió, paseando la mirada por las estanterías—. Para alguien que tiene la

habilidad de corregir a su antojo un manuscrito no tiene que ser muy complicado escribir un par de frases. Ya sabe: «Yo, Carmen y tal y tal con documento nacional de identidad tal, juro que todo lo expuesto en este manuscrito es una reproducción fiel de la realidad...». Vamos, que se acaban las cerillas.

—No lo conseguirá, está fuera de sí. Mírala, es incapaz de sujetar el bolígrafo... —dijo Noelia.

Julio miró fugazmente a Daniela, con complicidad y ternura, como para

trasmitirle la seguridad que estaba a punto de perder. Mientras se consumía la segunda llama. Encendió el tercer fósforo. Pero doña Carmen cada vez parecía controlar menos sus manos, daba la sensación de que estaba a punto de sufrir un ataque epiléptico.

—Escríbelo tú, Noelia, ella solo tendrá que firmar.

—Estás loco si piensas que alguien va a aceptar como prueba esa declaración bajo amenaza.

—¡Escribe! —gritó. Después volvió a soplar y a encender una nueva llama—,

te aseguro que a poco que el primer lector, aunque sea por mera curiosidad, investigue lo que se va a encontrar en esa historia se topará con pruebas irrefutables. No tengo dudas de que su primera visita será a este santuario hurtado a las más importantes bibliotecas del mundo y a los mejores coleccionistas. Por no hablar de cuando entren en el ordenador de esta pantomima de pensión y comprueben los correos que os habéis intercambiado entre las dos —esto último lo suponía, pero por la expresión de su exnovia

supo que había dado en el clavo—. ¿Tú qué piensas?, ¿creerán todo lo que hemos escrito sobre ti y doña Carmen?

Yo creo que sí.

A pesar de que sus puños embadurnados de sangre seca se pegaban al papel como si fueran pura resina, la péfida joven no tardó mucho en escribir el pequeño texto que aseguraba la veracidad del manuscrito. La última hoja de la hiperrealista novela quedó como el cuadro más abstracto. A doña Carmen le costó verbalizar el número de su DNI cuando se lo preguntó la ex de

Julio, pero lo consiguió. Cuando Noelia terminó miró a Julio. Mientras tanto, él encendía el sexto fósforo.

—Pásale la hoja a tu compinche, no creo que para echar un garabato haga falta estar muy lúcido.

Entre temblores, Doña Carmen acertó estampar su rúbrica sin salirse del papel.

—Julio... —dijo Daniela casi susurrando.

—Sí.

—Creo que mi madre está a punto del

colapso...

—No te preocupes —le dijo, cambiando el agresivo tono que usaba para referirse a las otras dos ocupantes de la estancia—, no le pasará nada, estoy convencido de que está interpretando el papel de su vida, ya sabes que tu madre es muy buena actriz. No dejes de apuntarla, no te distraigas.

—De acuerdo —dijo Daniela, no muy convencida de que realmente el estado de su madre fuera una pose.

Julio sopló sobre la última cerilla y, por el momento, no abrió más la caja.

Mientras se acercaba para recoger de las manos de doña Carmen la hoja de papel, Noelia le hizo las preguntas esperadas.

—¿Y ahora qué? Ya tienes tu declaración firmada. ¿Se puede saber qué vas a hacer con ella?

—Dame tu móvil.

—No lo tengo encima, ni siquiera sé dónde dejé mi bolso...

—Dame tu móvil o no respondo, tú jamás te separabas de él, apuesto a que lo tienes en el bolsillo de tu chaqueta. ¡Dámelo! —Embraveció, y esta vez no

estaba actuando, el cinismo de la mujer con la que había compartido tanto despertaba en él su yo más oscuro.

En ese momento lo creyó capaz de cualquier cosa, así que ella obedeció, metió las manos en el bolsillo de su elegante cazadora y se lo ofreció.

—¿Qué vas a hacer? No te servirá de nada lo que encuentres, todo son conversaciones privadas, ningún juez...

—Oh, sí, ya lo creo que me valdrá para demostrar quién eres en realidad, no me cabe duda. Pero ahora voy a utilizarlo para algo más interesante, necesito hacer

una llamada, ya habrá tiempo de presentarlo como prueba.

—Veamos... —dijo mientras ponía la contraseña en el móvil de Noelia—. Sí, sigues teniendo la misma contraseña, la fecha del día que nos conocimos. Qué cínica y qué boba.

CAPÍTULO XXV

La exnovia, desde su posición, intentaba abrir los párpados para observarlo. Su expresión era dantesca. Él siguió hurgando en sus contactos un minuto, hasta que encontró lo que buscaba. Después se llevó el aparato a la oreja y esperó.

—¿Qué quieres, Noelia? Te dije que no volvieras a llamarme —se escuchó al otro lado, sin un mísero «hola» para saludar. Era evidente que el contacto no quería saber nada de la dueña del móvil.

—Hola, Andrés, soy Julio.

—¡Julio! No sabes la alegría que me da escucharte, llevo días buscándote. ¿Qué pasa? ¿Qué haces tú con el móvil de Noelia?

—¿Buscándome? Pues no habrás puesto mucho empeño, solo tenías que preguntar a tu compañera de tropelías.

—¿Qué quieres decir? No entiendo nada...

—No te hagas el despistado, lo sé todo, sé que te aliaste con Noelia y doña Carmen para arruinarme la vida. Cómo pudiste...

—Yo... —se hizo un silencio de dos segundos al otro lado— Escúchame, al principio... bueno, siempre me gustó Noelia, creo que tú mismo lo notaste alguna vez. La creí, pensé que de verdad había empezado a enamorarse de mí... Es muy buena actriz, también te engañó a ti.

En la biblioteca ya no se escuchaba ni la agitada respiración de doña Carmen, las tres mujeres estaban muy atentas a la conversación que mantenían los viejos amigos. Daniela estaba perdiendo la concentración y los cañones de su arma

no apuntaban al objetivo. Julio interrumpió la conversación con Andrés para recordarle que no le quitara ojo a su objetivo.

—Daniela, no dejes de apuntarla.

—Perdón, es que...

Al escuchar el comentario, Andrés quiso saber qué pasaba alrededor de Julio.

—¿Dónde estás? ¿A quién está apuntando Daniela? Por Dios, Julio, ¿qué está pasando ahí?

—No te hagas el loco, Andrés, sabes muy bien dónde estoy encerrado desde

hace semanas, tú lo maquinaste todo junto a doña Carmen y Noelia...

—¿Encerrado? No entiendo nada... Dime dónde estás y voy para allá enseguida.

Julio comenzó a dudar de si realmente Andrés estaba confabulado con sus dos verdugos. Parecía realmente sorprendido, como si de veras hubiese estado buscándolo sin saber dónde. En un principio su intención era obligarlo a confesar por teléfono mientras registraba la conversación; lo estaba grabando.

—Ohhh... no puede ser... a ti también te han engañado...

—Sí, al principio... Lo siento mucho, amigo, lo siento de veras. Fui a declarar a la policía el mismo día que saliste de tu casa... Debí haberlo hecho mucho antes, pero... Julio, están buscando a Noelia desde que desapareciste. En realidad, os están buscando a los dos, pero creo que toda la verdad saldrá a la luz en cuanto declararéis. Dime dónde estás, iré a buscarte enseguida.

—No sé si puedo confiar en tus palabras.

De repente se oyó la voz de Noelia, que por las palabras de Julio se temía lo peor.

—Estúpido, ¿vas a creerte las palabras de ese traidor?

Julio la miró y lo tuvo claro, aquella arpía había enredado a su amigo igual que hizo con él. En el fondo, no lo culpaba.

—Estoy en la pensión de doña Carmen, o en lo que quiera que sea este agujero, con ella, su hija Daniela y Noelia. Me tienen secuestrado desde hace dos semanas...

—¡Claro!, cómo no he caído antes...
Voy para allá enseguida, dame media hora.

—Tranquilo, nadie se moverá de aquí.
Andrés...

—Dime.

—Trae una ambulancia.

CAPÍTULO XXVI

Colgó y se metió el móvil de Noelia en el bolsillo.

—Perdona —dijo mirándola con ironía—, me lo quedo, y me temo que no lo recuperarás. Estoy seguro de que un juez encontrará muy interesante la información que pueda contener. ¿Verdad?

Por unos segundos Noelia guardó silencio, nadie parpadeaba. En el santuario de la mesonera se hizo un silencio espeso y eterno. Las mujeres no

se movían: doña Carmen había dejado de temblar y miraba al vacío con expresión de derrota, con su boca precintada y las manos lacias sobre su falda; Noelia no quitaba ojo —solo uno, el que el parche de sangre seca no había cerrado— del bolsillo del pantalón de Julio, pensando que su móvil, el aparato del que nunca se separaba sería finalmente la peor de sus condenas; y Daniela seguía apuntando a su contrincante, con los codos apoyados en las rodillas, apenas sentía los brazos de tanto tiempo como llevaba sosteniendo

la pesada arma.

Después Noelia hizo un último intento de salir de una segura y larga condena.

—¿Cómo puedes fiarte de Andrés después de su traición? No aprenderás nunca...

—Déjalo ya, Noelia, antes de que nos encerraras escuché una interesante conversación entre tú y doña Carmen, dejabas muy claro que él ya estaba fuera de este juego. Se terminó, solo queda esperar.

No se escuchó palabra alguna durante un buen rato. Julio calculó que ya debía ser media mañana. De repente se oyeron a lo lejos enérgicos porrazos. Eran casi inaudibles por la lejanía y lo aislados que estaban en aquel lugar, pero aun así se apreciaba que alguien golpeaba con fuerza, seguramente, la puerta principal de la pensión. Ahora sí, a doña Carmen se le abrieron los ojos hasta el infinito, y Noelia volvió a hablar.

—Creo que alguien está intentando abrir la puerta de la pensión a golpes...

—Sí, eso parece. Seguramente nuestra

doña tendrá las dos entradas cerradas con varios cerrojos y no les ha quedado más remedio que forzarla. Veamos quién viene a visitarnos. No sé por qué, pero tengo la impresión de que para ti y para nuestra doña esta historia no va a tener el final que esperabais.

Noelia supo que se le acababan las oportunidades de escapar de allí y de la justicia. No lo pensó, haciendo una maniobra calculada y precisa, le arrebató la escopeta a Daniela, que en realidad hacía tiempo que la sujetaba sin fuerza, tenía las manos entumecidas, no

habría podido apretar el gatillo aunque hubiese puesto todo su empeño. En dos segundos se tornaron los papeles: ahora era Noelia la que apuntaba a Daniela al pecho. Julio hizo un amago de acercarse para hacerse con el arma, pero su ex fue clara:

—Si se te ocurre dar un paso más disparo. No te quepa duda que lo haré, ya no tengo mucho que perder, y no sabes las ganas que tengo de quitármela de encima.

Él se quedó inmóvil, los tres supieron sin dudar que Noelia dispararía si hacía

cualquier intento de arrebatarse la escopeta. Su expresión era espeluznante, a la enorme herida se le sumaban la ira y la desesperación por escapar de allí. Era la imagen de un monstruo dispuesto a morir matando.

—De acuerdo, de acuerdo... no dispires, haré lo que digas. Pero piénsalo, no tienes muchas posibilidades...

—¡Cállate! Ahora soy yo la que manda. Saca lentamente mi móvil de tu bolsillo y mételo en mi chaqueta. Después coge la declaración de doña Carmen y haz lo

mismo, y recuerda, la vida de esta pazguata me importa tanto como la tuya, no me obligues a disparar. Ja, ja, ja... qué estúpido eres... Ja, ja, ja... Mírame, y mírala a ella —hizo un leve movimiento de cabeza para señalar a la mesonera—, ¿de verdad piensas que van a creerte? Cualquiera advertiría que somos nosotras las víctimas.

Él obedeció. Muy despacio, sacó el teléfono de su bolsillo y dio tres pasos para guardarlo en las ropas de Noelia. En ese momento se escuchó el más fuerte y último de los golpes: la puerta

había cedido al fin. Era una cuestión de minutos que dieran con ellos.

—¡Termina tu tarea!

Él cogió la hoja con la firma de doña Carmen e hizo lo ordenado.

—Vamos, todos al sótano. ¡Vamos! Usted también —dijo mirando a la mesonera.

Daniela se puso en pie dispuesta a cumplir sus órdenes, sin dejar de mirar a Julio, después se dio la vuelta y se dirigió a la salida en busca del agujero del que había escapado unas horas antes. Julio la siguió. Pero doña Carmen

seguía inmóvil, sentada junto a la pared.

—¡Levántese! —le gritó Noelia—, o le pego un tiro a su hija.

Ni se inmutó. Sabía que si se daba la vuelta para apuntarla a ella Julio le quitaría el arma y en verdad la vida de su hija le importaba menos que la suya, y menos aún que sus valiosos libros. Su cabeza ya estaba maquinando la manera de salir inocente de todo aquello. Si era la policía la que estaba en camino, ya sabía qué contarles.

CAPÍTULO XXVII

Pero no hubo tiempo de nada más. Alguien avanzaba rápidamente por el pasillo que conducía a la biblioteca. Por las pisadas, todos imaginaron que eran al menos dos personas.

—¡Julio! ¡Julio! —gritaba Andrés.

—¡Aquí! Estamos al final del pasillo —contestó Julio, temeroso de que al acercarse la ayuda Noelia, llevada por la desesperación, disparará al fin.

A medida que los pasos se acercaban

para los cuatro iba siendo más obvio que Andrés no iba solo, sobre la vieja madera de la zona secreta de la pensión caían como plomos lo que parecía un sinfín de pisadas. A lo lejos del pasillo ya podía vislumbrarse un resplandor que se acercaba y un murmullo entre los pasos.

El primero en aparecer fue un agente de policía bien armado, después otros cuatro y más tarde Andrés, seguido de un buen número de los empleados de Julio que las fuerzas del orden no habían podido retener en la puerta.

—¡Tire el arma! —gritó el agente al mando de la operación.

Noelia dudó si tomar a su presa como rehén para escapar de allí; pero al ver lo que parecía una multitud ocupando la única salida comprendió que todo estaba perdido. Muy despacio, dejó la escopeta sobre el piso e, inmediatamente, dos policías se acercaron a ella y le pusieron las esposas. Después otro hizo lo propio con doña Carmen y a continuación le quitó al fin la cinta adhesiva de la boca. Evidentemente, se encontraba bastante bien, porque

comenzó a despotricar y a acusar a Daniela y a Julio de todo lo que estaba ocurriendo allí.

—Han sido ellos, entre mi hija y ese desgraciado nos han tenido encerrados. Son unos malnacidos desagradecidos. Cójalos a ellos, son unos criminales peligrosos.

—¡Cállese de una vez, señora! Camine, ya nos contará todo lo que quiera en la comisaría —le respondió el policía mientras le ponía las esposas.

En cuanto no hubo peligro, Julio corrió a abrazar a Daniela. Temblaba sin control, estaba como entumecida, pero en su mirada había una paz desconocida.

—Ya pasó todo, Daniela, ya pasó todo —le decía mientras la mecía suavemente sobre su pecho—. Al fin nos vamos de aquí, lo hemos conseguido.

Andrés, seguido por un séquito de trabajadores de la fábrica de Julio, se atrevió a interrumpir la tierna escena, mientras la autoridad recordaba los derechos a los detenidos.

—Lo siento mucho amigo... No sabes cuánto siento todo lo que ha pasado... Yo... me dejé llevar por ella —miró a Noelia, sin poder evitar sentir náuseas por el aspecto de su herida y la manera en que lo miró—. Llevó días buscándote, los trabajadores ya saben todo lo que ocurrió y están contigo... No sé si podrás perdonar mi traición.

—Estás perdonado, Andrés, pero no volveré a dirigir jamás a esa empresa, he tenido tiempo de reflexionar y comprender que lo que de verdad quiero es escribir y, por supuesto, compartir mi

vida con esta preciosa muchacha —miró a su chica cuando dijo estas palabras.

—Creo que usted tendrá que pasar por un hospital antes de ir a declarar —iba diciendo un agente mientras guiaba a Noelia hasta la salida. La ex todavía tuvo tiempo de escupir a la pareja de enamorados a su paso, pero solo fue un burdo intento.

—Adiós, Noelia, espero no cruzarme nunca más en tu camino —después se dirigió al policía que la llevaba sujeta por los brazos—. En el bolsillo de su chaqueta lleva una hoja de papel con una

declaración firmada, por favor, sáquela y adjúntela a estas otras, aquí está todo lo que ha ocurrido desde que doña Carmen me robó un manuscrito y los motivos que me trajeron hasta aquí —alargó un brazo y cogió el manuscrito que había a los pies de Daniela.

Después le tocó el turno a la señora, que paró en seco cuando se encontró cara a cara con Julio.

—Eres tan estúpido como tu padre, nunca debí confiar en ninguno de los dos. Serás siempre un escritor mediocre, sin mí no eres nada. Ja, ja, ja...

—¿Qué quiere decir? ¿Qué tiene que ver en esto mi padre?

El policía que la llevaba a la salida intervino.

—Vamos, ya tendrán tiempo de aclarar sus problemas. Camine, señora.

Pero ella dijo una última frase mientras desaparecía.

—¿Por qué piensas que don Justo tenía tanto interés en que pulieras tu manuscrito? Era tu padre, ja, ja, ja... solo quería hacer de ti el mejor —. Dicho esto, echó un último vistazo a la

puerta que daba a su colección de libros—. Nadie como yo será nunca capaz de valorar lo que encierra esa biblioteca. ¡Sois todos unos ignorantes, unos analfabetos!

—¡Camine de una vez, señora!

Él se quedó noqueado unos segundos. Don Justo... era su padre. Aquello no podía ser un farol de la doña, ya no tenía ningún sentido. Después comprendió que, de ser cierto, la mujer que ya le daba la espalda rumbo a su condena, era la asesina de su padre, la que aquella noche prendió fuego al viejo profesor

mientras dormía entre sus manuscritos.

—Es hora de irse —le dijo Andrés a su amigo.

Julio ayudó a ponerse en pie a Daniela, pero la joven apenas se sostenía. Entonces la cogió en brazos y ella se agarró a su cuello como si fuera el destino soñado, como lo que era. Los dos se encaminaron al fin en busca de la libertad.

Pero Daniela se moría por hacerle una pregunta y sacando fuerzas de flaqueza

se acercó al oído de su chico y le susurró:

—Dime una cosa, ¿qué sentido tenía escribir como locos en dos días la tercera parte de la trilogía?

—Lo cierto es que no estaba seguro de que saliéramos vivos de esta aventura y... bueno, teníamos que dejar por escrito toda la verdad.

Ella lo miró comprensiva.

—Además, no me parecía justo dejar a los fans de Marcus Lake sin que pudieran disfrutar de este gran final. Y

hablando del final, recuérdame que tengo que escribir este gran momento como último capítulo.

Julio supo que Daniela perdía las fuerzas por momentos.

—Necesita atención médica de inmediato —le dijo al último policía que quedaba en la estancia.

—Tranquilo, para ella también hay una ambulancia en la puerta, la atenderán enseguida, creo que se recuperará sin problema. Han sido unos días duros por lo que veo.

—Sí, pero como alguien dijo, nunca un mal comienzo fue definitivo.

Dicho esto, Julio besó a Daniela en el pelo y una vez más el olor a campo en primavera, a todo lo que empieza a brotar, inundó sus pulmones.

A todos los seguidores de mis páginas, especialmente a los que durante un año, domingo a domingo, leyeron en mi blog las entregas de esta historia.

Gracias por vuestra paciencia y lealtad